

JOSE M. TORRES

VARIOS ASUNTOS

DE

POLÍTICA DOMÉSTICA

Y

EDUCACIÓN



BUENOS AIRES

Editores: A. ESTRADA y CA.—466 Bolívar 466

1890

•
•

Marzo 1915
Maria Eloisa Gomez

POLÍTICA DOMÉSTICA

Y

EDUCACIÓN

Imprenta de M. BIEDMA, Bolívar 535

JOSE M. TORRES



VARIOS ASUNTOS

DE

POLÍTICA DOMÉSTICA

Y

EDUCACIÓN



BUENOS AIRES

Editores: A. ESTRADA y C.A.—466 Bolivar 466

1890

ADVERTENCIA

Creo que el presente libro puede servir, entre los que usan para la práctica de la lectura, en las familias, en las escuelas normales de maestras y en las clases superiores de las escuelas comunes de niñas.

Describe los elementos constitutivos de la familia bien organizada y dirigida; explica las consecuencias de la vida doméstica—según sea irregular y viciosa, ó regulada y moral—y contiene también otros asuntos relativos, casi todos ellos, á la educación de la mujer.

Presento estas materias como humildes incitaciones tendentes al mejoramiento de las costumbres domésticas.

JOSÉ M. TORRES.

Buenos Aires, Enero de 1890.



ASUNTOS
DE
POLÍTICA DOMÉSTICA

LA CONSTITUCIÓN DE LA FAMILIA

La base fundamental de la sociedad es la buena constitución de la familia.

En esta primitiva unión de individualidades tan diferentes por sus edades, temperamentos, caracteres, gustos, deseos, etc., obligadas por lo mismo á someterse á leyes para vivir en comunidad y sin anarquía, se encuentran los primeros elementos del cuerpo social.

Estas individualidades se manifiestan con sus hábitos, sus costumbres, su probidad tradicional ó sus inmoralidades hereditarias; pero las buenas

instituciones sociales tienen bastante poder para efectuar una saludable fusión entre tales elementos, minorando los vicios por el contacto y con el ejemplo de las virtudes.

El Creador puso la familia como primera piedra del edificio social, como cimiento sobre el cual había de erigirse toda organización política ó civil.

El hombre fué creado para vivir en sociedad, para perfeccionar incesantemente sus facultades, relacionado con sus semejantes, y para depurar su alma por medio de afectos generosos, de alegrías inocentes y de penas crueles á veces, pero siempre saludables.

*
* *

Muchos hechos evidencian que la familia es la primera de todas las asociaciones: encontrámosla en estado de gobierno, con súbditos y soberano, en los antiguos derechos griego, hebreo y romano.

En los primeros tiempos históricos de todos los pueblos, existió el derecho *familiar* que á la esposa, al hijo y al siervo los sometía al padre de familia.

En el siglo V, entre los tres elementos romano, cristiano y bárbaro, la familia no se conservaba ya

en su estado primitivo. El antiguo poder de los padres había pasado á manos de los magistrados. La esposa, el hijo y el siervo se habían desprendido del patriarcado, que tan largo tiempo los tuvo absorbidos, y cada uno había llegado á tener cierta importancia, había adquirido un rango, una personalidad.

Desde que la familia dejó de permanecer en estado patriarcal y de tener jurisdicción doméstica; desde que el tribunal familiar fué reemplazado por el tribunal pretorial, la filosofía moral y la legislación se han ocupado, preferentemente, en la mejor y más completa institución del hogar doméstico.

Nada más necesario, sin duda, que llevar al seno de la familia las luces de la buena doctrina, y, si la necesidad lo exige, el temor y el rigor de las leyes, so pena de ver al cuerpo social constituirse con elementos viciosos, que necesariamente habrían de producir disolución y ruina.

*
* *

Sin los lazos y obligaciones esenciales de la familia, el hombre cae, ordinariamente, en la apatía, en la indiferencia y en el egoísmo más estéril; pero con tales lazos y obligaciones, se dignifica y se engrandece en el presente y para el porvenir.

En efecto, el padre de familia progresa moralmente por razón de la necesidad de dar buen ejemplo; su actividad, su industria y su saber crecen por la precisión de subvenir á las necesidades domésticas y de formar patrimonio á los hijos, su corazón se enardece, y su alma se ilumina con los celestiales resplandores del amor conyugal y del amor paterno.

Todo viene á multiplicar la vida del buen padre de familia. Parece que la muerte pierde sus derechos sobre este feliz ser, que se perpetuará en la más grata memoria de su prole; sus trabajos, sus empresas y hasta sus proyectos encontrarán continuadores, y los frutos de sus economías tendrán, por vía de herencia, el destino que sus cuidados y previsión les hayan asignado.

La institucion de la familia es necesaria á la sociedad, aun bajo el punto de vista más material.

Sin familia, ¿trabajaría el hombre con tanto interés como trabaja? ¿Progresaría la sociedad? Para las grandes hazañas, para los hechos heroicos y brillantes, comprendemos el amor de la patria, el de la gloria, el entusiasmo, mas para los trabajos ordinarios y habituales sólo vemos el amor de la familia.

*
* *

La base principal de la constitución de la familia es el matrimonio.

Solamente la unión perpetua de un hombre y una mujer libres, con arreglo á derecho, puede asegurar la pureza y estabilidad de la familia.

Donde quiera que se ha establecido la poligamia, hace introducido la esclavitud doméstica, porque para mantener el orden en el harén es necesario que la unidad mande y la pluralidad obedezca.

Tan natural es que muchas mujeres unidas á un solo hombre estén sometidas á la esclavitud, como contrario á la naturaleza y al derecho sería que la única esposa de un solo hombre estuviera esclavizada.

El matrimonio enlaza indisolublemente dos seres racionales y sensibles, á fin de que el uno encuentre en el otro un auxiliar seguro, y que tanto en el buen estado de salud como en las enfermedades, tanto en la ventura como en la adversidad se alivien el peso del destino, compartiéndolo.

Las moralistas, los filósofos y los legisladores están acordes para afirmar que la familia no es realmente posible sino con la condición del matrimonio legítimo.

Fácil es comprender que en la familia el padre y la madre deben tener atribuciones especiales, y que si por un enojoso contrasentido se cambiasen los papeles, habría perturbaciones más ó menos graves en la organización doméstica, y, por extensión, en el sistema general de la sociedad.

El marido debe proteger á su mujer, y la mujer debe obedecer á su marido; pero bien se comprenderá que no se trata de una autoridad despótica ni de una condescendencia servil, sino de una superioridad deferente y cariñosa y de una obediencia fácil y razonada.

*
* *

La sociedad conyugal no podría subsistir, si uno de los dos esposos no estuviera subordinado al otro.

La naturaleza y la ley civil han dado al marido la preeminencia indicada por la constitución de él, que no le sujeta á tantas necesidades, y que le garantiza más independencia para el empleo de su tiempo y para el ejercicio de sus facultades.

En tal preeminencia está el origen del deber que el marido tiene de proteger á su mujer. La obediencia de la esposa es un homenaje al poder que la

protege, y una consecuencia necesaria de la unión conyugal.

Por lo tanto, lejos de sublevarse contra la autoridad que el marido debe ejercer en el gobierno general de la familia, la mujer juiciosa y reflexiva se acerca sin violencia á su apoyo; comprende muy bien que tiene una verdadera supremacía, respecto de todo lo concerniente á su misión especial, y que si traspasara los límites de la esfera en la cual es reina, perdería todas sus ventajas, sin adquirir ninguna de las que sus alucinaciones le hicieran ambicionar.

Esto último sucede en las casas, felizmente poco numerosas, donde la esposa aspira á tener superioridad en la dirección de los negocios, á dominar con iniciativa y mando en todas las cosas de la vida. Pero ¿qué obtiene por resultado de semejante trastorno del orden natural? Una notable humillación para el esposo, á quien condena al ridículo en que ella misma cae, sin ventaja alguna, sin la menor compensación.

En tan deplorable descarrío doméstico, los asuntos exteriores están imperfectamente dirigidos; las atenciones que los hijos y la casa requieren, quedan abandonadas; los bienes de fortuna peligran, y el objeto de la institución conyugal no se llena, porque la familia, abdicando su verdadera misión, ha

falseado los medios por los cuales debía y podía realizar ese objeto.

*
* *

El gobierno de la familia debe semejarse al monárquico, y no ser absoluto. El esposo será el soberano; la esposa el ministro del interior, responsable, pero con atribuciones propias, subordinado, pero con voz deliberativa, y debiendo ser consultado en todo asunto importante y de interés común.

La opinión del soberano sólo llegará á preponderar en caso de disenso, cuando tomar una decisión sea por todo extremo indispensable.

Los hijos representarán los súbditos, guiados por tan benévola y compleja autoridad, que será tanto mejor para el bienestar de todos, cuanto más armonía y unidad haya en su acción.

Si este gobierno está bien entendido, y en él son sabiamente interpretados los deberes y derechos de cada miembro de la familia, ésta asegura la realización de su gran fin social y su felicidad.

En efecto, al nacer un niño—lazo nuevo para ambos esposos—¡qué alegría en la familiar, ¡cómo cada uno, en cuanto le concierne, se ocupa en lo que al porvenir de ese ser querido interesa, mucho

tiempo antes que tenga conciencia de su individualidad, de la cual los cuidados paternal y maternal, con sus cariñosas previsiones, formarán un hombre!

Pero ¡cuán débil es ese ser! ¿Podrá soportar desde luego las pruebas que por todas partes han de asaltar tan delicada organización? No hay que temer, pues junto á su cuna vela un ángel de dulzura, paciencia y amor. ¡Allí está el corazón de una madre! ¡Allí se extienden los incansables brazos del benéfico genio maternal, para sostenerle, para protegerle, para satisfacer sus necesidades! ¡Allí están también la actividad y la previsión de un padre!

Para ambos esposos, el dar ser, por providencia de Dios, á su débil criatura, es contraer la sagrada obligación de patrocinarla y dirigirla en medio de los escollos de la vida.

*
* *

Interesado en labrar la felicidad de su esposa y el porvenir de sus hijos, no consiente que en su inteligencia penetre la pereza ni en su alma el egoismo.

Si acepta la difícil misión de dirigir, es para cum-

plirla con dulzura, prudencia y firmeza; si tiene las riendas del gobierno de su pequeño reino, es para conducirlo con sabiduría y discernimiento. Su actividad sólo se dirige á prodigar á los suyos la cariñosa solicitud de que él mismo fué objeto en sus primeros años.

En cuanto á la madre, cuya acción tiene en este asunto un alcance incalculable, constituirán la base de su existencia los asíduos cuidados que debe á sus hijos, á su esposo y á su casa. Las alegrías mundanas sólo han de ser para ella distracciones accesorias, y, por lo común, molestias que no aceptará sino cuando la necesidad lo exija por no herir susceptibilidades ni romper con las buenas relaciones de amistad. Su casa; he aquí su verdadero centro, su reino, su trono.

Sobre todo, la educación de sus hijos le ofrece una ocupación sagradamente obligatoria, á la cual dedicará la mayor parte de su tiempo, no sólo porque conoce la importancia de esa tarea, sino porque comprende que la familia es la primera escuela del linaje humano.

En la familia bien constituida recibe el niño las primeras nociones de moral y religión, los primeros ejemplos de virtud, que en su cándido corazón han de arraigarse profundamente, dejando en él para siempre principios que son salvadores, aun en me-

dio de las borrascas que las pasiones levantan en la vida.

Cuidados y desvelos mayores aún reclama la niña. Los afanes maternos no tienen por objeto hacer de ella un prodigio de precocidad destinado á conquistar elogios, sino formar una mujer de buen carácter, instruída sin pedantismo y habituada desde la niñez á las atenciones domésticas.

Y al paso que la niña va recibiendo una instrucción sólida, la madre piensa más y más en los mejores medios de continuar educándola: un escrupuloso cuidado en la elección de maestros y una incesante vigilancia previenen accidentes que nunca deben quedar al azar de una confianza ciega ó de una censurable negligencia.

Mas para marchar con paso firme por esa vía, la madre necesita el apoyo del jefe de la familia; pues por esta valiosa unanimidad del padre y la madre, por esta preciosa concordia de la inteligencia y el corazón, de la firmeza y la indulgencia, de la razón y el sentimiento—en que cada uno de ambos esposos emplea sus facultades, su celo, su afecto, sin alterar, con peligrosas contradicciones de vanidad, esta cooperación tan poderosa—la familia se constituye felizmente, ofreciendo seguras garantías al orden y al porvenir de la sociedad.



LA REINA DEL HOGAR

He aquí el retrato que de la perfecta esposa, reina de su hogar, hace un antiguo escritor que parece haber parafraseado más de una vez los libros hebráicos.

«La esposa que gana el corazón de su esposo y es reina en su hogar, camina con recato; la inocencia está en su alma, y se pinta en sus ojos; la sencillez y la verdad moran en su corazón; la modestia resplandece en sus mejillas.

Su mano busca el trabajo; sus pasos no van en pos de los placeres vanos.

Viste con aseo y se alimenta con sobriedad; la dulzura de la miel mana de sus labios: la decencia reina en sus palabras.

La caridad y la obediencia son los ejemplos de su vida; la felicidad y la paz su recompensa.

La prudencia va delante de ella, y la virtud la acompaña.

Su mirada tiene el lenguaje de la ternura; pero el pudor brilla en su frente.

El hombre licencioso enmudece ante ella, porque el respeto que su virtud inspira le impone silencio.

Su corazón es el asilo de la bondad: nunca sospecha mal de los demás.

¡Dichoso el hombre que la tiene por esposa! ¡Dichoso el niño que la llama madre!

Dirige su casa, en la cual mora la paz; manda juiciosamente y es obedecida.

Levántase temprano, inspecciona su casa y da á cada uno la ocupación más conveniente.

El cuidado de su familia es su mayor placer, el único en que fija su atención; en su casa existen siempre el orden y la sencillez.

Con la prudencia de su conducta hace honor á su marido, y él, con silencio delicioso, oye alabarla.

Forma el corazón de sus hijos para la virtud, y despierta en él los afectos generosos.

Sus palabras son ley para sus hijos, y con sólo una mirada les hace obedecer.

En la prosperidad no manifiesta orgullo; en la adversidad cura con paciencia las llagas de la fortuna.

Alivia con sus consejos las penas de su esposo, y las dulcifica con sus caricias; él deposita su corazón en el de ella, y recibe consuelos.

¡Oh tú, que eres su esposo, ámala como un beneficio que el Cielo te ha enviado! Que la dulzura de tu conducta te haga carísimo á su corazón.

Así como toma parte en tus inquietudes, ¡que participe también de tus placeres! Reprende con bondad sus faltas: no exijas su deferencia.

Deposita en su corazón tu secreto; sus consejos son sinceros, y no serás engañado.

Respetar la fé conyugal; tu felicidad y la suya dependen de esto.

Si el dolor ó la enfermedad la agobia, haz por dulcificar con tu ternura su aflicción.

Ten en consideración la delicadeza de su ser, la debilidad de sus fuerzas, y no seas demasiado severo, sino acuérdate de tus propias imperfecciones.»

La mujer que procure semejar al precedente retrato, y el marido que considere á su mujer, como dice el autor de esas palabras, conseguirán fijar en su hogar la felicidad fundada en los más nobles afectos del corazón.

*
* *

Si la mujer comprende bien su angelical misión, debe reconocer que su trono es la familia, y su mayor grandeza la maternidad; en estas circunstancias, no hay para ella sustitución razonable ni más superioridad que la de Dios.... Admirable emanación de la bondad celestial, su amor es inmenso, como sus obligaciones son numerosísimas.

Mas para ejercitar tan eminentes cualidades, para constituir tan importante elemento de la familia, es indispensable que la mujer esté colocada en las condiciones esenciales del desarrollo de sus preciosos atributos.

Consideremos, si no, á la desdichada víctima de la brutalidad más despótica en el incesante hastío de un harén: no es una verdadera esposa, no es una madre respetada; es una mísera esclava al servicio de la poligamia, sin hijos á quienes amar, sin familia á que consagrarse para hacerla feliz.

Consideremos también lo que la mujer fué entre los antiguos romanos vencedores del mundo: sin duda que no era esclava de un sultán; pero si súbdita de un marido tirano. Sin embargo á consecuencia de este primer beneficio de la monogamia se despertaron los nobles instintos de la mujer: la

historia menciona aquellas admirables palabras pronunciadas con orgullo por la madre de los Gracos, mostrando á sus hijos: «Hé aquí mis más bellos adornos.»

Mas al ser oída la divina voz del Salvador, la mujer deja aquella condición injusta y servil, para alcanzar la igualdad moral respecto á su esposo, en la constitución de la familia, y el mundo cristiano reconoce la importancia de la misión que la mujer debe tan legítimamente llenar.

El cristianismo ha elevado el espíritu de la familia y la dignidad de la mujer.

*
* *

La influencia de las mujeres en el bienestar general es inmensa, y hasta podemos decir que es mayor que la de los hombres en las clases sociales menos favorecidas por la fortuna.

Que el obrero más activo y sobrio tenga una mujer incapaz de dirigir con buen orden su casa, y seguramente que no disfrutarán la menor comodidad, porque todo cuanto él gane hoy lo gastarán, sin que les quede algo para mañana.

Que un hombre medianamente activo y sobrio esté casado con una mujer inteligente, hacendosa y eco-

nómica, y ella fundará más ó menos temprano el bienestar de su familia.

Más aún: que el marido de esa mujer sea holgazán, disipador, vicioso: ella luchará largo tiempo contra la miseria, sosteniendo su vacilante casa, y, por poco favorables que le sean las circunstancias, conseguirá llévar adelante á sus hijos.

¡Dichosos los niños que nacen de buena familia! Esta condición es la primera de las bendiciones del destino; pero al decir buena familia, sólo aludimos á la nobleza que puede manifestarse en todas las clases de la sociedad.

Hay familias pobres, en que la pureza de sentimientos, la hidalguía de probidad y la legitimidad de tradiciones que constituyen la nobleza, son tan visibles, tan manifiestas en las acciones, en el lenguaje y en las maneras, como han podido serlo en las más encopetadas familias aristocráticas.

Poco importa que el hogar doméstico se halle en un palacio ó en una choza, con tal que sea mansión de la piedad, de la integridad y de las ternuras de la familia que en él se perpetúa.

El fundamento del destino ulterior del niño es la familia en que ha nacido, y su corazón se forma en virtud de las impresiones que en ella recibe.



Vosotras las que teneis bondad en el alma, pero delirio en la imaginación; vosotras las que jamás habeis apreciado bien la importancia del doble título que llevais; vosotras las que os dejais alucinar por los prestigios y las engañosas ilusiones del lujo y la vanidad, que os descarriais por sendas mundanas, tan fútiles como se luctoras, donde vuestro espíritu no tiene nada que ganar, donde vuestro corazón puede perder mucho, abandonad por un momento vuestros placeres insensatos; venid á contemplar las alegrías deliciosas y la verdadera felicidad de la buena madre de familia.

Observad á esa esposa y madre, consagrada exclusivamente á su esposo y á sus hijos: ¡qué calma angelical en su semblante, qué dulzura, qué suavidad en su mirada! . . . El tiempo pasa rápidamente para ella, que no experimenta amargura ni decepción. . . ¡Qué dichosa es! . . . Está profundamente penetrada del sentimiento de sus obligaciones, siente en el fondo de su conciencia la satisfacción de no haberlas desatendido.

Mirad á sus hijos: ¡cuán llenos de amor están, y cómo saben indemnizarla de sus vigiliias, de sus fatigas, de sus tiernos cuidados, con amables y dulces caricias!

Vereis más tarde, cuando los años y los achaques la hayan debilitado, en qué atmósfera de respeto, gratitud y cariño vivirá, con qué fervoroso celo la rodeará su prole para devolverle, con delicadeza suma, solicitud por solicitud, servicios por servicios, amor por amor.

Cuando esa joven madre se ve obligada, por ciertas exigencias sociales, á concurrir en las reuniones que frecuentais, observad qué decencia, qué sencillez de buen gusto en su compostura; y sin embargo ¿no está ricamente adornada de virtudes, y de discreción también, para no arruinar su casa?

Dos órdenes de admiradores y dos especies de homenajes hay en esas reuniones distinguidas y elegantes: en un lado la juventud brillante y los cumplimientos empalagosos; en el otro lado los hombres formales, las mujeres sensatas y los elogios merecidos; los primeros son para vosotras, los segundos para ella.

Al volver á su casa y al verse en medio de sus niños, de quienes no se habrá alejado sino á pesar suyo, recupera su tranquilidad completa. En efecto, entonces percibe mejor el contraste tan positivo de las distracciones que sólo tienen por objeto abreviar el tiempo, y de las ocupaciones útiles que jamás permiten encontrarlo suficiente.

Al regresar vosotras á vuestro perfumado y solita-

rio gabinete, volveis á sentir el cansancio sin fruto, el fastidio sin compensación; vuestros niños dormidos en los brazos de sus nodrizas ó niñeras, no han notado la ausencia de su madre, ni su madre se ocupa en nada de ellos. . . .

Por el contrario, la que contemplamos se acerca á los suyos antes de acostarse; no deja que personas extrañas le usurpen su lugar en tan tiernos corazones, ó que ellas, por ignorancia ó por cálculo, depositen, en almas tan candorosas, gérmenes de malas cualidades que ulteriormente serían difíciles de extirpar.

Tal es uno de los dos principales miembros de la familia, según deseamos verlo siempre funcionar en esta institución fundamental de la sociedad civil; tal es la verdadera madre, la digna reina del hogar doméstico.



LA AUTORIDAD EN LA FAMILIA

¿Debe haber una autoridad en la familia? Si, aunque sólo se considere que no hay sociedad posible sin una autoridad que la rija y gobierne.

En efecto, cada miembro de una sociedad tiene sus ideas, sus sentimientos, sus intereses, y no es posible que todos estén siempre acordes. ¿Qué sucederá si no hay autoridad única y común que ordene y dirija? Pues sucederá que ó nadie hará nada, ó cada uno hará lo que más le plazca. Pero la acción es necesaria, porque la inacción arruinaría á la sociedad. ¿Se obra sin unión, sin armonía? Esto sería ya la ruina de la sociedad. En ambos casos la sociedad perece por inercia ó por anarquía; luego la autoridad es indispensable.

Además de estas razones generales, las hay particulares en pro de la autoridad en la familia.

Una sociedad puede componerse de personas que, consideradas en general, sean iguales entre sí; pero la familia se compone de dos grupos necesariamente desiguales: por una parte los padres, y por otra los hijos. Por mucho que se aspire á la igualdad humana, no es razonable pretender que debe haber igualdad de voluntades en estos dos grupos de individuos.

Es evidente también que cuando los hijos no pueden alimentarse ni instruirse independientemente, y mientras que, por inexperiencia, no están en aptitud de dirigir sus propias acciones, deben ser alimentados y dirigidos por otros; pero ¿á quién compete este cargo sino á los que habiéndolos puesto en el mundo, tienen la obligación de criarlos y educarlos?

Como padres, su autoridad es una, igual, solidaria: el hijo debe obedecer igualmente á su padre y á su madre, sin discutir cuál de los dos poderes es superior al otro; y que así suceda siempre dependerá de la prudencia de ellos.

Mas como en dos personas, por bien unidas que estén, no es posible que exista constante uniformidad de miras, de sentimientos, y de voluntades, es menester una voz preponderante que decida, es menester

que una de estas dos personas tenga el privilegio de la autoridad suprema.

*
* *

¿Qué título personal da derecho á ejercer la autoridad en la familia?—La supremacía de la razón, porque, sin duda, el poder doméstico pertenece á aquel de los cónyuges que más razonablemente pueda gobernar á la familia.

Esta afirmación no es tendente á desconocer que las mujeres poseen, tan naturalmente como los hombres, el atributo distintivo de los seres humanos; pero á causa de que la educación que se suministra generalmente á los varones, es muy superior á la que de ordinario se da á las niñas, resulta que las cualidades de la razón viril son precisamente aquellas que están más en relación con las que habilitan para el mando.

Discurramos sobre este delicado asunto, apoyándonos en la opinión de una mujer eminentísima: la insigne autora del *Ensayo sobre la educación de las mujeres*.

«Por lo menos, siempre será necesario»—dice la condesa de Remusat—«reconocer en los hombres más *extensión* en las facultades; y la extensión de la

inteligencia es la medida de su fuerza . . . La *continuidad* y la profundidad nos faltan, cuando queremos ocuparnos en cuestiones generales . . . Demasiado impresionables para permanecer *imparciales*, y demasiado móviles para fijarnos con gravedad, mejor podemos *reparar* que observar.»

En efecto, generalmente, los hombres tienen en la inteligencia más extensión, más continuidad y más imparcialidad que las mujeres; y estas tres cualidades son las convenientes para el ejercicio de la autoridad.

*
* *

Consideremos cada uno de los atributos de la razón viril. El primero es la extensión, porque por lo común los hombres conocen más cosas, las conocen más profundamente, y están más habituados á juzgar; las mujeres, por el contrario, suelen observar las cosas superficialmente, y, como sus impresiones son vivísimas, forman ideas exclusivas é incompletas.

Como los hombres viven con más libertad, tienen más ancha esfera de acción y experimentan muchos más hechos, muchas más relaciones, y así llegan á comprender principios más numerosos y más ge-

nerales. Esta superioridad de instrucción científica y práctica mantiene la superioridad intelectual de los hombres. Ellos poseen también más ideas abstractas y más hechos particulares, y en esto consiste la extensión de su inteligencia.

Otra ventaja de los hombres es tener más continuidad en las ideas, porque tienen menos movilidad en las impresiones, y, como poseen más conocimientos generales, son más capaces de razonar.

La mujer razona menos: casi toda su razón es de sentimiento; á un argumento incontestable, responde con un rasgo de imaginación ó de pasión; el razonamiento la impacienta ó la domina, y tan fácil es, en alguna ocasión, engañarla con un sofisma, como difícil convencerla con un raciocinio.

En fin, la tercer ventaja que los hombres tienen respecto á la mujer consiste en la imparcialidad, esto es, en la disposición para juzgar sin prevención ni pasión. Sin duda que los hombres se dejan extraviar por sus pasiones; pero no se ven tan á menudo engañados por ellas, como la mujer por las suyas; ó, en otros términos, se engañan más voluntariamente.

No les es tan fácil cegarse hasta el punto de no ver la diferencia que existe entre lo que es necesario, conveniente y útil por sí mismo, y lo que no lo es sino con relación á lo que desean. Además, si bien tienen pasiones, no son tan apasionados; en ellos la

razón y la pasión no se confunden tanto, mientras que en la mujer casi todo es pasión, y hasta la razón misma lo es.

Empero no faltan excepciones.

Hay hombres tan móviles y arrebatados, tan poco acordes consigo mismos y tan impresionables, que presentan el ridículo contraste de tener aspiraciones varoniles y carácter femenino.

Y hay mujeres tan tranquilas, tan independientes de sus pasiones y con juicio tan seguro é imparcial, que el hombre más firme podría envidiar la rectitud con que juzgan; pero, generalmente, los hombres juzgan más por la inteligencia, y las mujeres por el corazón.

*
* *

Siendo la razón viril más extensa, más constante y más serena que la de la mujer, es más propia para gobernar; pues percibiendo mejor las relaciones de los hechos, calculando más exactamente las consecuencias y pesando por modo más equitativo los inconvenientes y las ventajas, está en actitud de tomar grandes resoluciones en interés de la familia, mucho mejor que una razón más viva y sutil, pero demasiado móvil y preocupada.

«Pues si todo es verdad»—se nos dirá—«¿qué va á ser del grande y bello principio de la igualdad en el matrimonio?»

Pero ¿de qué igualdad se quiere hablar? ¿De la igualdad política? Según suele practicarse, no es envidiable para la esposa del ciudadano. ¿De la igualdad civil? Asunto es de leyes, y á los jurisconsultos atañe discutirlo. De la igualdad de mando? Ya hemos visto que no es posible, porque si en una sociedad no hay acuerdo constante, es indispensable que haya una voz decisiva. En fin, ¿de la igualdad moral? Esta es evidentemente la verdadera condición de toda familia dichosa, y puede conciliarse con la desigualdad del mando: la supremacía que éste supone, está suficientemente compensada con la soberanía indirecta é insensible que la mujer ejerce por el corazón y en los mil pormenores de la vida.

Hé aquí como podemos expresar el progreso que el cristianismo ha introducido en las relaciones conyugales: el marido no es ya señor y amo de su mujer, sino jefe de la familia: la mujer no es esclava, sierva ni súbdita de su marido, sino su subordinada en el orden del derecho, sin dejar de ser su igual en el orden moral.



EL AMOR CONYUGAL

Los manantiales más puros y vivos de la felicidad humana son los afectos; y entre los afectos más convenientes á nuestra naturaleza y que mejor llenan el corazón, el amor conyugal satisface una de las necesidades inseparables de nuestro ser: la necesidad de vivir en otro, así como el amor paternal ó maternal responde á la necesidad de renacer y revivir en otro ser.

Nada es más terrible para el hombre que el aislamiento, lo cual hase visto demostrado cuando una generosa filantropía, dudando de que la pena capital tenga razón de ser, ha ensayado reemplazarla por la prisión celular perpetua.

No puede el ser humano soportar el aislamiento, porque en la soledad nunca pierde su sociabilidad.

Por eso los hombres forman pueblos, constituyen sociedades, promueven reuniones, acuden á los paseos, conservan intimidades; pero ni todo esto es suficiente, ni aun el encontrar manos amigas, palabras simpáticas, corazones afectuosos es bastante; pues lo penoso sobre todo es el vacío, la soledad del hogar doméstico, la falta de una persona fiel con quien contar en los pesares, en las alegrías y en todo momento supremo.

Es verdad que, en ciertos casos, el amigo suele unirse al amigo, el hermano al hermano, y, lo que es más interesante aún, el hijo á la madre viuda; pero estas imitaciones de la familia no son la verdadera familia, sino bosquejos, restos ó desmembraciones de ella.

Hay una asociación más íntima todavía, en la cual la debilidad se enlaza con la fortaleza, la gracia con la seriedad, las blandas ternuras con las atenciones protectoras y la satisfacción con el trabajo—asociación indispensable para el bienestar del linaje humano, y llena de atractivos para los individuos.

El sentimiento constitutivo de la familia debe de tener su razón de ser, puesto que no es hechura nuestra y procede de Aquel que ha hecho todas las cosas.

Ese sentimiento tiene dos caracteres notables: una extensión portentosa y una singular fuerza de trans-

formación; abraza enteramente el alma y los sentidos, y en el alma mueve todas las facultades, las más ó menos vivas y las más ó menos graves, las más ó menos delicadas y las más ó menos profundas: la imaginación, el entendimiento, la sensibilidad y hasta la razón.

*
* *

De todos nuestros sentimientos, el amor es el que parece tener relaciones más íntimas con las fases misteriosas é indefinidas de nuestro ser. Por eso se asocia muy bien á la poesía, que no es únicamente recreo de la imaginación y adorno de la inteligencia, sino que, en las almas elevadas, es parte de la vida.

Platón, que es, como todo el mundo sabe, el gran filósofo del amor, no temió llamarlo «un entusiasmo, un delirio de los dioses.» No ignoramos que esta exaltación suele producir efectos deplorables; mas ¿no por culpa del sentimiento mismo, sino de las personas que no saben gobernarlo.

Todos nuestros sentimientos, cuando están dirigidos por un espíritu falso y una voluntad firme, son susceptibles de extravíos; pero esto no es razón para negar lo que hay de sublime en ellos; y una sociedad

que no supiera reconocer esta elevada parte de los sentimientos, estaría condenada á perecer, cualesquiera que fuesen su poder y riqueza.

A más de eso, la exaltación está muy distante de ser indispensable en el sentimiento del amor, que se acomoda maravillosamente á todas las situaciones de la vida y á todos los caracteres humanos. Apacible en los corazones sencillos, puede ser apasionado sin desórden en las almas enérgicas, heróico, contemplativo y algunas veces religioso; puede nacer en un instante, ó resultar de una larga familiaridad, y, aun sin esta circunstancia, permanecer puro y fiel.

Cualquier que sea la forma con que se presente el sentimiento del amor, no hay que desentenderse de él, porque si su presencia es temible, su ausencia no lo es menos. Bueno será que ojos vigilantes y manos protectoras separen de la imaginación juvenil el peligro de las pasiones novelescas; mas no conviene sacrificarlo todo á los consejos de una razón seca y rastrera.

La pasión conyugal, que comunmente es significada por una frase tan ingeniosa como fina, no dura mucho tiempo; pero esta circunstancia tiene explicación: porque si es necesario que cada cónyuge, para entrar en las grandes obligaciones de la familia, sea fuertemente atraído á ella, importa mucho que

para llenarlas cumplidamente recupere la posesión de sí mismo, y que la imaginación deje libre el corazón para no obedecer sino á la razón.

Sin embargo, lo que el sentimiento pierde en lozanía lo gana en madurez: la flor se marchita, pero las raíces ahondan y se multiplican, y bajo la intimidad monótona y fría que aparece á los ojos que observan con indiferencia, hay nudos secretamente entrelazados y tan fuertes, que su ruptura suele desgarrar al corazón más tierno.

*
* *

Indagar en qué consiste la felicidad es cuestión que ha ocupado á todas las escuelas filosóficas, que ha sido tratada por todos los hombres y que será discutida mientras permanezcan impenetrables los misterios del alma y de la vida.

Nosotros, sin entrar en investigaciones profundas, nos limitamos á adoptar las ideas de sentido común suficientes para nuestro propósito, y creemos poder afirmar que el carácter menos problemático de la felicidad, el que todo el mundo le reconoce, es la paz.

Pero hay dos especies de paz: la una, inmóvil y oscura, no es más que la incapacidad de sentir, la

paz de los sepulcros; la otra es la expansión armónica de todas las facultades de un ser sensible y racional, la alegría íntima, profunda y permanente que el ejercicio de una actividad saludable y la satisfacción de las necesidades legítimas proporcionan al alma.

Ya lo hemos dicho: de todos los sentimientos humanos, el amor conyugal es el que más satisface la gran necesidad de vivir y apoyarse en otro ser; y por consecuencia, el que mejor puede cimentar la felicidad y llenar el vacío de la soltería en el hogar doméstico.

Gracias á la unión legal y legítima de dos existencias, la vida adquiere por modo conveniente más solidez; pues apoyado un hombre, ó una mujer, en un ser querido, cree vivir mejor, quiere vivir mucho, y esto es un gran bien.

Confesamos, sin embargo, que esa solidez suele ser más aparente que efectiva, y que ella, como muchas de las cosas que suceden debajo de las estrellas, es á menudo una ilusión.

Pero todo el mundo dice que el hombre necesita tener ilusiones, y no falta quien invite á buscarlas en la vida novelesca. La verdad es que las ilusiones se encuentran en la vida real, y nadie puede desentenderse de ellas ni un sólo instante. Hay quien, para descansar durante su ancianidad, edifica una

casa llena de comodidades; ilusión, porque morirá mañana. Hay quien ofrece su apoyo á una mujer amada; ilusión, porque la dejará viuda ó la llorará en la soledad.

Las ilusiones son tan necesarias, que si llegaran á faltar sólo habría paz en la tumba.



CONDUCTA DE LA MUJER EN EL MATRIMONIO

La observación de ciertos hechos que se ofrecen con harta frecuencia á nuestros ojos, sugiere reflexiones muy serias, en virtud de las cuales toda mujer juiciosa puede trazarse la línea de conducta que le es conveniente seguir en el matrimonio.

Encuéntranse en un centro social dos jóvenes de distinto sexo, se consideran más ó menos conformes en lo físico y en lo moral, como en la posición de su respectiva familia, y he aquí los primeros elementos de un matrimonio. Procuran agradarse recíprocamente, y, para conseguirlo, emplean cuantos medios les ofrecen las gracias de la conversación, los atractivos de la galantería y las atenciones de la más exquisita urbanidad; en fin, creen conocerse perfectamente, y, encantados el uno del otro, se casan.

Contemplémoslos algún tiempo después.

Ella confía en su marido, y cree que ya no necesita hacer nada para agradarle; aquella inocente coquetería cede su lugar á una negligencia que á veces raya en desaliño. «Mi marido sabe que le quiero mucho. . . . ¿Porqué he de afectar para él esas maneras mentirosas que se emplean en la sociedad?»

Y el marido dice para sí: «¡Cuánto ha cambiado el modo de ser de mi mujer!..... ¡Estaba tan agradable, cuando se peinaba y se componía con primor!..... ¡No creía yo que por no arreglarse pudiera estar fea!..... Parecíame muy cuidadosa y veo que no lo es ya sino para la sociedad. Entonces sabía decirme cosas halagüeñas; pero se ha hecho tan desabrida, que nunca sabe abrir su boca sino para contrariarme. ¡A fé mía que no sé por qué he de inquietarme por quien no se inquieta por mí.»

Así, pues, el marido se pasa los ratos que está en su casa, relleno en una butaca, con un libro ó un diario en la mano; y si su mujer le dirige la palabra, responde con monosílabos, para no interrumpir su lectura; y si su mujer insiste, quejándose de lo poco comunicativo que con ella se manifiesta, él contesta:

—¿Qué quieres que te diga, mujer? Nuestro repertorio está agotado. ¿Vamos á repetir eternamente lo mismo? ¡Eso sería enfadoso!

—Pero otras veces.....

Entónces dirige él una mirada á su mujer, y observa que está desataviada.

—Otras veces no nos faltaba algo nuevo que decirnos; hoy..... ¿qué te diré que no te haya dicho otras veces?

En seguida toma el sombrero y se va á buscar á sus amigos.

*
* *

De tal ejemplo, y de muchos otros semejantes que podríamos citar, se deduce que, para ser feliz un matrimonio jóven, es condición indispensable que ambos cónyuges se conduzcan mutuamente con la misma consideración que cuando no eran más que novios.

Para que esto sea posible, convendrá que no hayan procurado engañarse recíprocamente, y que antes de efectuar su enlace se muestre el uno al otro con todos sus defectos y cualidades; pero tal es lo que rarísima vez acontece en la sociedad, donde cada cual está interesado en presentarse bajo las exterioridades más engañadoras.

La esposa debe hacer por agradar á su esposo, todo cuanto hacía para serle agradable, antes de

unir su suerte á la de él; y respécto á este asunto, nunca olvide que por muy sensible que un hombre sea á la hermosura física, lo es casi siempre mucho más á la belleza del corazón.

Hace pocos años, conocimos á un sujeto que se había casado con una lindísima señorita. Quince dias después de su boda, la esposa tuvo viruelas y se quedó horrorosa. Ella misma nos refirió un día esta desgracia, y concluyó con las siguientes palabras: «Yo no era ya bonita, y tomé la resolución de ser amable para contribuir á la felicidad de mi marido; pero no le diga usted esto, porque no ha notado que soy fea, y no quiero que lo sepa.»

El Creador ha dado compañera al hombre para constituir la familia. La mujer debe aceptar este destino, con la mejor voluntad; necesario es, pues, que procure no hacerse desagradable, áspera, desapacible, y mucho menos aún, iracunda, ¡Desgraciada de ella si no se sabe reprimir estas funestas propensiones, porque se hará detestar de su marido, y no la respetarán sus hijos! De esto, sépalo bien, depende toda la felicidad de toda su vida.

*
* *

La esposa debe conservar cuidadosamente el más

delicado púdor, que es el florón de la corona de virtudes que siempre será el mejor adorno de la mujer. Ninguna palabra atrevida ha de salir de su boca, y su esposo debe portarse de igual manera. El insensato que pervirtiera el espíritu de su esposa, debería culparse á sí mismo, si ella llegara á conducirse mal, ó sería como el loco que habiendo incendiado su propia casa, se quejara de verla arder.

La mujer debe dar á sus acciones y á sus palabras toda la dulzura posible, y ser obediente, puesto que la ley divina y la ley humana le dicen: «Mujer, obedece á tu marido.» Pero esta obediencia nunca debe llegar á la debilidad ni á la bajeza, porque tiene sus límites, y cesa cuando se le exige cualquier cosa injusta contra las buenas costumbres, la virtud y los deberes de la familia.

Por su parte el marido debe comprender que su mujer es moralmente igual á él ante la naturaleza y ante la opinión de los hombres pensadores. No la trate nunca, pues, con aquellos tonos de superioridad y tiranía que sólo prueban una extraordinaria falta de educación; sea siempre bueno, afable, indulgente y afectuoso, especialmente para ella.

Según las costumbres todavía prevalecientes en la sociedad moderna, las mujeres no suelen manejar negocios de interés material, y á esto es debido que no conozcan, por lo general, el estado pecuniario de su

casa, y, por consiguiente, que puedan engañarse á veces y exagerar demasiado los gastos. La afición al lujo puede conducir más allá de los límites de la razón á las que tienen la desgracia de ser poco reflexivas; pero una prudente firmeza del marido podrá impedir semejantes excesos, ora ilustrando á la mujer acerca de los recursos de que puede disponer, ora, si este medio es insuficiente, haciendo intervenir oportunamente su autoridad como jefe de la familia.

La esposa estará constantemente respetada en la familia y en la sociedad, mientras pueda cubrirse á los ojos de todos con el manto del respeto que su esposo le guarde; procure, pues, ser siempre digna de la más distinguida consideración de él, y nunca olvide que en muchas circunstancias ella es responsable de la felicidad de su familia.

«Manifieste la esposa—dice un escritor distinguido—«la dulzura, la prudencia y la exquisita sensibilidad de que á su sexo ha dotado la naturaleza; corresponda al amor que en ella ha puesto su esposo, considerándola como centro de la más pura felicidad, y haga que á su lado encuentre él siempre satisfacción y alegría en la prosperidad, consuelos en los rigores de la desgracia, estimación en todas las situaciones de la vida.

«Siendo discreta, delicada y decorosa en todas

ocasiones, ofrecerá á cuantas personas la rodean buenos ejemplos en el desempeño de las importantes obligaciones que tiene especialmente á su cargo, como la primera educación de sus hijos, el gobierno de la familia y la dirección inmediata de los asuntos domésticos.

«No hay relaciones que exijan tanta suma de prudencia, delicadeza y decoro como las conyugales, no sólo porque la conducta recíproca de los esposos ejerce directamente una poderosa influencia en la paz de la familia, sino porque la indisolubilidad del vínculo que los une no les deja otro arbitrio que la discordia con sus abominables caracteres, una vez perdido entre aquellos el respeto que se deben.»



SITUACIÓN DE LA RECIÉN CASADA JÓVEN

¡Qué cambio tan radical produce en la vida de una joven su casamiento, y qué pocas han sido bien preparadas para tomar á su cargo el gobierno de una casa! La esposa que momentos antes de serlo era una niña sin autoridad, se ve ya con obligaciones y responsabilidad de la más alta importancia en la familia.

Sin duda que no es menos indispensable á la soltera que á la casada el tener buenas cualidades: la sinceridad, la discreción, la bondad del carácter, la caritativa indulgencia para las faltas ajenas: en una palabra, todas las condiciones esenciales de la moralidad son necesarias en ambos estados.

Pero la soltera tiene limitado el círculo de sus obligaciones en la casa paterna á conservar hábitos de regularidad, á estar prevenida contra sus accesos

de impaciencia y mal humor, y á prestar oportuna ayuda en los asuntos domésticos, sin intentar jamás apoderarse de esa dirección; mientras que la mujer casada, que debe fundar en su casa el bienestar y la felicidad, está llamada á dirigir, á dictar reglas, á mandar.

Menester es, pues, que la recién casada considere atentamente, bajo todos respectos, su nueva situación; no es menos necesario que comience desde luego á estimular en su marido los gustos de la vida doméstica, manantial de los más puros y dulces goces.

A la esposa corresponde mantener la debida proporción entre los ingresos y los gastos, ora le sea necesario, según la posición de su marido, renunciar los hábitos de lujo anteriormente contraídos, ora se halle en situación que le permita sostener su casa en estado más ventajoso que el del hogar paterno. En uno y otro caso, el proceder de la recién casada requiere buen discernimiento.

Si la condición social de su marido la obliga á imponerse privaciones, necesario le será sujetarse á los principios de una rigurosa economía, cosa no fácil ni agradable, en verdad, cuando en situación más desahogada se han adquirido mejores gustos. Semejante cambio de modo de vivir tiene, desde luego, todo el peso de un gran sacrificio; pero la mujer sensata encuentra pronto amplia compensación en la

conciencia del deber, satisfecha por un proceder juiciosamente conforme con las circunstancias.

Y si las de su matrimonio dan á la joven casada los medios de sostener un tren de casa más considerable que aquel á que estaba habituada cuando era célibe, y le permiten disfrutar de comodidades compatibles con la nueva situación en que se halla, entonces una parsimonia que reduzca los gastos á una cifra demasiado inferior á la de los recureos de la casa, será muestra de un espíritu mezquino.

*
* *

La recién casada debe cumplir muy cuidadosamente con las obligaciones que su nueva posición social le impone.

Desde que sale del hogar paterno, contrae otras relaciones de parentesco y amistad, y necesita conciliarse el afecto y la consideración de todos, procurando al mismo tiempo conservar el cariño de su propia familia y la estimación de sus antiguas amistades; todo esto sin olvidar la posibilidad de llegar á tener hijos, para quienes ha de ser modelo y guía.

La paz doméstica de un matrimonio joven puede verse alterada por pequeñas envidias que ocasionan frialdad entre dos familias, turban diariamente la

existencia y comprometen la felicidad íntima del nuevo hogar; pero fácil es evitar este escollo, teniendo buen carácter y recto sentido.

Desde el primer día, la recién casada debe ser, por medio del ejemplo, la directora de todos los que dependen de ella; y así, sin ejercer presión alguna, podrá hacer que contraigan hábitos de orden y laboriosidad. Conociendo cada cual la tarea que le está designada, pronto se dedicará á desempeñarla con espontaneidad y buena voluntad, y aun podrá contar con horas de descanso y desahogo, resultando de esto para la familia un bienestar que se manifiesta en el continente de todos, satisfechos por haber llenado sus obligaciones. De otra manera, todo es desorden y confusión, y el disgusto no tarda en invadir la casa, llevando consigo el mal humor y el descontento.

Otro género de atenciones, que concierne especialmente á la mujer casada, y que exige de ella buen juicio y gran prudencia, consiste en la inversión de la parte de los recursos domésticos destinada á los gastos ordinarios de la casa.

Toda mujer inteligente y previsora sabrá fijar é invertir una suma de dinero, que sea término medio entre lo absolutamente necesario y lo que debe concederse á las exigencias de un lujo mantenido en justos límites. También sabrá arreglar minuciosa-

mente los pormenores de los gastos, pues la prosperidad de la familia depende de la exacta observancia de estos principios de economía doméstica.

*
* *

El matrimonio ensancha el círculo de las relaciones sociales de cada uno de los cónyuges. Lo repetimos: la recién casada debe cultivar esas nuevas amistades, y darles por base duradera el afecto y la estimación, conservando sus antiguas relaciones.

Pero, respecto de este particular, uno de los puntos más importantes para la mujer es su juiciosa elección: inclínese á personas instruidas y respetables, y no á gente frívola que pueda ocasionarle tristes decepciones, cuando llegue á conocer que no le es posible estimar á quienes ella ha dispensado inconsideradamente su amistad.

También deberá evitar relacionarse con personas que la aventajen demasiado en rango y fortuna, no sea que después de haberse arruinado para igualarse, á ellas en lujo, dejen de tratarla; todavía, sin embargo, podrá considerarse feliz, si aún es tiempo de volver á la esfera de relaciones, de la cual no debió salir, y si le es dado restablecer el orden por medio de una prudente economía.

Los deberes de la mujer casada para con la sociedad se extienden hasta más allá del círculo de la familia y de las relaciones de amistad: debe observar todas las condiciones impuestas por los usos y las reglas para saber vivir en la posición social en que se encuentre colocada, cumplir los buenos oficios de vecindad, y ser al mismo tiempo persona sincera, benéfica y caritativa.

La recién casada debe saber gobernarse á sí misma, principalmente para modificar aquellos de sus hábitos que no estén en armonía con los gustos y con el carácter de su consorte ni con las exigencias de su condición de esposa. Procure, pues, en cuanto le sea posible, subordinar su voluntad á los consejos de la razón, perfeccionar sus facultades intelectuales y emplear su tiempo conciliando el cumplimiento de sus obligaciones domésticas con el de sus deberes morales y religiosos.

Así podrá conseguir, no sólo el afecto sino también la estimación y la confianza de su marido, que le son tan necesarias para asegurar: por una parte su autoridad sobre sus subordinados, y por otra parte la mejor consideración de la familia con quien acaba de enlazarse.

Y así será, como debe ser, lazo que une dos familias; será feliz y contribuirá á labrar la felicidad de los suyos. Su ejemplo produce más efecto que to-

das las amonestaciones; su vida, llena de un encanto incesante, se hace modelo que es imitado con viva simpatía.

La esposa que comprende la importancia de sus obligaciones y que sabe llenarlas dignamente, es el ángel tutelar del hogar doméstico.



INFLUENCIA DE LA MADRE PARA CON SU HIJA CASADA.

Es condición de muchos seres humanos embellecer el porvenir con los encantos que presta la fantasía, y mirarlo como ideal á que no alcanzan los sufrimientos de la vida presente. Estas ilusiones tan naturales por lo general, lo son mucho más en las jóvenes inexpertas que se figuran el matrimonio como un estado de independencia, destinado á la satisfacción de cuantos caprichos puede elaborar una imaginación viva y soñadora.

Ordinariamente, las jóvenes consideran el matrimonio como un porvenir venturoso, en el cual no han de sufrir las sujeciones de su vida presente, y se imaginan que al llegar á ser esposas debe tener principio para ellas la era de su soñada emancipación. Pero después de los felices dias usualmente deno-

minados luna de miel, la joven esposa experimenta inquietudes y disgustos que van siempre en aumento, á medida que avanza en la espinosa carrera de la vida.

No es muy común que el esposo manifieste el solícito afecto que prevé todas las dificultades y las separa con mano hábil, siempre que aparecen. Si su objeto ha sido unir una posición á un dote, la esposa es cuestión secundaria en el negocio; y después de haberle dedicado el tiempo y las atenciones que el bien parecer prescribe, vuelve á sus distracciones habituales.

El marido que no siente la incesante necesidad de afectuosa consideración que su joven esposa experimenta, deja con imprudente descuido que el corazón de ella se vuelva hacia su familia y particularmente hacia su madre.

En efecto, llega el momento de la vida en que la hija reconoce mejor la finura y la abnegación del amor maternal; hasta entonces, había considerado la inagotable bondad de su madre, como un sentimiento vulgar y fácil de reemplazar; pero la experiencia hace justicia á esa ingratitud que, justo es decirlo, suele ser inconsciente; el pasado se ilumina con la claridad del presente, y muestra cuán excelente y rara cosa es el verdadero afecto.

¿Estrañaremos que una joven en tal apuro se apre-

sure á depositar el peso de sus tristezas en el corazón de su madre? ¿Nos asombraremos de que busque un terreno firme, cuando ve que se arruinan los palacios que ha construido en sus sueños dorados? Considerando en este punto de vista la cuestión, no nos sorprenderá que se nos acuse de crueles, si decimos que conviene recibir con calma y prudencia esa reacción de la ternura filial, y no abandonarse á ella sino con gran reserva.

Son pocas las mujeres que no ven en ese sentimiento el más inocente consuelo para las amarguras de la vida conyugal; pero fundan esta idea en una inexacta apreciación de los deberes de su posición en la familia.

*
* *

Cuando se casa una joven, entra, por decirlo así, en un mundo que ella debe aceptar cordialmente, dándole lugar preferente, tanto en sus afectos como en sus pensamientos; mas no todas las madres se resignan con buena voluntad á ocupar un lugar secundario en el corazón de sus hijas, porque, como los sentimientos de nuestra naturaleza no carecen de imperfecciones, hay debilidades que el

vulgo no ve, pero que no se ocultan á los observadores de las pasiones.

«Cuando la madre hubiere casado á su hija»—dice el insigne Juan Luis Vives—«no quiera tener tanto en ella como antes, sino piense que la ha dado en otra casa: no tiene más en ella que si la hubiera enviado á morar en tierra extraña.

«Ha de recordarle las cosas que le aconsejaba, siendo doncella, ó le enseñará otras, si las supiere.

«No ande con ella en cosa que sepa que ha de disgustar á su yerno; no la lleve por las iglesias, ni de visita en visita, ni la saque de casa, y, aun si menester fuere, no hable con ella, viendo ser contra la voluntad de su yerno.

«No me diga la mujer ¿y cómo, no podré yo hablar con mi hija? Yo no digo que no sea tu hija, sino que ya no es tuya, porque todo el derecho que tenías en ella lo has dado á tu yerno.

«Por eso, si quieres ver á tu hija vivir contenta y bienaventurada, es á saber, si tienes gana de verla conforme con su marido, aconséjale que en todo le sea obediente, sujeta, agradable, y no haga cosa, ni aun hable contigo, si á su marido le ha de pesar. . . .

«Más te digo, que si alguna diferencia hubiere entre tu yerno y tu hija, si ella te viniere con que-

jas, infórmate bien del caso, y aunque la pasión te diga que tu hija tiene razón, no la creas luego; y aunque la tenga de hecho, no te armes contra tu yerno, ni le muestres á ella que tiene razón, antes dile que todo lo debe comportar á su marido, y que siempre que no le fuere obediente, la culpa será de ella y no de él.

«Y cuando la hubieres reprendido y amonestado, hablarás á tu yerno, separadamente, sin ninguna manera de enojo ni desabrimiento, y entiende de él la causa de la riña, y discretamente lo remedias, de manera que parezca que le ruegas y amonestas como madre, y no que le reprendes ni mandas como suegra; esto es, porque aunque la suegra debe amar y aconsejar á su yerno como á hijo, debe acatarle más que si fuese su propio hijo.»

*
* *

Las inclinaciones sinceras evitan difícilmente los celos, y rara vez el amor maternal se libra de esa dolorosa condición de los afectos profundos. En esta situación particular, verdaderamente digna de compasión, el yerno llega á ser considerado como enemigo á quien habitualmente se combate con armas que están muy distantes de la cortesanía.

La madre, al ver que su hija no encuentra en el matrimonio sino sufrimientos y decepciones, aprovecha hábilmente esta disposición, para penetrar todos los secretos y formar un partido contra su hijo político.

Pero ¿quién sabe?, tal vez haya buena fé en ese proceder, en que el yerno entrevé consecuencias funestas. La madre se indigna, si su querida hija no es adorada; la considera perfecta y no puede comprender que la joven á quien juzga merecedora de todo el amor que su marido sea capaz de sentir, esté mirada con cierta indiferencia.

Semejante ilusión, tan comprensible como disculpable, conduce á la madre á una apreciación de las cosas, siempre falsa y á menudo ridícula; pues en vez de mostrar por el mejor lado á su hija el enlace que ella ha efectuado, irrita su sensibilidad, exalta su imaginación y le hace ver como extraño, excepcional y desesperante todo lo que, ordinariamente, las mujeres recién casadas experimentan en la vida doméstica.

Nada más fácil que llevar hasta tal extremo á la joven esposa que, por no encontrar en su esposo todo el afecto anhelado por ella, siente una dolorosa decepción que no la soporta el corazón, sino con valor heróico. Los maridos, menos amorosos por lo general, no tienen idea de lo que ciertas naturalezas

delicadas sufren por efecto del egoísmo existente en la humanidad.

Ese sufrimiento, que tiene sus raíces en las fibras más sensibles del corazón, precipita á las mujeres que sueñan cierto ideal: en vano será que se les oculte á sus miradas, que las decepciones se multipliquen con las pruebas y que los pesares se agraven con las agitaciones de la vida; siempre persiguen con candor la ilusión de amor y felicidad, que se les desvanece cuando creen que llegan á realizarla.

Con frecuencia, el matrimonio es la primera de las decepciones en que la vida se muestra en triste realidad; pero la madre verdaderamente digna, en vez de atribuir á su yerno la causa de males que él no puede remediar; en vez de irritar la sensibilidad de su hija, para obtener de ella la posesión absoluta de su cariño y de su confianza, debería mostrarle las realidades de las cosas de la vida, iluminarle la razón con la luz de la experiencia, que en muchas ocasiones libra de extravíos las naturalezas impetuosas.

Tan racional influencia produciría grandes ventajas, impidiendo muchos pasos arriesgados; pero como de la generalidad de las madres no se puede esperar abnegación completa en este sentido, es prudente que la hija casada guarde secretamente en

el fondo de su corazón—sin comunicar ni aun á su familia—cualquier concepto desfavorable que su marido le merezca.

*
* *

La esposa debe cubrir con el velo de la discreción los defectos que el esposo manifieste en la intimidad, y no acusarlos ante un tribunal, ordinariamente parcial, que puede ser recusado.

Con razón se indigna el marido que es el objeto de una inquieta vigilancia que le observa cuidadosamente todas las imperfecciones de su carácter, para hacer de ellas asuntos de conversaciones poco benévolas; y nada le irrita tanto como el ver que los pormenores de su vida privada sirven de alimento á la curiosidad de la suegra ó de cualquier otra persona. Su ánimo se exaspera contra la idea de esas traiciones repetidas sin cesar, y la confianza que él debe tener en su mujer no resiste mucho tiempo semejante género de pruebas.

Quéjase ella del poco ascendiente que tiene para con su marido, y no reconoce que con sus frecuentes imprudencias hace todo cuanto puede contribuir á debilitar ese ascendiente.

El marido repugna que sus faltas, sus cuestiones

domésticas y sus secretos sean entregados á la maledvolencia de personas extrañas; y cuando ha adquirido la convicción de que no tiene en su mujer un confidente discreto, hácese desconfiado y completamente impenetrable. Tal es su venganza, y preciso es confesar que no hay derecho de quejarse de una reserva que la prudencia más vulgar exige, y que puede justificarse con sólidas razones.

Es verdad que la expansión parece ser una necesidad imperiosa en la generalidad de las mujeres; pero reflexionen sobre los inmensos inconvenientes que lleva en pos de sí esa facilidad con que en muchas ocasiones dejan ver el fondo de su corazón!

Las consecuencias de semejante ligereza no son menos funestas, cuando se trata de quejas motivadas por los hijos; pues el público, que fácilmente recibe ciertas impresiones, toma acta minuciosa de las confidencias dictadas por una irritación pasajera, y conserva memoria demasiado fiel de las apreciaciones que le parecen más exactas que las que podían llegarle por otro conducto. Así acontece, frecuentemente, que madres indiscretas comprometen el porvenir de sus hijos.

Como un gobierno bien organizado necesita guardar reserva inviolable, respecto de algunos asuntos, así el hogar doméstico ha de tener también sus

secretos de estado, que no deben, bajo ningún pretexto, llegar á oídos extraños. Sin esto no puede haber situación estable ni seguridad verdadera para la familia.

.



LA AUTORIDAD PATERNA

He aquí extractado lo que un ilustrísimo escritor ha dicho acerca del origen, naturaleza y carácter de la autoridad paterna.

Todos los anales depositarios de la sabiduría de las naciones declaran que la autoridad del padre de familia es la más natural, la más antigua, la más universal de todas las autoridades humanas, la más semejante á la autoridad de Dios; y no solo es divina por su origen, sino también por su naturaleza, por ser la misma autoridad del poder creador. Así la reconocemos todos los seres humanos, cuando decimos, con respeto: *mi padre*; y el respeto no tiene expresión más vigorosa que esa, sino cuando se eleva hasta la adoración, cuando decimos: *Padre nuestro que estás en los cielos*.

El primer poder que se estableció entre los hombres fué el paterno; en las primeras edades de la humanidad no había más reyes que los padres de familia; y así como las familias fueron origen y modelo de las ciudades, de los reinos y de toda la sociedad humana, de igual modo la autoridad paterna fué tipo y dechado de la autoridad social.

En todos los siglos y en todas las naciones, el título de *padre del pueblo* es el más glorioso de los títulos conferidos á los jefes de Estado; siempre y en todas partes, la autoridad pública ha merecido las bendiciones de los hombres, cuando ha sido paternal.

El título de jefe de un Estado es título de padre, y todo el mundo reconoce que la obediencia debida á los poderes públicos no tiene otro fundamento en la ley de Dios, que el precepto de honrar á los padres. En verdad que el gobierno más perfecto es el más paternal, que los gobernantes superiores, cualesquier que sean, deben estar formados según el modelo de los padres, y que el primer magistrado de una nación es jefe por deber en el Estado, como el padre lo es por derecho en la familia.

Hay tanta grandeza en la paternidad, que los hombres no tienen mejor título que dar á aquel de sus semejantes que ha sido para ellos un salvador, ó que ha fundado alguna gran institución; llámanle *pa-*

dre de la patria, y este título es más augusto que el de los héroes.

Y aun á la misma PATRIA, ¿porqué se le ha dado este bellissimo nombre, cuya etimología se deja conocer tanto, sino porque es la sociedad de los padres de familia, y por ser imagen de la autoridad tutelar y del benéfico poder del gobierno paternal?

La gravedad romana ¿qué nombre creyó deber dar á los patricios que tomaban asiento en aquel ilustre Senado, cuya magestad impulsó á un antiguo á decir que á sus ojos parecía como una asamblea de reyes? La historia nos lo enseña: se les llamada *padres conscriptos*.

La memoria de los antiguos patriarcas ¿no es una de las más venerables que los hombres conservan? ¿Hubo nada más noble en la humanidad que el patriarcado? ¿No era el poder patriarcal, en las primeras familias benditas de Dios, la imagen de la grandeza y de la beneficencia divina? El patriarca, en los sencillos ejercicios de la vida pastoril, era á la vez padre, pontífice y rey; tenía por reino á su familia, por súbditos á sus hijos y nietos, hasta la tercera ó cuarta generación, y reinaba entre ellos soberanamente.

*
* *

El Evangelio, que ha enaltecido las autoridades legítimas, nos revela que hay todavía en el fondo de la autoridad paterna algo de su grandeza primitiva.

Efectivamente, el padre de familia es hoy aún rey de su hogar; su reino, esto es, su casa, su campo, sus bienes son inviolables; pero, sobre todo, su reino es su esposa y sus hijos, el alma, la vida y el honor de ellos; y cuando dice *éste es mi hijo, ésta es mi hija*, expresa sus deberes y derechos paternos con una energía que ninguna otra autoridad más que la suya podrá tener jamás. Privarle de sus hijos, violar indignamente el derecho que él tiene á educarlos, sería un atentado contra la naturaleza.

El jefe del Estado es padre por deber, y la autoridad paterna es esencialmente modelo de la autoridad pública; pero el padre de familia es rey del hogar doméstico, por derecho; y en lo concerniente á la educación de sus hijos, ó la dá él mismo ó elige maestros, en los cuales delega para que la den; y todo esto por un derecho superior é imprescindible, pues la autoridad paterna no es renunciabile como las demás autoridades humanas: no es, sin duda la más extensa, pero es la más íntima, la más imprescriptible.

Como hemos visto, toda autoridad se deriva de

la paternidad, no es propia y esencial sino de los padres: del *Padre Celestial*, por la soberana paternidad que le es peculiar; y de los *padres terrenales*, por la paternidad que les es providencialmente comunicada.

De los depositarios de la autoridad entre los hombres se dice que están *investidos de autoridad*; pero ningún hombre está investido de autoridad paterna, ni puede ser despojado de ella ni abdicarla. El padre no está simplemente investido de autoridad, sino que la posee. Dios puede no comunicar á cualquier hombre la paternidad; mas una vez que uno la recibe, la autoridad le es esencial é imprescindible.

*
**

Primitivamente, el poder paterno fué absoluto y tomó con frecuencia los caracteres de una horrenda tiranía; pero este poder, tan terrible en la antigüedad, tan despótico bajo las leyes romanas, ha llegado á debilitarse demasiado: una excesiva familiaridad ha engendrado cierta especie de igualdad, de libertad licenciosa entre el padre y sus hijos, al mismo tiempo que las inconsecuencias de la conducta, y á veces la falta del buen ejemplo, han menoscabado la eficacia de la enseñanza práctica.

En las familias antiguas, los padres tenían apartados de sí á sus hijos, aun siendo éstos por todo extremo sumisos y respetuosos; de lo cual resultaba en las relaciones habituales un penoso sentimiento de frialdad, consecuencia ordinaria del constante descenso así producido en el termómetro de los afectos. Aquellos hijos cumplían bajo el imperio del temor los deberes que hubieran debido llenar por impulso del amor filial.

En nuestra época, el padre de familia, en vez de reducir prudentemente aquella excesiva distancia, la ha casi anulado, salvo raras excepciones. Queriendo que para él su hijo llegue á ser el mejor amigo, no ha tenido bastante previsión para comprender que esta condición moral, llena de seductoras ilusiones, no puede establecerse sino mediante cierta igualdad tan enojosa por sus resultados, que no permite obtener, en caso de necesidad, los miramientos y la sumisión que entonces no son de esperar de los sentimientos afectuosos ni aun de la gratitud.

La autoridad paterna está harto comprometida por ciertos hábitos y costumbres, y es, ordinariamente, de aplicación difícilísima.

Asunto es este, respecto al cual existe una verdad muy amarga, y es necesario tener el valor de expresarla: la insubordinación va difundiéndose: desde la familia, se ha deslizado á la sociedad; son muchos

los que quieren mandar, y pocos los que están dispuestos á obedecer; y por consiguiente, las grandes perturbaciones de la sociedad suelen ser consecuencia de las pequeñas insurrecciones domésticas.

El padre de familia, dedicando su actividad, su labor entera, al bienestar de su esposa y sus hijos, concediendo á estos últimos una prudente libertad, y educándolos con afecto siempre incapaz de exponerlos á los extravíos de una familiaridad peligrosa, nunca debe dejar que se anule ó falsee la respetable autoridad que Dios le ha confiado.

*
* *

La energía que en ciertos casos debe el padre asociar á su ternura, puede ser atemperada por la madre.

Tesoro inagotable de benignidad, el corazón maternal dirige por medio de los afectos y puede mostrarse aflijido por los correctivos impuestos; pero debe insistir en que sean reprimidas las faltas, sin poner jamás en duda la autoridad del padre, sin contrarrestarla, que es lo que acontece con frecuencia.

La madre imprudente, celosa por adquirir la mejor parte en el amor de sus hijos, hace con ellos una especie de alianza, y se declara en abierta rebelión con-

tra su marido; si éste les dá una orden, la mujer encuentra medio de eludirla; si castiga, le hace frente, complaciéndose en representar el papel de leona que defiende sus cachorros.

La mujer que así procede no ve la probabilidad de que llegue un día en que sus hijos, después de haber invocado el apoyo de ella contra el jefe de la familia, hagan alianza con éste, cuando ella misma tenga que imponer alguna corrección. Entonces será, á su vez, acusada de tirana; quedará desatendida por caprichosa, sin recurso para reprimir á unos hijos que no la obedecen, y sobre todo, verá, con desesperación, que su ciega ternura obtiene por recompensa el desafecto y es causa de desgracia para los mismos hijos.

Las cosas van bien, cuando la madre invoca la autoridad de su esposo como ley suprema. Si la represión de una falta le parece demasiado severa, que no lo demuestre, sino que se limite á pedir, ostensiblemente, gracia para el culpable. Este proceder ofrece triple ventaja: dar á conocer á los niños lo que vale la autoridad á que la misma madre tiene que implorar; mostrarles que la dulzura puede ablandar el corazón de un padre que mejor sabe amar que castigar; y, en fin, transformar el regazo materno en refugio contra las penalidades de la niñez.



EL RESPETO FILIAL

Un elocuente orador sagrado ha dicho, acerca del respeto, las palabras siguientes:

«El respeto es, después de la religión, el más sublime sentimiento del alma humana; es una impresión moral de la grandeza, un conocimiento íntimo de la superioridad, acompañado de cierta generosa necesidad de manifestarlo exteriormente por medio de homenajes visibles que constituyen lo que se puede llamar, y en efecto se llama, *culto del respeto*.

«El cristianismo produce en las almas el verdadero respeto, y este respeto produce, á su vez, la verdadera elevación del alma.»

Más adelante, después de una série de grandilocuentes consideraciones generales sobre el respeto, desciende á examinarlo con relación á los seres, á

las entidades que pueden ser su objeto; y, tratando del respeto filial, dice:

«En el orden natural y á la luz de la razón, el padre y la madre son en el alma del niño representaciones de la dignidad de Dios. . . .

«Dios es la causa primera, y la dignidad primera; el padre y la madre son la causa y la dignidad segundas é inmediatas; luego el homenaje de respeto que el niño tributa á Dios, viene á recaer en los padres para hacerlos más venerables, así como el respeto que les tributa directamente, sube hasta Dios para recibir su premio. . . .

«Pero lo que al niño hace más palpable y manifiesta en sus padres la representación de Dios, es la dignidad que sobre ellos desciende de la majestad divina, es la doctrina que nos enseña á creer para desenvolver nuestro entendimiento, que nos enseña á amar para desenvolver nuestro corazón, que nos enseña á obedecer para desenvolver nuestra voluntad, pues tales son los elementos de toda buena educación.»

Sin el respeto, que es condición de las virtudes, y alma de las leyes, no hay dignidad ni pureza: todos los desórdenes, todos los vicios, todas las impudencias, todas las iniquidades se desbordan; pero en cambio basta el respeto para la inspiración de las más grandes virtudes y el cumplimiento de los más sagrados deberes.

«Después de la Divinidad»—dice Platón — «es menester honrar ante todo á los autores de nuestros días; ésta es la primera, la más grande, la más indispensable de todas las deudas . . .

«Debemos persuadirnos de que cuanto poseemos pertenece á aquellos de quienes hemos recibido el nacimiento y la educación, y que debemos consagrar, sin reserva, á su servicio, los bienes de fortuna, los del cuerpo, y en fin, los del alma, devolviéndoles así con largueza los cuidados y trabajos que nuestra infancia les costó, y redoblando nuestras atenciones á medida que las reclamen las necesidades de su edad . . .»

Tratemos constantemente con respeto religioso á nuestros padres; cedamos á su enojo; dejemos libre curso á su resentimiento, sea que lo muestren por palabras ó por acciones; y consideremos que el padre que se cree ofendido por su hijo, tiene derecho á irritarse contra éste.

*
* *

Empero por dulce y bello que sea el lenguaje de Platón, hay un lenguaje más dulce y bello aún: el de la Sagrada Escritura.

«Honra á tu padre y á tu madre, como el Señor te

lo ha mandado, á fin de que vivas largo tiempo y seas feliz en la tierra que el Señor tu Dios te dará.

Honra á tu padre y á tu madre, porque éste es el primer mandamiento á que Dios ha unido una promesa.

Honra á tu padre con todo tu corazón, y no olvides jamás los dolores de tu madre.

Acuérdate de que sin ellos tú no hubieras nacido, y devuélveles todo lo que han hecho por tí; de este modo atraerás sobre tu cabeza la bendición de tu padre, y ella descansará sobre tí para siempre.

La bendición del padre asegura la prosperidad de sus hijos; pero la maldición de la madre los arranca de la tierra.

El que honra á su padre verá su vida prolongarse, y el que obedece á su padre será la alegría de su madre.

El hijo prudente se deja reprender de su padre; pero el insensato no oye las réprensiones ni los consejos.

Hijo mío, escucha con docilidad á tu madre, que te ha dado la vida. Presta oídos á la sabiduría y á las voluntades de tu padre, y no desatiendas las palabras de tu madre. Ellas serán como corona de gracia en tu frente, como cadena de oro en tu cuello.

El hombre que teme al Señor, respeta á su pa-

dre y á su madre, les está sometido como á los señores de su vida.

Hijos, obedeced en el Señor á vuestros padres, porque esto es justo.

Dios es quien ha impreso al padre un carácter que impone respeto á los hijos, y ha afirmado sobre ellos la autoridad de la madre

El que honra á su padre será colmado de alegría en sus hijos, y Dios le oirá sus oraciones. Que vuestro respeto hacia vuestro padre se muestre, pues, en vuestras acciones, en vuestras palabras y en toda vuestra paciencia.

Seréis igualmente recompensados, si soportáis los defectos de vuestra madre.

Desgraciado del que maldice á su padre y á su madre: la antorcha de la vida se apagará eternamente para él.

Hijo mío, guarda los mandamientos de tu padre y no abandones las lecciones de tu madre. Ténlas grabadas sobre tu corazón y pendientes de tu cuello para que te acompañen cuando andes, vigilen en torno tuyo cuando reposes, y las halles al despertar.

El hijo sabio es el regocijo de su padre, y el insensato causa la tristeza de su madre.

Honrad á vuestra madre durante toda su vida, y no olvidéis jamás cuántos dolores sufrió y á cuántos peligros estuvo expuesta cuando os llevaba en su seno.

El hombre que honra á su madre, es como el que labra un tesoro.

El hombre que abandona á su padre, se consagra á la ignominia; y el que excita la cólera de su madre, incurre en la maldición del Señor.

El que despoja á su padre y echa á su madre es miserable é infame.

El que roba á su padre ó á su madre, y dice que no ha pecado, es compañero del homicida.

No os envanezcáis con nada de lo que deshonre á vuestro padre, porque nunca su vergüenza podrá contribuir á vuestra gloria.

No entristezcáis los días de vuestros padres: sed el apoyo de su vejez.

Si su espíritu se debilita, sabed soportarle, y no le tratéis con menos respeto, porque os asista la razón; pues la caridad que se use para con los padres, no será echada en olvido.

No desdeñéis á vuestros padres, cuando os sentéis entre los magnates de la tierra. De miedo que Dios no os abandone aun en medio de esos magnates, y que deslumbrados con vuestra fortuna no caigáis en el oprobio, sintiendo entonces haber visto la luz, y maldiciendo la hora de vuestro nacimiento.»

¡Con qué vivacidad, con qué gracia seductora, con qué majestad de lenguaje expresa la Sagrada Escritura los deberes relativos al respeto filial!

*
* *

Dios, que perpetuamente obra sobre todas las cosas, lo hace á veces por medio de sus criaturas; y para ello les comunica siempre algo de sus divinos atributos, según lo que corresponde á la realización de sus altos designios.

Por eso, cuando Dios hace padres y madres, es decir, autores de la existencia de sus hijos, les da cierta participación en la infinita fuerza con que ha creado todas las cosas, les hace entrar en la acción de la eterna Providencia, les asocia al más alto poder, al mismo poder creador; en una palabra, los hace creadores á imagen y semejanza de Él, y, por lo tanto, jefes providenciales de la familia.

Los padres y las madres son los representantes de la divina Providencia en la tierra, no sólo porque Dios les ha dado algo de su bondad, de su tierna solicitud y de su soberana sabiduría para que eduquen á sus hijos, sino también porque los ha hecho delegados inmediatos de Él. Esto es lo que da á los padres y á las madres autoridad venerable; y por eso mismo, entre los deberes impuestos por la naturaleza y por la religión al hombre, hay uno superior á todos: el respeto á Dios presente en el padre y en la madre.

Así debemos comprender el respeto filial, que es el

más sagrado entre todos los del mundo, porque es de honor, de amor, y, aunque no es de adoración, es un respeto religioso.

Un padre y una madre son naturalmente nuestros primeros amigos. La edad suele llevarles demasiado á la tristeza; pero las manifestaciones del respeto filial les reaniman y les consuelan. La sonrisa que los buenos hijos mueven en los labios de sus padres y el contento que renace en sus corazones serán sus mejores place es.

¡Feliz el hijo que puede devolver á su padre y á su madre todos los cuidados que de ellos recibió en la infancia; pero más feliz aún el que les devuelve sus sonrisas, sus caricias, sus alegrías!



LA UNIÓN DOMÉSTICA

La unión doméstica no se constituye por sí misma: la voz de la sangre no es bastante poderosa para mantener y consolidar esta unión que, sin embargo de parecer enteramente natural, es resultado de esfuerzos y sacrificios perseverantes y continuos.

La desigualdad de los caracteres, la de los sentimientos y la de los hábitos propenden incesantemente á aislar á los individuos, aunque éstos estén obligados á vivir en relaciones mutuas muy frecuentes; pues estas relaciones, en vez de estrechar entre personas de una misma sangre una unión sincera y cordial, ocasionan en muchos casos desavenencias que suelen dejar heridas incurables en el fondo de los corazones.

Para prevenir esas perturbaciones, para alejar de

todos la pasión de las discordias intestinas es necesario que la madre, poseida del espíritu pacificador que la moral cristiana inspira, no olvide que ella debe ser lazo de la familia, que sólo ella misma puede ser el centro en que se armonicen las voluntades discordantes, y hacer que los corazones y las inteligencias concurren al bien común.

Misión es esta, llena de grandeza, que halaga á las almas generosas, cuyo pensamiento preferente es el deber. La laboriosa tarea, lejos de parecer insoportable á la madre verdaderamente digna de este título, le ofrece la inefable satisfacción de ser providencia visible para los seres cuya unión le ha sido confiada por el Cielo.

*
* *

El espíritu conciliador de la madre debe ejercitarse, preferentemente, cuando lo requieren las relaciones del padre con sus hijos. La autoridad de un padre, aunque sea perfectamente benévola, no evita siempre las apariencias de la severidad. Los hombres suelen mostrar, con más ó menos frecuencia, en sus actos de gobierno, cierto rigor, cuyos inconvenientes pueden, fácilmente, llegar á ser considerables. Los corazones juveniles sufren en secreto

las heridas que la rigidez imprudente les hace, y que á veces les inclina á la misantropía.

Las personas bastante experimentadas en las agitaciones de la vida, saben hasta qué punto las impresiones recibidas en la niñez ejercen influencia perseverante sobre el destino ulterior; de aquí, más de una vez, la melancolía que exagera los dolores de la vida, que alimenta desconfianza ilimitada aun hacia el amigo más leal, y que impide al corazón abrirse á las mejores impresiones.

Esa tendencia se arraiga cada dia más, sin que nadie advierta el daño que ella produce, pues el jefe de la familia, absorbido por mil cuidados, por el manejo de sus negocios y por las atenciones de la vida pública, no percibe los síntomas de un mal que rara vez busca confidentes para procurarse consuelos. Por otra parte los hombres suelen ser muy distraídos, respecto á las manifestaciones de la vida del corazón, y, ordinariamente, solo miran hacia las cosas exteriores, á menos que un interés urgente despierte curiosidad en ellos.

Las mujeres, por el contrario, tienen aptitud especial para adivinar secretos de los corazones, y pueden por lo mismo trabajar más eficazmente en calmar las agitaciones y las ansiedades; su misión es dulcificar la severidad del poder paterno, hacer comprender los deberes para con el padre de familia, explicar

los actos de éste, disculparle sus rigores aparentes; en una palabra, servirle de apologista.

La madre debe dedicarse con el mayor celo á conseguir que sus niños comprendan la necesidad de la sumisión filial, y que la practiquen; á moderar los ardores que la juventud reprime con gran dificultad, y á disipar las tristezas que las contrariedades secretas engendran fácilmente en los corazones juveniles. Asi es como la madre puede ejercitar sus más excelentes afectos, con incontestables ventajas para los gobernantes y los gobernados de la familia.

No puede ser afirmadora de la unión doméstica, una madre que no comprende la naturaleza de la influencia que legítimamente le pertenece. En vez de olvidarse á sí misma, cuando las circunstancias lo exigen, se preocupa demasiado con todo cuanto atañe á su personalidad, y no sabe dominar sus impresiones; no oculta bastante los defectos de su marido, y suele hacer que sus hijos adivinen lo que ni aun siquiera sospechaban; cree que ha de redundar en su provecho lo que ella quita á la autoridad principal de la familia; pero este error, tan común por desgracia, no resiste el más ligero examen.

En efecto, á nadie es provechoso lo que la autoridad pierde, y cuando el disgusto hacia el respeto nace en las almas juveniles, esta enfermedad moral se desarrolla, de dia en dia, para daño de todos. Lle-

ga un momento en que caen las frágiles barreras que habían sido consideradas como insuperables, y se experimenta demasiado tarde el arrepentimiento de haber debilitado en los hijos la veneración que en todas circunstancias deben tener al jefe de la familia.

*
* *

La madre que conoce la extensión y la sublimidad de sus deberes, procura no sólo impedir todo disgusto entre su marido y sus hijos, sino también establecer unión sincera y cordial entre los mismos hijos. Este resultado no es fácil de obtener, porque, ordinariamente, las mujeres disimulan con gran dificultad sus preferencias, y porque toda predilección de este género, por poco que se manifieste, compromete gravemente la imparcialidad materna y engendra prevenciones inextinguibles.

Semejante dificultad es una de las más considerables que una madre puede encontrar. ¡Es tan natural que los hijos afables, respetuosos, sumisos, inteligentes y activos sean preferidos á los insubordinados, audaces, lerdos y perezosos que no se inquietan por lo presente ni se manifiestan cuidadosos por lo porvenir! Desgraciadamente, los que menos se distinguen por sus cualidades morales é intelectuales sue-

len ser los más exigentes y los más irritables; así es que toda preferencia de que no son objeto los dispone y aun los exaspera, de lo cual nacen resentimientos que, no pudiendo desahogarse contra el gobierno doméstico, se obstinan contra quien es causa inocente de tales resentimientos. La envidia que devoraba á los hijos de Jacob, hizo expiar dolorosamente al anciano patriarca las imprudencias de una predilección demasiado manifiesta.

¡Y si siempre fueran objeto de semejantes preferencias los hijos que se distinguen por sus buenas cualidades! Mas por capricho sentimental que no es raro, algunas madres, sin temor de tener en su contra la opinión de personas de buen sentido, se entusiasman por aquellos que no merecen predilección. Esa extraordinaria ceguedad es tan inconveniente, que mantiene agitación continua en el seno de muchas familias, porque inspira celos, envidias y aun odios á los hijos que no tienen tanta parte en el afecto materno. ¿Cómo querer que aquellos que se han mostradõ siempre atentos á sus deberes, vean con indiferencia la predilección de su madre por los que manifiestan inclinación al desorden? Tal predilección ¿no es el medio más eficaz que una madre puede emplear para conseguir ser calificada de injusta y parcial?

Además, en algunos casos, esa parcialidad se ma-

nifiesta por modo tan deplorable, que fácilmente subleva los ánimos. No por ser sinceramente respetuoso y adicto á sus padres, puede un hijo habituarse á ver los intereses de la familia sacrificados á los individuos menos dignos, y la fortuna de los abuelos arruinada por disipadores á quienes estimula una culpable tolerancia que escandaliza aun á las personas más indulgentes. La madre que hasta este punto pierde el sentimiento del deber, se aparta de los principios de justicia y equidad que deben guiarla en el gobierno de la familia.

Conocidas son las mil razones más ó menos ingeniosas que, so pretexto de supuestas necesidades apremiantes, se dan para justificar inversiones pecuniarias que una ciega ternura suele tolerar; pero ¿es posible conseguir que tan fútiles razones sean satisfactorias á los hijos, tantas veces resentidos amargamente; al marido, que no acepta siempre todo lo que se le quiere inspirar; á los parientes, dispuestos en favor de los ofendidos, y al público, que se indigna contra todo lo que se parece á la injusticia? Por mucho que se queje de los defectos de sus hijos, todo el mundo dirá que la primer falta no es de ellos, y que tan expeciosos pretextos de disgusto son deplorables en una madre de familia.

No espere ella, pues, encontrar simpatías, reales ó ficticias, para su desgracia; antes bien encontrará

alguna ironía mal disimulada. Pero tal ironía no será su pena más cruel; su verdadero castigo, su castigo más incesante será la mala conducta, los necios caprichos y los locos derroches de los hijos, en quienes la debilidad materna ha estimulado tan malas inclinaciones. Esa debilidad no bastará, ordinariamente, para conquistar el afecto de ellos; pues con la codicia que les devora, apenas disimularán el deseo de cerrar los ojos á los autores de sus días.

En cuanto á los hijos buenos ¿qué esperar de ellos sino cierta frialdad, resultado funesto de la injusticia con que han sido tratados? Obrando con justicia y con imparcialidad, la madre puede evitar esos males y consolidar la unión doméstica.



EL AMOR FRATERNAL

Si quisiéramos definir el amor fraternal, diríamos que es amistad natural; luego si estudiamos los caracteres de la amistad, conoceremos los principios del amor fraternal. No será, pues, extraño á este asunto tratar de la amistad en general, la cual es elemento importantísimo en la familia.

La amistad es un afecto tranquilo relativamente á los demás afectos, porque no hay ninguno que absolutamente lo sea: todos ellos son movimientos más ó menos agitadores del alma, y por eso la amistad tiene sus inquietudes, sus disgustos, sus decepciones, sus heridas, sus vicisitudes, sus oscilaciones; pero por sí misma, y aparte de los accidentes que la pueden turbar, es tranquila.

El afecto amistoso es más tranquilo que el amor

paternal ó maternal, porque éste, aun siendo feliz, es siempre un afecto inquieto: ¡tanta responsabilidad lleva consigo! También la amistad es más tranquila que el amor que atrae un sexo hacia el otro, pues en ella tiene poca parte la imaginación, y ninguna los sentidos.

Por consiguiente, la paz, elemento de la felicidad, es uno de los caracteres de la amistad.

*
* *

Otro carácter de la amistad consiste en que este afecto tiene objeto determinado. Somos amigos de una persona, tal como es, con sus buenas cualidades y sus defectos. No tienen este carácter todos nuestros sentimientos: los hay muy grandes, muy puros, muy verdaderos, que no se dirigen á ningún objeto preciso y caracterizado, sino á cierto objeto vago y abstracto, que no es del dominio de los sentidos y de la imaginación.

Por ejemplo, el sentimiento de lo bello tiene sin duda objeto real, pero no presenta nada determinado á la inteligencia, en tanto que no se realiza en un objeto particular. Luego que algún objeto bello se presenta, la inteligencia lo reconoce y la imaginación lo contempla; pero estos hechos son pasajeros; el sen-

timiento de lo bello es más vasto, aplícase á todo lo que puede moverlo, y, á no ser que se confunda con el sentimiento religioso, permanece en la región de los sentimientos indeterminados.

De tal naturaleza es también el patriotismo. ¿A qué se dirige? A un territorio que no conocemos bastante, que nuestra imaginación no puede abrazar con una mirada y que está comprendido entre límites convencionales. ¿A qué se dirige también? A un idioma que tampoco nos es completamente conocido. ¿A qué más? Amamos vagamente á los que habitan este suelo, hablan este idioma y llevan este nombre; su historia nos interesa más que todas las demás historias; su porvenir se confunde con nuestro propio porvenir; compartimos sus esperanzas y sus tristezas, aunque no nos toquen directamente: por eso sufrimos cuando un ejército de nuestra nación está expuesto en país enemigo á ser diezmado por el fuego, las fatigas y las enfermedades, y, sin embargo, quizás no tenemos en él parientes ni amigos.

Otro sentimiento hay más vasto aún: el que une á los hombres, sin distinción de países ni de naciones; es más vago que el patriotismo, y no por eso es menos real; duerme en la tranquilidad de la vida habitual, pero si una catástrofe hiere en cualquier punto de la superficie del globo á una parte del género hu-

mano, sentimos en el alma una impresión que patentiza el lazo moral que nos liga á las víctimas.

El amor de nuestros semejantes es tan verdadero, que sufrimos con aquellos cuya ruina el patriotismo nos obliga á desear en la guerra. Y no se crea que estos sentimientos puestos en oposición se ahoguen mutuamente; no, porque los mismos hombres que sin piedad se matan en las crueles necesidades de los combates, se dan la mano en las treguas, y, después de la lucha se devuelven sus muertos y se resañan sus heridas, recíprocamente.

Todos estos sentimientos, aunque tienen apoyo seguro en el alma, no se refieren á ninguna persona en particular, sino á un conjunto de seres en general. La amistad, por el contrario, tiene siempre un objeto particular, y lo distingue de todos los demás.

*
* *

La igualdad es otro carácter de la amistad, que ha sido explicado por uno de los más eminentes moralistas de la antigüedad. Cualesquier que sean las desigualdades exteriores entre dos personas, la amistad supone entre éstas unos mismos deberes y derechos. Quien exige más que da, es un amo, y quien da más que recibe, es un siervo: lo esencial de la amistad consiste en que cada uno dé sin exigir.

Semejante igualdad no se encuentra en otros sentimientos; el amor paternal y el amor filial son sentimientos que se apoyan en la desigualdad; el amor de padre, en la superioridad; el amor de hijo, en la dependencia. Cuando se dice que el padre es el mejor amigo del hijo, esta enérgica expresión significa que el padre ama al hijo hasta el extremo de olvidarse de su superioridad por unirse más á él y tratarle como amigo: la amistad paternal es condescendencia generosa.

Y cuando se dice que el padre encontrará más tarde en su hijo un amigo, esta expresión, enérgica también, significa que el hijo emancipado que á su vez goza de las ventajas de la edad viril, mientras el padre desciende paulatinamente á un estado de debilidad semejante al de la infancia, debe darle en amor respetuoso lo que ya no le puede pagar en obediencia.

Tampoco existe igualdad en el sentimiento religioso, porque hay diferencia infinita entre el sugeto y el objeto de este sentimiento; y si se dice que la Divinidad es amiga del hombre, es para hacer más enérgicamente sensible lo amado y favorecido que por el Altísimo es el hombre.

*
* *

Todos los caracteres de la amistad convienen al amor fraternal, con esta diferencia: que la amistad ordinaria nace de la elección, y que la amistad entre hermanos viene de la naturaleza. Parece que la naturaleza, previendo las equivocaciones á que estamos expuestos en la elección de nuestras amistades, ha querido asegurarnos una amistad, cuya inclinación esté determinada por el instinto, la sangre y el hábito y que no la pueda quebrar la inconstancia. Pero de esta diferencia general nacen algunas diferencias particulares: el amor fraternal es un sentimiento más determinado, más tranquilo y más favorable á la igualdad que la amistad ordinaria.

Las relaciones que los hermanos tienen entre sí, son naturales, y, por lo mismo, determinadas: un hermano es siempre hermano; pero las relaciones entre amigos son indeterminadas, porque hay muchos grados en las relaciones humanas, y no es posible fijar en cual comienza la amistad. Por consiguiente, el amor fraternal tiene un punto fijo de apoyo; la amistad sólo se apoya en lo casual de las inclinaciones, no tiene la precisión que procede de la naturaleza, está entregada á la apreciación individual, y fluctúa más ó menos entre el simple conocimiento y la mayor intimidad.

El carácter de precisión que el amor fraternal tiene con más extensión que la amistad, le da mayor tranquilidad. Como no es posible fijar el grado preciso de la amistad, nunca se puede asegurar hasta qué punto se cuenta con ella, sin que quede alguna duda, y, por consiguiente, cierta inquietud; el amor fraternal, por el contrario, sabe que tiene derecho á contar con la reciprocidad. Sin duda que puede haber malos hermanos que no valgan lo que buenos amigos; pero como el amor fraternal se apoya en la naturaleza, es más tranquilo, da menos inquietud que la amistad.

En el amor fraternal hay más igualdad que en la amistad ordinaria, porque los hermanos nacen en igualdad de condición social. Verdad es que muchas amistades anudadas desde la infancia se forman fuera de esta igualdad; lo cual es un gran bien, pues aunque el orden social se apoya en las diferencias de las condiciones, conviene que estas diferencias estén algún tiempo compensadas por un sentimiento semejante á la fraternidad natural. La desigualdad de las condiciones sociales hace muy difícil la amistad; mas esta dificultad no existe entre hermanos que, nacidos en una misma familia, expuestos á unas mismas privaciones, ó en el goce de iguales ventajas, nada encuentran que ponga obstáculo al sentimiento natural que les une.

Las vicisitudes de la vida destruyen en muchos casos la igualdad de los hermanos; pero el lazo se ha hecho fuerte, los hábitos lo han apretado: el afecto podrá entibiarse á consecuencia de las separaciones y por diferencia de intereses; mas apoyado en los recuerdos y en la fuerza de la sangre, vuelve á manifestarse cuando es necesario en ocasiones urgentes.

El amor fraternal es, pues, la más firme de las amistades; y si conservamos durante la vida un afecto fiel á los que desde la infancia nos acompañaron en estudios y recreos, ¿qué amistad no deberemos profesar á aquellos que, antes de nacer, habitaron en las mismas entrañas que nosotros y fueron nutridos con la misma sangre?



LA CORTESANÍA EN LA FAMILIA

Si los principios fundamentales de la cortesanía que se practica entre la gente culta, estuvieran siempre aplicados en el trato familiar de la vida doméstica, serían un preservativo contra las contiendas y querellas que turban á menudo la paz en muchas familias.

Este concepto no es referible á la cortesanía meramente convencional y variable que, según el capricho de la moda, consiste en maneras y fórmulas ceremoniosas dirigidas á honrar á quien es objeto de ellas, sin que se humille quien las ejecuta. Pero, aun considerada así, la cortesanía es muy necesaria, pues por más que sea un barniz, una exterioridad, cuya falta no implica esencialmente un vicio del corazón, es indispensable para evitar los desagradados.

que, por no practicarla, pueden producirse, ya entre personas extrañas las unas á las otras, ya entre los miembros de la familia.

Las más bellas cualidades personales serían desconocidas y aun importunas, si los que las poseen confiaran solamente en la bondad del fondo y descuidaran la forma. No es lícito hablar con aspereza, aun diciendo cosas justas; ni hacer el bien, empleando maneras deprimentes. Sobre todo, una joven que desde muy temprano necesita conciliarse la mejor opinión, y de quien se espera pruebas exteriores de los sentimientos dulces y benévolo que se le atribuyen, debe adquirir y conservar cuidadosamente ese precioso barniz que la sociedad y la familia exigen.

Pero la verdadera cortesanía no consiste sólo en la estricta observancia de sus fórmulas y reglas; tiene por principios fundamentales las más delicadas consideraciones hacia los sentimientos ajenos, y las mayores deferencias para con esos mismos sentimientos. Definida así la cortesanía se combina con la benevolencia, y puede existir tan legítimamente en los hogares más humildes como en los palacios.

*
* *

El niño adquiere la cortesanía del corazón, si se le

enseña á sacrificar algunos de sus placeres al bienestar ajeno; pero esta enseñanza no es siempre fácil, porque el egoismo de la infancia no comprende que se tome el pedazo más pequeño, cuando se puede tomar el mas grande; que se ceda un sitio bueno, para ocupar uno malo; que se deje hablar á otro, cuando se tiene algo que decir. Desde esta personalidad tan ingenua hasta las costumbres verdaderamente hospitalarias hay mucha distancia; para pasar de la una á las otras, la educación debe seguir un orden gradual.

La dádiva es la primera muestra de cortesanía, accesible para las inteligencias infantiles; de aquí la conveniencia de que los padres den limosnas por mano de su pequeña prole. Después de esto, el niño que, por efecto de su vibrante simpatía, ha llegado á participar de la satisfacción que la persona necesitada y favorecida experimenta, pronto se dispone á ceder una parte de lo que él considera de su propiedad; y no tardará en cederla entera, si concibe la esperanza de aliviar miserias que le hacen sentir viva compasión.

Cuando ha llegado á ese punto, se le puede demostrar, por maneras diversas, que no basta socorrer á los desgraciados, sino que también es necesario esmerarse por ser agradable á todo el mundo. Para ello la mejor demostración es el ejemplo, porque el

niño, viendo que sus padres, á quienes todos rodean con respeto, hacen acogida solícita y cordial tanto á los extraños como á los amigos de la casa, pronto conoce que esta benevolencia es obligatoria y honrosa para la familia. Cierta instinto le hará considerarse obligado á imitar el proceder de sus padres, so pena de sufrir una especie de deshonor; no querrá que el hijo de personas tan corteses y generosas sea tachado de grosero y mezquino, y obrará con sus amigos, como sus padres obren con los suyos.

Para cultivar esas disposiciones é inculcar más la cortesanía en el corazón de los niños, convendrá inducirles á que hagan el papel de caballeros de sus hermanas y de las niñas de las familias amigas de la casa. La facilidad con que ellos confunden lo ficticio con lo real, y la aptitud que tienen para imitar, posibilita el acostumarlos pronto á ejercitar la benevolencia, á pesar de sus instintos egoistas y altivos. Las niñas tienen maravilloso tacto para hacer flexible y dócil el carácter de los muchachos, para conducirlos poco á poco á mostrarse atentos y complacientes; y, como ellas saben el poder de su debilidad, castigan con una lágrima y recompensan con una sonrisa.

De todo esto, dedúcese que la cortesanía es, ó debe ser, un medio de reprimir el espíritu del egoismo,

y que la observancia de los deberes que impone, puede conducir á realizar importantes perfeccionamientos morales: comprendida así, casi merece un lugar entre las virtudes.

*
* *

No basta que el niño sepa dar su dinero á los pobres, compartir sus dulces con su hermano ó amigo, prestar apoyo á los menores y estar atento con todos; es indispensable enseñarle, como preliminar de la cortesanía, el respeto debido á las personas mayores.

Ese respeto, que poderosamente contribuyó á sostener la sociedad antigua y la estabilidad de sus instituciones, escasea en la sociedad moderna. Sin investigar si la falta está en los jóvenes que han perdido la tradición de los miramientos y consideraciones, ó en las personas mayores que han perdido mucho de su respetabilidad, es un hecho incontestable que gran parte de los niños de nuestra época tiene cierta supremacía inconveniente. Cosa sorprendente, y por cierto no muy rara, es oír á un muchacho dirigir la conversación, en medio de un círculo de personas respetables, y decir disparates que son acogidos con favor, ó tonterías que nadie

procura reprimir. Una instrucción precoz parece querer justificar esa vana presunción, y darle una especie de frescura que no corresponde á la niñez, sino á la juventud.

Algunas madres no temen elogiar rasgos del talento de sus niños, exagerando en presencia de ellos sus cualidades, su saber y sus gracias. Hay padre que se complace en decir, á quien quiere oírle, que está muy distante de ser tan instruido como su hijo, y cifra cierta especie de vanidad en rebajarse á los ojos de su querido vástago. El padre, lo mismo que la madre, no puede lícitamente abdicar su dignidad; debe exigir respeto para sí y para aquellos á quienes él mismo respeta.

La cortesanía, como todas las cosas humanas, suele ser objeto de abuso; cuando es llevada á la exageración, no tiene ya por móvil la benevolencia, sino la baja lisonja. A veces, por no incurrir en falta, por carecer de buen juicio, por frivolidad ó por vanidad, una joven exagera la expresión de sus sentimientos y se abandona al placer de ver admirar lo que ella dice. Menester es que la madre prohíba que sus niñas adornen la verdad con primores de cortesías exageradas; estas nada, aunque sean hechas con gracia, son ilícitas, porque se convierten en cortesanía vanidosa y en cortesanía interesada, esto es, en los dos principales caracteres del abuso.

Finalmente, á pesar de la importancia de la cortesanía, será grave error creer que puede suplir otras cualidades, y que el cumplimiento de sus reglas dispensa de otros deberes muy serios. La persona que se creyera libre de toda censura, empleando siempre buenas maneras, pero sin tener benevolencia hacia nadie, merecería vituperio. La cortesanía no puede suplir las virtudes; las favorece, y facilita el ejercicio de ellas; las completa, cuando existen; pero sola, no es más que un vano fingimiento, un disfraz de hipocresía, una farsa sin moralidad.

.

.



LAS DIFICULTADES DE LA VIDA DOMÉSTICA

Las dificultades que la vida doméstica suele ofrecer, se pueden atribuir á tres causas:—las condiciones naturales de la familia—las circunstancias accidentales de ella—la diversidad de los caracteres de sus individuos.

La familia da mucho, pero no da sin condiciones. Uno de los errores más comunes consiste en exigirlo todo de la familia, sin darle nada; en reclamarle reposo para las fatigas del trabajo, cuidados en las enfermedades y alegrías contra la tristeza, queriendo al mismo tiempo conservar todas las ventajas de una vida desembarazada y libre. La vida libre tiene sus placeres, como la familia los suyos; y querer gozar de los unos y de los otros á la vez, es perderlos todos igualmente. La serenidad y la paz que la nece-

alidad exige no son siempre asequibles, porque estos bienes sólo resultan del hábito. Para gozar de la familia es indispensable vivir en ella, permanecer en ella y aceptar sus lazos. «La celda se hace agradable á fuerza de habitarla»—dice el autor de *La imitación de Jesucristo*.

La vida doméstica es una esclavitud, y no decimos esto para rebajar la familia, sino para enaltecerla; es una noble esclavitud, en la cual cada uno se debe todo á todos, según la bella expresión de San Pablo. Aun la autoridad—cuya causa defenderemos siempre, porque en ella está la salvación de la familia—es también esclavitud, pues la divisa de la familia puede ser esta santa palabra: «No he venido para ser servido, sino para servirlos.»

Los principios de la ciencia del amor divino pueden aplicarse á la ciencia del amor humano. El amor, según la doctrina de los grandes místicos, no es mercenario: si pide recompensa, no la obtiene; vive de sacrificios, es todo enteramente del objeto amado; siendo recíproco, cada uno recibe tanto como el otro puede dar; nada se reserva el amor, excepto la dignidad y la virtud. Así es el amor, ó mejor dicho, así debe ser; pues en las condiciones en que nos coloca nuestra naturaleza, estamos incesantemente obligados á descender de lo ideal á lo real, y de la inflexibilidad de los principios á las condescendencias de su aplicación.

*
* *

La familia no vive bien sin ciertas circunstancias de naturaleza diferente: las de los recursos y las de la educación; unas y otras son importantísimas, y pueden contribuir mucho á la felicidad ó á la desgracia, á la buena ó la mala conducta. Los deberes que la familia impone son de suyo bastante difíciles y graves, para que sea indiferente complicarlos, despreciando lo que como conveniente y saludable está reconocido por la experiencia. Aprobamos con toda nuestra alma la previsora sabiduría que prudentemente evita los contrastes de la fortuna y los de la educación, que muy rara vez se concilian con la paz conyugal. Los padres comprenden maravillosamente, por lo general, las reglas de la precaución doméstica, digan lo que quieran cuantos creen que los jóvenes de hoy reflexionan mejor que los viejos.

Sin embargo, como además de la sabiduría que nace de la experiencia y de la observación del curso ordinario de los hechos, hay la sabiduría que suele salir de las inspiraciones atrevidas del corazón, sin apartarse de la ley del deber, no quisiéramos desalentar á las almas intrépidas que, sabiendo lo que hacen, y obrando con resolución meditada y recta, sa-

crifican conveniencias—sin duda respetables, mas no absolutamente obligatorias—á la inestimable ventaja de elegir, según dicta el corazón. Pero á esto pondremos dos condiciones: la primera, que la elección no proceda de una ligereza caprichosa ni de una pasión baja; la segunda, que haya tanto valor moral para afrontar las dificultades como para soportarlas.



La tercera especie de dificultades que se encuentran en la vida doméstica, nace de la diversidad é imperfección de los caracteres individuales. Sin duda que hay matrimonios excelentes, en los cuales la más grande armonía de ideas y de sentimientos conserva una paz constante entre dos almas nacidas la una para la otra; pero abundan por desgracia los enlaces imprudentes, en los cuales la oposición de los caracteres produce rompimientos tan desastrosos, que la ley se ve obligada, no á disolver sino á suspender la unión cuya perpetuidad ha sido sancionada.

Entre esos dos extremos—¡ojalá que el segundo fuera tan raro como el primero!—está en diversos grados de intimidad, confianza y ventura, la gran mayoría de los matrimonios. Como cada carácter personal tiene sus desigualdades más ó menos pronun-

ciadas, es difícilísimo que el trato familiar continuo no dé ocasión á choques que no serán nada ó serán mucho, según la prudencia de los esposos. Insistir en el desacuerdo es reagravarlo: las picaduras se hacen heridas, y las heridas llagas; tolerarse mutuamente es el único medio de gozar sin amargura las dulces conveniencias de la vida doméstica.

Tolerar los defectos ajenos es un deber general de caridad; pero en la familia es un riguroso deber de prudencia, porque quien nada soporta no es soportado á su vez; y lo que nos hace tolerantes es la idea de que cada cual tiene sus defectos, y no hay derecho á exigir de los demás la perfección que uno no se impone á sí mismo.



UNA JOVEN PEREZOSA

Entre los defectos que se suelen manifestar en las personas adolescentes, el más temible es la pereza porque ejerce perniciosa influencia en el espíritu juvenil. Esta reflexión hubiera sido hecha por cualquier observador, al contemplar el cuadro que el dormitorio de Luisa ofrecía.

Eran las ocho de una mañana de primavera; los pájaros cantaban desde la aurora; nuevas flores habían desplegado ya sus corolas y Luisa, tapada hasta los ojos con la cubierta de su cama, dormía ó parecía dormir muy tranquila, pues es de advertir que esta niña es capaz de quedarse en su lecho, despierta y muy tapada, horas enteras, antes de decidirse á dejarlo. Estar así, sin madre que la llame, labor que la espere y profesor cuya lección la apremie, es para

Luisa una dicha suprema, porque le parece que no hacer nada es la cosa más agradable del mundo. ¿Qué le importan los pájaros, las flores, los libros el piano y la instrucción con sus austeros placeres? Lo cierto es que ella duerme bien, no trabaja y se cree dichosa.

Las nueve menos cuarto serían ya, cuando la madre de Luisa, medio descontenta y algo inquieta, entró en el dormitorio de ésta diciendo:—Vamos, hijita, vamos, que es tarde, levántate.

Después de haber repetido la buena señora esas mismas frases dos ó tres veces, la niña tuvo por conveniente abrir un ojo, luego el otro, sacar lentamente un brazo, dejarlo caer con abandono y exhalar un fuerte suspiro, al propio tiempo que su mamá decía:

—Pero ya son las nueve. ¿Es posible que duermas tanto? Yo creo que estás enferma.

—Mamá, Ramona no me ha llamado.

Culpada la sirvienta, aseguró que sentía mucho tener que desmentir á la señorita, pero la había llamado cinco ó seis veces, sin conseguir que contestara. Entonces Luisa, que vió comenzar el día con una disputa, se levantó con enojo y se sintió fatigada antes de hacer cosa alguna. Gracias á su entendida criada, vistiose rápidamente, porque era todavía poca cosa para sí misma; pues aunque había cumpli-

do trece años, era poco diligente para lavarse, vestirse y calzarse sola. Ya arreglada, se arrodilló delante de su cama para orar, pero teniendo cuidado de apoyar los codos sobre los blandos colchones, y las rodillas sobre un almohadón: allí recitó con voz floja y los ojos medio cerrados una oración, y haciendo después un lento esfuerzo de ánimo, fué á desayunarse; mas no le bastó media hora para tomar una taza de café con leche, porque la encontró muy caliente. Dan las diez, va á la sala á estudiar la lección de piano; pero se acuerda de que su maestro debe venir á esta hora, y, en vez de trabajar, busca á su mamá, y le dice:

—Mamá, viene el maestro de música.

—Bien, hija, ¿no es la hora de costumbre?

—Si, mamá, pero ayer no estudié: tenía un dolor de cabeza. . . . Ya lo sabes.

—Tu estudiarás para mañana, Luisita.

—Pero me reñirá. ¡Es tan severo! . . . Y luego, como no cree nunca en mis males, va á enojarse porque aún no sé la lección, después de ocho días que me la tiene señalada.

Al decir esto, hizo que su madre le tocara la frente, que estaba algo acalorada por la emoción; y aquella señora, crédula y débil para con su hija única, á quien no contrariaba en nada, despedía al maestro de música, cuando éste llegaba jadeando por no faltar á su discípula.

¡Ya podéis imaginaros, amables lectoras, lo que es una niña perezosa, satisfecha con un triunfo de mala ley! Pero vosotras no conocéis aún por completo á las perezosas; seguidlas á su gabinete de estudio, y observaréis. Después de haber dado tres ó cuatro vueltas alrededor, con lentitud estudiada, interrumpida con suspiros—porque las perezosas suspiran mucho—se detienen á mirar por el balcón ó ventana, tocan, afectando arreglar, todas las flores que haya en los floreros, se contemplan mucho en el espejo, se sientan y sacan de la cesta de labor los trabajos empezados, le dan mil vueltas, comienzan á trabajar y al momento los dejan sobre el velador, rendidas de cansancio. Toman después los libros, hojean una á una sus lecciones, y, elegida la que les parece menos trabajosa, pasan por ella la vista, con ojos lánguidos, taciturnos ó adormecidos. Tal es el aspecto de las perezosas, nada bello en verdad, que vamos á describir por completo, considerando como tipo á Luisa.

*
* *

Luisa lee una lección dos ó tres veces, pero sin comprenderla; pues tiene horror á todo lo que le reclame algún esfuerzo mental, y la pereza no le ha permitido jamás intentar enterarse de lo que sus li-

bros contienen, ni pedir sobre ellos la más ligera explicación. Incomodada, porque no aprende al momento la lección, cambia de libro, hace un estudio semejante al anterior y no obtiene mejor resultado. Entonces quiere hacer otra cosa, pero ¿cuál? El cálculo es muy difícil, y la profesora lo hará pronto y bien. ¿Hará un análisis gramatical? No lo comprende, porque no ha oído las instrucciones que se le han dado; tuvo distraída su atención, mientras la profesora se esforzaba por explicarle con claridad y sencillez. Ha pasado así una gran parte del tiempo destinado al estudio, y no le queda más que media hora durante la cual va á escribir una plana: he aquí su triunfo, pues para conseguirlo no necesita trabajar mucho; se cuida poco de principios caligráficos, y, cuando concluye respira con satisfacción, se frota llena de alegría las manos y se reclina sobre el sofá.

Un golpe en la puerta interrumpe el dulce descanso á que Luisa se ha entregado. Es una esquila que una de sus amigas le dirige, invitándola á un paseo campestre. Luisa se levantó en seguida, porque no es de esas jóvenes cuya indolencia no las deja interesarse en las diversiones. Abandona su gabinete de estudio, va á su cuarto, se hace peinar de nuevo, pide un lindo traje, no dudando que su cariñosa madre le permitirá ir; pero Luisa está equivocada, su mamá piensa, con mucha razón,

que si su hija ha estado indispuesta para recibir la lección del maestro de música, lo estará más para soportar una partida de campo, y rehusa con firmeza dar su consentimiento á la perezosa, presa en sus propias redes, por lo cual llora descontenta, triste, desolada. La madre está inquieta por la salud de su hija, la profesora ha sido contrariada, y Dios sabe lo que á Luisa dice la voz de su conciencia.

Así llegará el día en que para dedicar á Luisa á las obligaciones domésticas, se dé por terminada su instrucción elemental; y entonces, con el espíritu entorpecido y las manos poco adiestradas, reconocerá que ha perdido mucho tiempo, que es una mujer inútil, incapaz y culpable de su incapacidad.

*
* *

A las jóvenes sinceras que lean estas líneas y sean algo perezosas ó hayan observado que alguna de sus amigas lo es, las invitamos á reconocer cuán grave es ese defecto, cuán censurable es el comportamiento á que conduce, cuán ridículas é ignorantes aparecen las que por desgracia lo tienen. Huid de incurrir en ese vicio, puesto que el Creador no ha dotado de tantas y tan extensas facultades á sus criaturas superiores para que estén inactivas, sino

para que sean capaces de recibir buena educación y alcanzar sus elevados destinos.

Los padres de Luisa tienen medios para dedicarla al cultivo de las artes que embellecen la vida; pero esa joven las mira con indiferencia, como á los demás ramos del saber. El estudio de las lenguas la cansa, el dibujo le gasta la vista, los ejercicios calisténicos la fatigan, el piano le engorda las yemas de los dedos, y, encerrada en los límites de una educación incompleta, la recibe como para quedarse más ignorante que con una mediana instrucción elemental. En vista de todo esto, su padre le ha dicho:

«Vamos, Luisita, ánimo; sacude esa pereza que te entorpece, paralizando tu espíritu; imponte un trabajo, primero por deber, y más tarde por placer que será tu recompensa. Observa en derredor tuyo: ¿no ves que todos los seres animados se entregan á sus respectivas ocupaciones? Y á los racionales, ¿no nos ha dado Dios el trabajo como la mejor defensa contra las malas tentaciones que nos asedian hasta que se apoderan de nuestro espíritu, si no las resistimos con la virtud de la diligencia? Pide al estudio ilustración, para que las ciencias desarrollen tu entendimiento y las artes te enseñen á sentir; pide á la aguja las útiles y modestas labores propias de tu sexo. Si estos consejos te persuaden á

trabajar con perseverancia, llegarás á ser una mujer estimable; y cuando seas capaz de admirar un hermoso cuadro de la naturaleza, comprender una obra de arte y leer un buen libro, tu alma gozará satisfacciones inefables.



UNA JOVEN ENVIDIOSA

La envidia, esa tétrica y malísima pasión que conduce á codiciar el bien ajeno y á mirarlo con amarga pesadumbre, es perversión del amor propio, locura del orgullo y de la vanidad, furia del egoísmo; lleva consigo el odio, la injusticia, la hipocresía y la calumnia, y ahoga en el corazón que la abriga los principios de honor y equidad, y aun los sentimientos de caridad y gratitud.

Constantemente poseida de malevolencia, la persona envidiosa observa con faz lívida, con mirada inquieta y sombría, al objeto de su mala pasión; para sus fines, emplea medios bajos, miserables, pérfidos; y anhelando siempre para sí la fortuna, la gloria y la felicidad ajenas, nunca sabe ni puede merecerlas. Nada le satisface, jamás ve tales como

son las cualidades del que le es desagradable, y á toda acción atribuye malicia ó cálculo, creyendo descubrir un nuevo defecto ó ridiculez. Es imprudente, disputadora, grosera, acre, y adopta el partido de no querer desengañarse y de mirar con enfado la luz que podría iluminar su entendimiento y restituir la paz á su alma. Así se consume en angustioso pesar, y por industriosa que sea para ocultarlo, affige á todos los que la rodean, y ninguno puede hacer ó decir algo en presencia de ella, sino temiendo interpretaciones malévolas.

¿Es injusta la opinión harto generalizada de que, ordinariamente, las mujeres están más sujetas que los hombres á la envidia? Sin duda que la natural dulzura de ellas es un preservativo contra la violencia de las pasiones opresivas; pero la violencia de la envidia es interior, y las contrariedades que el comedimiento impone pueden redoblar en el fondo del alma una agitación, tanto mayor cuanto más expuesta está la delicadeza de los sentimientos á una viva susceptibilidad.

Las mujeres, que saben lo que sufren, deberían amarse y protegerse mutuamente, pero suele suceder lo contrario. En muchas de ellas, la envidia y la competencia producen un espíritu de hostilidad que parece instintivo, y aun pasa más allá de la juventud, pues hay señoras que no perdonan á la

pobre criada el ser joven y bonita. La mujer envidiosa de otra no la juzga merecedora de ningún bien que ésta posea, y á pesar de los impulsos de un corazón, en el cual los estragos de este mal no han extinguido aún la bondad, todo cuanto aflija á la envidiada ocasionará un criminal placer, de que la envidiosa no se preservará. Mas esto no es nada todavía: la envidiosa no se contentará con ser injusta, y la horrible pasión del odio, que nunca debería reemplazar al amor y á la dulzura en el corazón de la mujer, vendrá á derramar su veneno. Entonces olvidando los deberes que la moral impone, no le bastará alegrarse del mal experimentado por el objeto de su odio, sino que se lo deseará reagravado y hasta se lo causará.

Semejante pasión, tan contraria á la naturaleza, debilita las fuerzas vitales, menoscaba la salud y produce una excitación febril que suele tener un término funesto.

*
* *

No es fácil imaginar el acerbo sufrimiento que atormenta incesantemente al corazón devorado por la envidia. Voy á referir lo que una señora—á quien conocí, viajando desde Buenos Aires al Rosa-

rio, en un vapor—me contó, á propósito de haberle leído, delante de mí, la menor de dos hijas suyas que la acompañaban, la noticia que un diario daba sobre el suicidio de una joven, cuyos antecedentes patentizaban que una profunda envidia le había trastornado la razón.

«Estaba yo» —dijo aquella señora— «recién casada en Córdoba, donde mi esposo desempeñaba un empleo del gobierno nacional; pero luego fué destinado á Buenos Aires, y tuvimos que abandonar mi *docta ciudad* nativa. Una casualidad me relacionó con una señora viuda y una hija de ella que habitaban en una casa contigua á la mía. La hija, joven de veinte años, no carecía de belleza física y tenía regularmente cultivada su inteligencia, porque se había educado en un colegio; pero no debía muchos favores á la fortuna, y estaba en muy modesta medianía. Mi trato le agradó, no sé por qué, y nos hicimos amigas, tãmpoco sé por qué.

Angustias, que así se llamaba aquella jóven, tenía en su espíritu una tristeza que la abatía, pero cuya causa no me era dado adivinar. Permanecía encerrada en su casa semanas y meses enteros, huía de la sociedad y á nadie visitaba sino á mí, de vez en cuando. Su mal empeoraba notablemente: una palidez extraordinaria, una tos seca y frecuente y otros síntomas anunciaban que una pesadumbre

intensa destruía lentamente aquel organismo. Cuanto más la veía yo padecer, más la colmaba de atenciones, cuidados y amistad; y hasta tuve el placer de hacerle algunos servicios importantes, por los cuales no me mostró reconocimiento, lo que atribuí á su enfermedad. Uno de los hermosos días de primavera, én los que radiante de alegría el cielo convidaba á pasear, busqué á Angustias, la invité á salir y tuve que instarle mucho para que accediera.

—Querida mía—le dije—hace algunos días que me tiene inquieta esa palidez. Debería usted cuidar más su salud.

—Quisiera estar ya muerta, porque la muerte es el único medio de librarse de esta gran farsa que se llama mundo.

—Debería usted distraerse, salir más á menudo, frecuntar la sociedad.

—¡La sociedad! ¡Oh! la detesto y me rechaza.

— ¡No, eso no es posible!

—Sí, me rechaza, porque le he manifestado todo el desprecio que ella me inspira; me rechaza, porque le he mostrado que su *urbanidad* no es más que hipocresía, su *buen tono* simpleza, necedad, sus *buenas maneras* ridículos visajes; me rechaza, en fin, porque tengo bastante conciencia de mi dignidad, para no someterme servilmente al yugo de la etiqueta.

—Sin embargo, la etiqueta es necesaria para sostener en los inferiores el respeto que deben á sus superiores.

—No reconozco superiores, y nunca iré á sancionar con bajas demostraciones la injusticia de la suerte que ha hecho rica á una mujer que nada me importa, para relegarme yo á una clase humilde.

Como ví que Angustias empezaba á exasperarse la hice entrar en un templo donde había mucha gente. Un sacerdote celebraba un matrimonio, y la jóven desposada era notable por su hermosura y su aire simpático y decente.

—Vámonos—díjome Angustias—porque este espectáculo es insulso.

—Sin embargo, no me ha parecido mal la novia.

—Parece un monstruo, y apostaría yo á que es una imbécil.

Salimos, y en el atrio de la iglesia nos encontramos con una elegante señora ricamente vestida. Apenas húbola visto, Angustias volvió los ojos para fijarlos en su propio traje que era sencillo, pero decente. Por casualidad, que me pareció muy singular, dió un mal paso, y, quizás por no caerse, pisó sobre la cola del vestido de aquella dama, y le desgarró una blonda. Quise dar excusa. . . .

—¡Bah!—dijo Angustias, deteniéndome—no vaya

usted á humillarse ante una modista que va á la boda de un tendero.

—Se engaña usted—contesté—porque esa señora se ha bajado de aquel magnífico carruaje que lleva monograma.

—No por eso valdrá más, probablemente, y yo me estimó en más que ella, aunque no tengo coche.

Seguimos caminando y pasamos por la acera de la casa de un comerciante afamado por su probidad y gran fortuna.

—Vea usted—díjome Angustias, señalando hacia la casa—vea usted una prueba de que la fortuna es ciega. Yo quisiera saber si este estúpido, que no sabe sino sumar y restar, ha usado enteramente el par de alpargatas y la gorra de lana con que llegó á Buenos Aires. ¡Ay amiga mía—añadió suspirando—qué feliz sería yo, si tuviera veinte mil patacones de renta!

Un poco más allá, estuvimos expuestas á ser atropelladas por un lindo cupé tirado por dos soberbios caballos, en cuyas guarniciones brillaba con profusión la plata. Angustias se inmutó y, poniéndose seme delante; dijo con amarga ironía:

—¡Vaya! ¡Alabe usted ahora la civilización! Hábleme usted de la justicia con que esa mujer puede impunemente atropellar en la calle á dos personas honradas.

—¿Conoce usted á la que va en ese carruaje?

—¡Que si la conozco! Ciertamente que la conozco! ¿Y quién no la conoce?

—¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?

—No lo sé; pero es mujer de un opulento usure-ro que engorda con la sangre de los pobres.

Conocí que Angustias iba á caer en uno de sus accesos, y la invité á comer, proponiéndome pasar con ella el resto del día, para distraerla. Al entrar con ella en casa, recibí una esquela que mi esposo me había dirigido desde su oficina, apresurándose á participarme que el Congreso acababa de conceder á mi madre—que seguía residiendo en Córdoba, desde que enviudó—una pensión como recompensa por los buenos servicios que mi padre había prestado á la nación. En el primer impulso de mi alegría, presenté la esquela á Angustias para que participara del placer que yo experimentaba. Mientras la estuvo leyendo, sus facciones se contrajeron, sus ojos centellearon, el semblante se le puso verdoso; y cuando hubo concluído, se levantó con íra mal reprimida, tiró el papel sobre el velador, y me dijo:

—¡Ah, señora! Usted, que á mi mamá y á mí nos llama amigas, ha obtenido secretamente esa pensión para su madre, sabiendo que la mía la merece más. ¡Semejante reserva ha sido una traición, señora!

—Cien veces me ha dicho usted que su mamá no tiene derecho á solicitar pensión.

—¿Y si le he dicho á usted eso por modestia? Vamos, veo que es usted como todo el mundo, y me voy de su casa para no volver jamás á entrar en ella.

Marchóse en seguida, y no la volví á ver. Aquella última escena acabó de abrirme los ojos, pues yo me figuraba que Angustias era hipocondríaca, y me había equivocado—ella era envidiosa. Ocho días después, su madre y ella se mudaron á otra casa; y á los tres meses, supe que Angustias se había muerto.

*
* *

Entre las enfermedades crónicas del alma, la envidia es aquella que más obstruye los manantiales de la vida moral, aquella que más compromete la paz y la ventura que el ser humano puede gozar. Es el cancer más devorador del corazón, porque llega á destruir los gérmenes de todas las virtudes. Es uno de los profundos y angustiosos padecimientos morales que reconcentran la sangre en los órganos interiores, y de aquí la penosa opresión, los suspiros entrecortados, las palpitaciones violentas y, en muchos casos, las aneurismas mortales.

Por eso la envidia ha sido representada bajo la forma de un espectro femenino, ceñida de culebras la cabeza, los ojos fieros y hundidos, lívido el color, una flaqueza horrible, las manos empuñando serpientes y una de estas mordiéndole el seno. Los griegos atribuían á la envidia el ser guía de la calumnia, y así la pintó Apeles. Los romanos la comparaban á la anguila, porque creían que este pez tiene envidia á los demás. Pintola Rubens, bajo la figura de una mujer muy flaca y de palidez extremada. Poussin ha pintado este monstruo en actitud de morderse un brazo y sacudir las serpientes que le rodean la cabeza.

Si el envidioso quisiera reflexionar, no tardaría en reconocer que las ventajas del rango, de la fortuna, del lujo, y aun los privilegios del ingenio, del talento y de la hermosura, no son siempre elementos de la felicidad, sino que á veces suelen ser causa de disgustos, pesadumbres y tribulaciones. Entonces envidiaría menos á los poseedores de esas ventajas y privilegios, y no perseguiría con tanta ambición las peligrosas ilusiones que le hacen abandonar las más consoladoras realidades. La benevolencia, la caridad y todas las virtudes que pueden germinar en el corazón humano suponen aquellas diferencias y tienen por objeto dulcificar y compensar las desigualdades que forman el cuadro de la vida.

Necesario es comprender que si Dios ha consagrado el principio de la desigualdad entre las criaturas humanas, no ha derogado su invariable ley de sublime equidad; y que la verdadera felicidad, que suele estar muy distante de nuestras ilusiones, se ofrece á quien la puede distinguir y se da á quien sabe adquirirla. Si el Creador no ha hecho ninguna cosa inútil, habrá siempre ricos y pobres, fuertes y débiles, felicidad y desgracia, para que la caridad y la benevolencia no nos hayan sido dadas sin objeto.



LOS CASAMIENTOS INTEMPESTIVOS.

En el actual estado de nuestra civilización, el acto más serio de la vida, el matrimonio, suele efectuarse con tanta imprevisión y ligereza como exclusiva atención á los intereses materiales; se atiende preferentemente á las posiciones aseguradas para garantizar la existencia física, y casi se dan al olvido otras circunstancias no menos importantes; más claro: se casan los cuerpos y las fortunas, más que los corazones y las inteligencias. En un acto tan esencialmente fundamental del bienestar, felicidad y porvenir del individuo, de la familia y de la sociedad, debieran armonizarse—por el mejor modo posible, el mayor cuidado y la prudencia más reflexiva—estas dos importantes condiciones que los enlaces humanos deben llenar: la *inclinación* y la *conveniencia*.

El código civil que nos rige prevé los peligros de los casamientos prematuros, y fija en catorce años para el hombre y en doce para la mujer la edad mínima en que el matrimonio puede efectuarse. Estas edades, determinadas en consideración al orden natural, que no aconseja señalar otras menores, están lejos de ser suficientes en algunos casos bajo el punto de vista fisiológico; pero el mismo código dispone también que hasta la mayor edad no se contraiga matrimonio sin el consentimiento paterno.

Sobre los padres pesa, pues, toda la responsabilidad moral, cuando, deslumbrados por los prestigios de la fortuna, incurren en la culpable imprudencia de exponer á sus hijos á los peligros de los enlaces inconvenientes.

En el marido demasiado joven, la inconstancia y movilidad de los sentimientos, de las ideas y de los gustos; la falta de madurez de los juicios y de las reflexiones; la incapacidad para los negocios, administración de bienes, etc., ocasionan inevitablemente perturbaciones en la vida conyugal, desorden en la fortuna, irregularidades en la conducta; todo esto sin mencionar otras consecuencias más graves que son fáciles de adivinar. En la esposa demasiado joven, los resultados no son menos deplorables: su debilidad y el incompleto desarrollo de su constitución ponen en peligro la existencia de la madre, ó son

por lo menos perjudiciales á la salud de la prole, sin contar las tristes consecuencias de la falta de experiencia para el gobierno doméstico, la educación de los hijos, etc. Esas fatales condiciones han ocasionado calamidades y luto á no pocas familias, cuyos funestos ejemplos deberían servir de saludable enseñanza.

*
* *

Los resultados no son menos deplorables, si entre los años de la esposa y los del esposo hay una gran desproporción. Como cada edad tiene sus placeres, su espíritu y sus costumbres, resulta que cuando un joven y una vieja, ó un viejo y una joven, cometen el lastimoso contrasentido de unir sus destinos, pueden de antemano estar seguros de que verán casi todas las cosas de la vida desde un punto de vista diferente; que los gustos y los hábitos de uno de los cónyuges serán antipáticos y molestos para el otro, y que, con la mayor frecuencia, desacordes en sus designios, no se entenderán mejor en sus acciones.

El joven que se casa con una mujer demasiado entrada en años, no suele tener otro móvil que el aliciente de la riqueza; y cuando efectúa su penoso sacrificio, ha formado su proyecto de resarcirse de

Las importunidades, exigencias y rarezas de su añosa mitad, con el lujo de casa, mesa, trenes y caballos, con el trato de numerosos amigos y con las demás cosas de tan gran vida; para él su nuevo estado es un modo de vivir alegremente, pero su desilusionada compañera ¿qué experimentará luego? . . . ¡Pesares, aislamiento, abandono! . . . Porque entonces no hay familia para consolarse: menoscabados sus intereses y descontenta, se encuentra sola, sin hijos, cuyo amor la indemnice del que tan extrañamente creyó inspirar: feliz todavía esta víctima de su lamentable error, si la disipación de los bienes y una ruina completa no añaden á tantas pesadumbres la miseria.

La jóven que acepta por marido un anciano en alta posición social, rara vez la impulsa á ello otro móvil que no sea la ambición apasionada de una gran fortuna. «*El afecto no existe, pero vendrá*» — dicen con cierto aire de seguridad la familia de la niña y aun el presunto marido. No se equivocan: el afecto nace, se desarrolla, crece: el corazón de la mujer está esencialmente organizado para esparcir en derredor suyo el perfume del puro y suave sentimiento que constituye su atmósfera; pero consideremos lo que desgraciadamente sucede, por regla general con pocas excepciones.

Rodeada de los atractivos del mundo y lanzada

sin experiencia en una vía de ilusiones y de peligrosa libertad, la joven esposa encuentra á cada paso pérfidas asechanzas y funestas sugerencias: la simpatía de unas personas, la maldad de otras y la envidia de las más parecen entenderse y coligarse contra ella. Supongamos que su carácter, su inteligencia y las buenas enseñanzas que haya recibido le den fuerzas para evitar consecuencias fáciles de prever, y que no labre la ruina de su casa con las locas prodigalidades del lujo y la vanidad; pero ¿tendrá el mismo imperio sobre los impulsos y necesidades de su corazón? Antes el amor de la familia con sus puros y suaves reflejos había dado suficiente luz á esa alma candorosa; ahora un vago delirio se apodera de ella, revelándole un sentimiento indefinible, y en su crédula inexperiencia quiere armonizarlo con la estimación que ya profesa á tan generoso marido; pero luego reconoce que sólo un amor filial es capaz de ofrecerse en pago de atención y solicitud verdaderamente paternas. Entonces una lucha terrible y constante se produce en esa joven desgraciada.

La religión, la virtud y la conciencia comprimen, en lo más recóndito de tan atormentado corazón, un sentimiento que no puede ceder desde luego; una tristeza profunda, cuya verdadera causa nadie puede sospechar, ni aun viendo á quien la experi-

menta, marchita la flor de la juventud, agota los manantiales de la felicidad, consume la salud, destruye la vida. No son achaques de la influencia de lo físico sobre lo moral, porque la influencia de lo moral sobre lo físico es entónces la única culpable. Pronto habrá que lamentar un acontecimiento más funesto, si el amor maternal, tan sublime y poderoso, no viene con su calurosa actividad á reanimar los últimos fuegos que parecen extinguirse en esa alma, y con su encanto á sostenerla en el inmenso vacío de otro sentimiento á que nada puede satisfacer.

*
* *

A las personas á quienes estos bosquejos parecieran pinturas de capricho, les recomendaríamos que observasen; pronto encontrarían cuadros domésticos que ofrecen provechosa enseñanza indirecta. Indicaríamos más tristes resultados de los casamientos intempestivos, si serias consideraciones no nos detuvieran. .

La elección de marido es harto grave, para que la mujer á quien concierne pueda quedar dispensada de que sus padres ó consejeros superiores le den las instrucciones que para decidirla deben ilustrar su

entendimiento. Asunto es este de una gran responsabilidad moral para los padres de familia, que tienen la obligación de obrar con la conciencia y el desinterés del más tierno y delicado afecto. Cierto es que las circunstancias dominan alguna vez la voluntad, y quitan hasta cierto punto la libertad de elegir, y que los padres no son siempre dueños de decidir acerca de la suerte de sus hijos; pero cuando la posición de la familia permite esperar, y no aceptar sino a quien reúne las cualidades apetecibles, la predilección debe fundarse en el más perfecto acuerdo posible de los gustos y las costumbres, que es casi siempre la condición primordial de los matrimonios felices.

El padre y la madre deben hablar á la razón y al corazón de sus hijos, enseñándoles á considerar el matrimonio como el acto más serio de la vida, y dándoles á conocer algunas de las dificultades que en él se encuentran.



LA MUJER OSTENTADORA DE SU VIRTUD

Las mejores cualidades personales se hacen desagradables, cuando quien las posee quiere imponerlas á la consideración ajena, aprovechándose de toda circunstancia para procurarse aprobación y aplauso. Nada nos choca tanto, interiormente, como esa especie de violencia moral que cualquier persona orgullosa de su virtud pretende hacer á nuestra admiración. No sin cierta reserva solemos reconocer una pretendida superioridad de carácter, siéndonos indispensable la fuerza de la evidencia para que demos completo asentimiento á los elogios que alguien hace de sus propios méritos.

Ese orgullo, que en alto grado existe en la sociedad, manifiéstase también en la familia. Hay mujer que, queriendo imponer la convicción de su superio-

ridad á los que la rodean, se extralimita y produce, por torpeza de su vanidad, un efecto muy diferente del que se propone obtener: en semejante caso no es posible que el marido esté muy dispuesto á entusiasmarse por las cualidades de su mujer. Y si esta disposición se encuentra en el espíritu de algún optimista, no será la dominante; pues el hábito de observar muy de cerca á una persona con sus caprichos y rarezas, con sus debilidades y defectos, no predispone á formar ilusiones; por lo mismo es también harto difícil, en tal caso, hacer justicia á las cualidades más indisputables de cualquier persona con quien se vive. Algunas virtudes no pueden revelarse sino en ocasiones raras, mientras que los defectos se manifiestan frecuentemente, y jamás carecen de circunstancias para ofrecerse aun á las miradas más vagas. El marido está, pues, en la mejor situación para conocer los defectos del carácter de su mujer, y para no hacerse por su cuenta, bajo este respecto, ni aun la ilusión más aceptable.

Con esta disposición de espíritu ¿querrá un marido oír incesantemente á su mujer el elogio de sus cualidades? ¿La dejará en toda ocasión vanagloriarse de su paciencia, de su amor por la justicia, de su prudencia, y, sobre todo, de su abnegación? La abnegación es, en efecto, la virtud de que más gala se hace;

muchas personas tienen la manía de afirmar que la poseen, especialmente si son egoístas; es un manto de púrpura que el egoísmo quiere echar sobre los defectos de la vida demasiado personal. En cualquier ocasión en que una mujer orgullosa de su virtud sólo piensa en sí misma, alaba con elocuencia que parece llena de fe los milagros de su propia abnegación. «No me contento con meditar sobre la gravedad de mis obligaciones, sino que todo lo sé hacer para cumplirlas; sé imponerme sacrificios y privaciones por hacer felices á los seres queridos que el Cielo me ha confiado; comprendo la grandeza de mi misión y nunca retrocedo ante los rigurosos deberes que me impone.» Esto dice ella para sí en sus meditaciones, lo cual es bastante para que se llene de ilusiones, para que se crea una santa, comparable con los mártires, y para que desprecie soberanamente al género humano, á este pobre género humano que tiene la desgracia de no ser como ella.

Sin embargo, cuanto menos conforma sus acciones con semejante programa, y menos observa las bellas máximas de que hace gala, más irritación inspira; pues pocas cosas causan más enojo que la vanidad pretenciosa, ciega y egoísta. Mientras alardea de sus cualidades, como cuando un pavo real muestra sus plumas tornasoladas, la oposición—to-

do gobierno tiene oposición—hace con pérvida sagacidad el inventario de los defectos, de las debilidades y de los cálculos mal disimulados de tan vanidosa mujer, y compara con el lisonjero retrato pintado por ésta, una fotografía cruel por su semejanza con la realidad. Contemple ahora esa desgraciada ostentadora de sus cualidades el resultado más evidente de sus exageraciones: ella ha inspirado un descontento que aprovechará cualquier ocasión para estallar; se ha conducido como una persona falsa ó imbécil. y—lo que es casi irreparable en la situación de ella —ha comprometido su influencia con respecto á su marido.

*
* *

¡Cuán cara paga tu marido, oh mujer vanidosa, la virtud que más ostentas! Porque eres esposa fiel te crees con derecho á tener una infinidad de caprichos, y abrigas las más intolerables manías bajo el escudo de tu fidelidad. No parece sino que te empeñas en que tu esposo sufra, mal y de mala manera, los inconvenientes de la vida doméstica. Estás toda erizada de espinas para él, que sólo debe esperar desdenes y palabras mordaces de tu insoportable genio, y pareces interesada en que goce

continuamente de la trabajosa gloria de ser el *afortunado esposo de una mujer virtuosa*. El pobre hombre indaga en el fondo de su conciencia la causa de tan continuas borrascas, mide sus palabras, calcula sus ademanes, interroga tus miradas, estudia tus gustos y consulta á tus amigas, á fin de saber cómo ha de conducirse para recibir una no tan terrible acogida.

Encuétrasele continuamente inquieto, dirigiendo miradas á un horizonte que se le presenta siempre, ¡ay!, cubierto de nubes amenazadoras. Algunas veces su candidez y su buena fé le llevan hasta figurarse que una mujer virtuosa no puede menos de ser inaccesible, y que la suya debe tener necesariamente ruda corteza como el castaño, que oculta su fruto bajo cáscara espinosa; supone que así es el exterior de la virtud, y cree que lo bueno cuesta siempre mucho.

Pero si por desgracia no es tan cándido tu esposo, ¿sabes lo que dirá? Pues dirá—cuantas veces encuentre ocasión—que una virtud que sólo sirve para agriar el carácter y hacerlo insoportable, no es precisamente la que nos recomienda el Evangelio. Te comparará con el divino ideal revelado por Jesús, y esta comparación no le conducirá á mirar con estimación tus cualidades. Su imaginación podrá ir más léjos aún por esta vía: contemplará á otras mu-

jeros, y cuando las vea pacientes, benévolas y graciosas en su familia y en su trato social, considerará que tu virtud no es sino una ilusión deplorable, puesto que no eres capaz ni aun de los sacrificios más comunes, sin los cuales la vida doméstica no es otra cosa que un infierno anticipado. Veamos en seguida qué impresión produces en las personas con quienes estás en relaciones menos íntimas.

*
* *

Ordinariamente la mujer ostentadora de su virtud se considera autorizada para trabajar en la reforma del género humano, por medio de la maledicencia. Como cree hacer sacrificios que le parecen prodigios de heroísmo, se atribuye, en razón de sus méritos eminentes, el derecho de tomarse las mayores libertades: de aquí los excesos de rigor, la intolerancia, los juicios temerarios, la malevolencia; en una palabra, la excitación de las malas pasiones que pretenden conciliarse con las prácticas de la vida cristiana. No es nuevo este carácter, pues fué el de aquellos fariseos, á quienes tantas veces amonestó Jesús, especie de personas que parece inmortal hasta en el seno de la religión que las condena. El fariseísmo representa una tendencia de la naturaleza

humana, que lucha contra el espíritu de admirable bondad que el Divino Maestro ha enseñado, tanto con su ejemplo como con su palabra. Ninguna persona sinceramente cristiana ostenta virtudes, ni juzga conciencias, ni cita vidas ante el más desapiadado de los tribunales.

En la sociedad, lo mismo que en el seno de la familia, nada tan indiscreto como el fastuoso aparato de virtudes heroicas, desmentidas en cada instante por una manera de obrar vulgar y egoista. Continuamente en contradicción con las propias máximas, se procede como los gobernantes que hablan sin cesar de economías y disipan por mil modos los tesoros de la patria; que hablan de libertades públicas, y adoptan procedimientos arbitrarios. Es menester no dar el espectáculo de semejantes inconsecuencias, si se quiere que en la frente de la autoridad se conserve la aureola que debe coronarla. Hacer el bien sin vanidad y con la buena y natural sencillez que el corazón debe mostrar siempre, ¿no es la mejor manera de inspirar á los demás la convicción de que se obra en favor de ellos y de que el pensamiento de hacerlos felices es el pensamiento dominante? Las obras son mucho más persuasivas que las palabras; la vanidad es casi siempre indicio de un alma que siente su impotencia para el bien, y que quiere disimularla á sus propios ojos y á otros,

por medio de artificios que sólo ilusionan á quien los inventa.

La modestia es más razonable y más cristiana. En vez de gloriarse de los maravillosos resultados que obtiene, reconoce sobre todo el bien que no le ha sido posible realizar, y siempre se muestra dispuesta á lanzarse con nuevo fervor, en la vía de la actividad, de la paciencia y de la abnegación. Poseída de este espíritu, no se adormece después de conseguir cualquier buen éxito, sino que trabaja diariamente para asegurar la suerte futura de la familia, cumpliendo al mismo tiempo con celo infatigable todos sus demás deberes.

El puesto que ocupamos en el inmenso universo es tan modesto, y nuestra vida tan frágil y tan corta; nuestras imperfecciones son tan visibles, y nuestros esfuerzos para mejorar nuestro carácter tan débiles, que es menester estar poseído de una grandísima insensatez para considerarse como objeto digno de la admiración del género humano. La experiencia y la reflexión que nos conducen al conocimiento de nuestros defectos, pueden preservarnos de semejante pretensión. Cuanto más nos conocemos á nosotros mismos, menos dispuestos estaremos á considerarnos como seres privilegiados, y mejor ocuparemos, con apacible resignación, el lugar que el Cielo nos asigna en este mundo.



LA MUJER DOMINANTE

La propensión á dominar es la más sutil de las pasiones, y la última que muere en el corazón humano; es un Proteo que sabe tomar todas las apariencias, especialmente las del desprendimiento y las de la abnegación. Hállanse en todas partes corazones capaces de sacrificios admirables, almas en las cuales parece que el dolor no penetra, espíritus que nunca se aterran, que sabrán resistir las amenazas de la tiranía; pero, ¿dónde encontrar un carácter bastante elevado y firme para no dejarse seducir por los atractivos de la dominación que le sea posible ejercitar?

En los hombres, la pasión del dominio parece querer abrazar lo infinito; cada conquista requiere otra conquista: el mundo obedeció á Alejandro, y

el hijo de Filipo consideró pequeño el orbe para satisfacer la inmensidad de sus deseos. En las mujeres, esta pasión no necesita salir de la modesta esfera de la vida doméstica; pues dedicadas á la familia por un instinto irresistible, encierran sus vehementes pasiones en este reducido círculo. Estrechada, por decirlo así, en tan limitado espacio, la propensión á dominar se concentra; y no pudiendo extenderse á una multitud de objetos, como la extienden los hombres, comprime con obstinación formidable todo cuanto cae bajo su acción directa. Hay mujeres que en el hogar doméstico fundan un imperio y necesitan conquistarlo, luego dominarlo y después defenderlo contra los enemigos interiores y los exteriores. Algunas de ellas, en esa lucha continua, muestran tener todas las buenas y las malas cualidades de los hombres de estado, su actividad infatigable, su firmeza invencible, su paciencia heróica; mas también el odioso egoismo que sabe sacrificarlo todo por perpetuar su dominación; y con este fin, ¡qué reflexiones tan serias, qué combinaciones tan hábiles, qué artificios tan ingeniosos!

Y hay mujeres gazmoñas que de la tentación de dominar quieren librarse por sus frecuentes penitencias, por su largueza en las limosnas, por sus oraciones; mas apenas vuelven á encontrar cual-

quier resistencia en el hogar doméstico, la dulzura se acibara, los buenos propósitos quedan dados al olvido, desaparece la sencillez de la paloma, la oveja se convierte en leona. Nada rebaja tanto la dignidad del carácter moral, como esas súbitas y tristes metamorfosis descubridoras del egoísmo oculto por virtudes que quizá se reputan cristianas.

*
* *

En el hogar doméstico, la actividad del corazón humano suele desenvolverse con un ardor que aun las miradas del vulgo perciben; suceden dramas sorprendentes, peripecias inesperadas, caídas repentinas, y vése alguna vez desaparecer dominaciones indisputables, que por espacio de mucho tiempo parecían despreciar la movilidad de los sucesos. Como acontece á ciertos hombres de estado, algunas mujeres ven derrocada en un día su dominación, por casualidad no siempre fácil de explicar; pero la casualidad no es más que una palabra vacía de sentido, y cuando cae un poder es á consecuencia de alguna falta, de alguna imprudencia ó de alguna violación de las imperiosas leyes que rigen la naturaleza humana. Por cierto y por verdad, que algo de lo que sucede en los estados se observa también en la familia,

porque el hombre se manifiesta análogamente en todas partes, lo mismo en las cabañas que en los palacios; y si la historia presenta tantos enigmas, es porque se ha querido explicarla demasiado por teorías magníficas, y no bastante por el desenvolvimiento de las pasiones humanas.

¿Por qué razón el dominio femenino aparentemente consolidado en el hogar doméstico se ve á menudo derrocado? Porque la propensión á dominar suele encontrarse ante otro espíritu no menos ardiente— el espíritu de independencía. En tanto que un marido considera sinceros los consejos que se le dan y contempla como inspirada por afectuosa solicitud la influencia que se ejerce sobre él, consiente con gusto que su mujer tenga un dominio que parece provechoso para los intereses de la familia; pero, desgraciadamente, todo carácter dominante es vanidoso y egoísta; no sólo ambiciona las realidades del poder, sino también sus más brillantes exterioridades; y las mujeres poseídas de tan deplorable ambición no se contentan con gobernar su casa: necesitan supeditar al jefe de la familia. Entonces el hombre que parecía dominado siente renacer su espíritu de independencía, exagera su esclavitud, busca razones para rebelarse, y después de haber representado el papel de siervo, ambiciona representar el de tirano.

Así se producen esas tristes reacciones envenenadoras de la vida de tantas mujeres que sufren el castigo consiguiente á un egoísmo secreto que, más tarde ó más temprano, deja adivinar sus cálculos y su hipocresía; pues con el hábito de conseguir éxitos halagüeños se adormece la vigilancia, se disimula cada vez menos la intención, y el resultado es que se despierta la duda en almas crédulas y confiadas, y se pierde, por una serie de imprudencias, todo cuanto se ha conquistado á fuerza de astucia, cálculo y paciencia.

*
* *

Debe darse á la influencia y á la acción de la mujer en la familia la parte más amplia y cumplida, con tal que jamás escuche las sugerencias de una personalidad egoísta siempre dispuesta á manifestarse y á invadir todo lo que con ella se relaciona.

Preciso es reconocer que el carácter y el saber no tienen sexo. ¿No hay maridos completamente incapaces de ejercer dirección moral y aun de administrar los intereses materiales de la familia? En semejante caso ¿deberá la mujer, por espíritu de modestia y por antipatía hacia todo lo que parezca

dominio, abandonar al azar los asuntos domésticos? Obrar así ¿sería comprender racionalmente la humildad cristiana? ¿No será más bien pereza y apatía esa abstención á que algunas mujeres se reducen, so pretexto de circunspección ó comediamento? Nadie debe extrañar que una mujer supla la incapacidad notoria de su marido, ni que tome el timón de los asuntos domésticos, cuando sólo las manos de ella pueden tenerlo con el vigor necesario. Nada ofrece tan gran idea de la mujer, en la plenitud de las creencias morales, como una madre capaz de llevar con noble y animosa voluntad las cargas de la familia, prever todas las necesidades, hacer frente á todas las dificultades y ser para su marido, como para sus hijos, una infatigable y vigilante providencia. En verdad que no es raro encontrar caracteres tan elevados, y, lo que es más singular, en un mismo corazón, esa energía varonil y esa modestia graciosa, que serán siempre el más hermoso adorno de la mujer que comprende la grandeza, sencilla y sin fausto, de su misión.

Toda mujer dotada de juicio recto, carácter firme y corazón generoso, debe ser en su familia la fuerza de los débiles, el consuelo de los que sufren, la luz de los ciegos, la paciencia de los que soportan con dificultad las penalidades de la vida. En vez de emplear sus privilegiadas facultades en el triunfo de

su egoismo, trabajando por dominar á los que la rodean, debe consagrarse á dulcificar los sufrimientos inseparables de la existencia, y á suplir bondadosamente toda falta de inteligencia ó de voluntad. Y como nadie debe envanecerse de los dones que ha recibido de la naturaleza, toda madre verdaderamente digna, en vez de querer dominar á su familia, procurará dar prestigio á su esposo y á sus hijos, y disimular las deficiencias intelectuales y las imperfecciones de carácter moral que vea en ellos. Así se hará *toda de todos*, á fin de afirmarlos en el buen uso de la razón y en la intimidad de un afecto mutuo.

Semejante influencia de la madre de familia, en vez de ser penosa para el marido y los hijos, será necesariamente bendecida por todos, y no tendrá que temer las reacciones que derrocan á los poderes egoistas. La autoridad que no se hace sentir sino por beneficios, es la única que puede prometerse conquistar corazones, dirigir inteligencias y gobernar voluntades. Según la idea cristiana, el poder es un ministerio, es decir, un servicio, y no un medio puesto en manos de las personas que ejercen autoridad, para que se eleven orgullosamente sobre las demás, sometiéndolas á los caprichos que la imaginación desenfrenada puede engendrar.



LA MUJER IRACUNDA

¡Infeliz el hombre obligado á pasar su vida con una mujer de mal genio! Sin duda que más vale habitar en un desierto—como dice un proverbio—que con una mujer iracunda.

La mujer de carácter agrio es regañona y quimerista; por cualquier cosa se irrita, y sufre largos accesos de mal humor. Vésela siempre áspera y ceñuda; nunca hace tanta gala de sus groserías, como cuando su marido recibe á sus amigos; y se vería desconsolada, si á fuerza de maneras descorteses no consiguiera obligarles á no volver á la casa. Posee en alto grado el prurito de contrariar: si ve reír, toma el aspecto más triste y severo; si nota enfado, se pone á cantar; si oye decir que una cosa es buena sostiene que es mala, é insiste en ello con obsti-

nación invencible; si se le habla de personas, dice mal de las que han sido elogiadas y elogia á las que han merecido vituperio; hágase lo que se haga y dígase lo que se quiera, preciso le es contradecir. Las palabras que más frecuentemente pronuncia, son: «Al contrario», «Eso no es cierto.» Así se pone siempre en contradicción con todo el mundo, no por restablecer la verdad, sino por espíritu de oposición, por pura maldad y con el propósito de disgustar á los demás.

Lo más singular de la mujer iracunda es que hace víctimas de su mal genio precisamente á las personas á quienes debe profesar más cariño: á sus padres y á sus hermanos, cuando soltera; después á su marido y á sus hijos: parecería no tener corazón, si no lo revelase su malicia. Las bestias salvajes tienen el instinto de no hacer daño en sus cuevas ó madrigueras, á fin de poder habitarlas con tranquilidad; la mujer de mal carácter es más torpe que esos animales, porque en su propia casa procura tener víctimas. Si se le hace resistencia, cae en un acceso de furor y profiere las invectivas más innobles; se dejaría ir hasta el último extremo, si se creyera bastante fuerte para triunfar; pero el temor de las represalias la contiene en ciertos límites, y si se le sigue haciendo resistencia, emplea un medio más decisivo—un ataque de nervios. Este recurso, pri-

meramente simulado y más ó menos gesticulado, no es peligroso; pero si le da buen resultado, lo emplea en otras ocasiones, y el ataque, de fingido que era, pasa á ser más y más verdadero, á medida que los nervios se habitúan á las contracciones violentas, y después viene la epilepsia acompañada de la imbecilidad. Ningún médico experto negará que esto es verdad.

La mujer amable tiene frecuentemente la sonrisa en los labios: la serenidad de las facciones y la jovialidad son los reflejos de un buen corazón; el semblante desabrido y ceñudo es feo aun en la mujer más linda: nada afea tanto como la maldad. La mujer iracunda labra su desgracia y la de su familia. Tan odiosa pasión es una verdadera enfermedad moral, originada por una educación defectuosa ¿Qué es necesario para curarla? Una firmeza fría y benévola del marido.

*
* *

Un padre viudo tuvo que decir á su hija mayor: «Juanita: la ira sólo sirve para daño de la persona que la siente y de la que es objeto de esa funesta pasión, porque cuanto con ella se dice ó se hace es tan malo que echa á perder aun el bien, viciándolo

en su aplicación. Óyeme, hija mía: la cólera procede del amor propio desordenado, pero las personas humildes de corazón son amables y pacíficas. El Divino Maestro nos ha dicho: *Aprended de mí, que soy dulce y humilde*; y juntas van siempre la humildad y la dulzura. ¡Cosa extraña! otras pasiones no nos causan arrepentimiento, sino por el mal que con ellas hacemos; la cólera nos causa remordimiento hasta de lo bueno: así es que tenemos que acusarnos, ante Dios, del deber que hemos cumplido, del servicio que hemos hecho, con arrebatos de ira».—Y el buen padre añadió: «Mi querida hija, algún día serás madre; pues bien, guárdate, por Dios, de esa pasión, de esa extrema vivacidad que produce contra la naturaleza de los niños el efecto que un viento tempestuoso contra las plantas: el huracán rompe los arbustos, no los endereza: la lluvia mansa, y no el torrente de la tempestad, es lo que fertiliza la tierra. Jamás bendice el Señor la obra de la cólera, siendo Él todo caridad y dulzura, todo amor y humildad. En fin, Juanita mía, acepta con buen propósito, y no olvides nunca, el consejo que te doy; procura seguirlo con tus pobres hermanitos, para quienes Dios quiere que sirvas de madre.»

Juana reconocía la verdad de estas observaciones, pero la viveza de su genio atropellaba fre-

cuentemente á la razón; la autoridad que sobre sus hermanos se le había conferido, era nuevo estímulo para tan irascible carácter: enfadábase tanto más, cuanto mayor obligación tenía de corregirlos. ¡Hay en las terquedades de los niños tantos motivos de enfado para las personas que no saben educar! Algunas veces dejábase llevar de su impaciencia hasta el extremo de enfurecerse contra sus hermanos.

Un día, enojada por cierta obstinación caprichosa de una hermana suya, le tiró lo que más á mano encontró—un pomo de cristal; pero con tino tan desgraciado, que la criatura recibió un fuerte golpe en la frente, y cayó desvanecida, arrojando sangre por la herida que se le produjo sobre la ceja izquierda. A la vista de aquella sangre y de la pobre niña tendida en el suelo y pálida como un cadáver, un terror pánico se apoderó de Juana: púsose como loca, y sin saber lo que hacia, sin socorrer á su hermana, corrió de uno á otro lado, llamando á los criados. Acudieron todos, socorrieron á la víctima, que pronto volvió en sí, y vieron que la herida era leve; pero en cambio la que Juana sufrió en su corazón fué terrible, y muchas horas pasaron antes que la arrepentida agresora comenzara á recobrar la tranquilidad de su espíritu, profundamente conmovido. ¡Qué lec-

ción! ¡Cómo se grabó en la memoria de Juana aquella doliente mirada que su hermanita le dirigió cuando volvió en sí, y aquel rostro cadavérico! Entonces comprendió bien el peligro á que la exponía su mal genio, y se propuso emplear toda su energía para dominarse.

Pocas horas después de la tristísima escena, llegó el padre, y aunque supo en seguida lo ocurrido, no pareció enojarse; reprendió á la rapaza por la desobediencia que motivara el enojo de Juana, y cuando pudo hablar sólo con esta, le dijo: « ¡Pero, hija, no parece sino que te has propuesto corregir á tus hermanos, matándolos! Cierto que el medio es seguro, aunque asaz violento. ¡Ah, qué pronto olvidaste mi consejo! La ira, entiéndelo bien, comete siempre torpezas y casi nunca puede repararlas. Para gobernar á los niños, es necesario tener firmeza, no dureza ni crueldad; pues en esta tarea hay que temer dos males opuestos: la demasiada severidad y la excesiva flojedad — defectos que casi siempre se dan la mano.

«En efecto, he notado—y tú puedes observarlo en algunos de nuestros convecinos --que los padres que más se airan contra sus hijos, y más duramente los tratan á veces, y los injurian y los maldicen, son —pasado cada acceso de su cólera—indulgentes, tolerantes, débiles hasta el más reprehensible abando-

no. Se enfadan casi siempre por lo que no lo merece, se encolerizan, gritan como energúmenos, golpean á sus hijos, y hasta parece que los aniquilarían, si pudieran; pues bien, después de tales escándalos, esos mismos padres, como si quisieran hacerse perdonar por sus hijos, los miman y los contemplan, sosteniendo en ellos los mismos defectos que dieron ocasión y la darán de nuevo á semejantes accesos de ira ¿Es esto razonable?.....¿Es prudente?..... De ninguna manera; y sería milagroso que por tal camino se llegara al fin de corregir á los niños. Modérate, pues, hija mía, y comprende que el daño que hoy te has hecho á tí misma es mayor que el que tu hermanita ha sufrido; porque su herida se curará pronto, y la de tu alma durará mucho tiempo. Ahora mi deseo es que esa lección te aproveche, ¡quíralo Dios!

«¿Sabes tú qué idea me ha ocurrido con frecuencia, sirviéndome muy bien para dominar mi carácter? Es esta: que cuando yo haya corregido todos mis defectos, tendré derecho á encolerizarme contra los ajenos. Tan dichoso momento no ha llegado para mí, y, probablemente, tampoco llegará para tí. En conclusión, voy á darte otro consejo que te será utilísimo, si lo sigues como yo he procurado seguirlo desde que me lo dió un anciano que en su juventud padeció frecuentes arrebatos de

ira, consultó sobre ello á un virtuoso sacerdote, y éste le dijo: «El remedio es sencillísimo, hijo mio: toda persona que comience á encolerizarse, debe tomar la resolución de no decir ni hacer nada antes de haber dicho para sí, y muy despacio: *¡Señor, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos- á nuestros deudores!*»



Desgraciadamente, Juana no consiguió dominarse, porque los consejos de su padre, á pesar de ser tan buenos, no pudieron—como nunca han podido ni podrán aun las mejores doctrinas—suplir los hábitos morales que son parte de la verdadera educación. Llegó á cumplir veinte años, y continuaba siendo escasa de inteligencia y de sensibilidad. Sin haber tenido madre que la dirigiera, mostróse primero imperiosa para con los criados; y no habiendo encontrado ninguna resistencia poderosa, llegó á ser en extremo agria y exigente para con sus hermanos. Poco á poco fué haciendo también víctima de su mal carácter á su padre, y el débil anciano se creyó desgraciado, hasta el punto de buscar cómo librarse del yugo que le era ya insoportable, pero no halló otro medio que el de

casarla, y con esta idea dió bailes en su casa; mas á pesar de ser muy notable su fortuna ningún hombre aceptable se atrevió á pretender la mano de Juana, porque la mala condición de esta jóven era por todo extremo conocida.

Un capitán de caballería, que no se espantó de lo que se decía del carácter de Juana, fué á pedir-la; y el padre, celebrando esta única posibilidad de casar á su hija, dió su asentimiento sin vacilar. El capitán hizo la gata muerta, cerca de su prometida, y representó con tanto acierto el papel de mandria, que poco tiempo después se celebró la boda, y el nuevo matrimonio se trasladó en seguida á una quinta.

A la mañana siguiente, la jóven recién casada tuvo por conveniente sondar la conducta que su marido pensara seguir en el matrimonio.

—Mira—le dijo—debo prevenirte que soy algo iracunda.

—Pues yo nunca me altero.

—Quiero que se me obedezca.

—Siempre obedezco, en todo cuanto es razonable.

—Tengos algunos caprichos.

—¿Y qué mujer no los tiene?

—Quiero mandar en mi casa.

—Eso es muy justo; la mujer debe dirigir su hogar.

—Pues, si es así, veo que vamos á ser excelentes esposos.

—No lo dudo, vida mía; y puesto que has sido tan franca conmigo, es menester que yo lo sea contigo, porque no hay mejor casa que aquella en que el marido y la mujer se entienden bien; entendámonos, pues.

—Vamos á ver, ya te escucho.

—Tú eres iracunda, yo no lo soy; pero cualquier obstáculo que encuentro en la ruta de mis voluntades lo rompo, si no puedo superarlo; no exijo que se me obedezca sino en lo que es justo y racional, pero levanto la tapa de los sesos á quien rehusa obedecerme.

—¡Qué barbaridad....!

—¡Qué quieres, mujer! En lo demás soy un cordero. Lo que acabo de revelarte es un defecto, lo sé muy bien; pero no me he podido corregir, como á tí te ha sucedido con tus iras y tus caprichos; sin embargo, no creas que procedo con ligereza, pues hago mis advertencias; mas si á la tercera no se me ha hecho caso, obro.... ¡Va una!.... ¡van dos!.... ¡van tres!.... y tric, tiro del gatillo de mi revólver.

La cosa pareció tan singular á Juana, que ésta se rió mucho con su marido, pero no se quedó muy tranquila. Después que almorzaron, el capi-

tán mandó ensillar un caballo, y dispuso que su esposa montara en la grupa. Aunque la recién casada tenía buena voluntad de acompañarle, se sintió ofendida por tan terminante disposición, y vaciló. ¡Va una!—dijole riendo su marido—pero ella se decidió, y partieron.

El capitán tenía un hermoso lebel, el cual, al salir de la quinta, vió unos patos y los corrió. Llamóle su amo, y le dijo: *Sol* ¡va una! El matrimonio montaba un soberbio alazan; pero como el camino era malo, el caballo tropezó. «¡Va una!»—dijo el capitán.—Al pasar por delante de una chacra, el perro persiguió á unas gallinas. «¡Van dos!» El caballo dió un mal paso «¡Van dos!» Todo esto, dicho sin ira y como broma, divertía mucho á la esposa. «Ya ves, niña mía, que no me encolerizo y que soy un buen hombre, como te decía yo esta mañana.» Caminaron media legua más, y *Sol* dió caza á unos pavos que guardaba un muchacho. Apeóse tranquilamente el capitán, tomó de la tapafunda un revólver y llamó al perro. «¡Van tres!»—le dijo, traspasándole con un balazo el corazón—y volvió á montar á caballo con la misma tranquilidad con que se había apeado. Pero su mujer no reía ya.

—Yo me figuraba—dijo ella—que querías mucho á tu perro.

—Ciertamente, Juanita, lo he querido mucho, mientras fué obediente; pero me ha desobedecido demasiado.

Un rato después el caballo tropezó y estuvo casi á punto de caer «¡Van tres!»—dijo el capitán; - echó pié á tierra, ayudó á su mujer á bajar, condujo al caballo á la orilla del camino y descerrajóle un tiro que le rompió el cráneo. En seguida le quitó la silla y el freno, y se volvió hacia su esposa, diciéndole:

—Amada mía, como los casados deben ayudarse mutuamente, voy á encargarme de la silla, que es el más pesado de estos objetos, y tú llevarás el freno.

—¿Una persona como yo . . . llevar el freno?

—¡Va una!—dijo él con frialdad—y puso el freno en manos de su esposa, que no volvió á replicar.

Caminaron durante una hora y llegaron con tan triste equipaje á una estación de ferro-carril, desde la cual un tren los condujo á una muy distante ciudad, donde el capitán tenía preparada la casa en que había de vivir con su esposa.

Dos años después, el capitán llevó á su mujer, que ya era madre, á ver al padre de ella. El buen anciano abrazó y besó con alegría á su hija y á su nieto, y llegó á llorar de ternura, porque encontró á Juana tan dulce y respetuosa, como áspera y agria había sido. Ella amaba entrañablemente á su marido,

porque sabía cuanto le costó á él, tan bueno y tan amante, haber tenido el valor de hacer lo que hizo para curarla moralmente. Después, nunca se ha visto mejor matrimonio.



LA MUJER MADURA QUE PRETENDE PARECER
JOVEN

Para la felicidad de la mujer es época de crisis, aquella en que finaliza el reinado de la juventud y comienza el otoño de la vida; no es posible que duren á medida del deseo las ilusiones que, tristes y doloridas, vuelan con los años, deshojando las rosas con que la juventud sabe embellecer su frente.

Cuando llega el tiempo de los pensamientos graves, la mujer juiciosa no debe temer el considerar la vida en su seria realidad; necesario es que tome animosamente su resolución, y que no mire con demasiada frecuencia hacia el pasado, ni se esfuerce por prolongar una juventud inevitablemente marchitada; pues no hay cosa más destituida de gracia y de sabiduría, que esa obstinación con que algunas mujeres se empeñan en no envejecer, ese

afanoso cuidado con que procuran ocultar el irreparable ultraje de los años, esa frivolidad juvenil que afectan, pretendiendo evidenciar la *eternidad* de la primavera de su vida. Véelas rebuscar, con diligencia visible, las modas que las jóvenes adoptan; huir, con horror, de las reuniones formales; lanzarse, con travesura ridícula, en el seno de las diversiones más alegres; competir, patentizando su infatigable petulancia, con las niñas de veinte años. Nada menos razonable, á los ojos de cualquier persona sensata, que esas *juventudes* marchitas y blanqueadas que abandonan las importantes ocupaciones de la vida doméstica, para inventar cada día una nueva extravagancia con que hacerse objeto de irrisión; únicamente para ellas queda ignorada la ridiculez en que caen, ¡tan tupida es la venda de preocupación que tienen en los ojos!; su vida está tan dedicada á esa ímproba tarea, que no les queda un momento de reflexión, durante el cual podrían verse tales como son por efecto de su incurable aturdimiento.

¿Puede haber fatuidad mayor, que semejante olvido de los deberes impuestos por la edad madura, y que tal desdén hacia las realidades de la existencia? Aun el vulgo comprende esto tan perfectamente, que, sin embargo de sus frivolidades, nunca cree tener epigramas bastante amargos para

esas mujeres que pretenden conservar hasta en su vejez la ligereza de los años juveniles; y aunque la mayoría de los murmuradores no tenga idea completa del deber, tiene á lo menos el sentimiento de lo que es impropio de cada situación, y cierto tacto bastante delicado para distinguir lo que es impertinente y de mal gusto. La mujer madura que obstinadamente pretende conservar espíritu juvenil, encuentra en él un verdugo cruel que la azota con rigor implacable; rigor muy merecido, que toda persona de buen juicio debe aprobar.

*
* *

Es necesario que toda mujer comprenda bien su posición y acepte valerosamente los deberes que para consigo misma y para con sus semejantes le impone la edad. Cuando los años han pasado alterando poco á poco la frescura de la juventud y dejando señales más ó menos perceptibles, pero evidentes, de sus huellas, es tiempo de dar el adiós á las distracciones juveniles; pues hay un día, una velada, una hora en la vida, que son el último día, la última hora de la juventud. Sale de un baile una mujer, y parece joven todavía; pero acordes el buen sentido y la razón le dicen: deja al mun-

do juvenil, antes que él te deje. Entonces los trajes de telas vaporosas y los adornos de flores, arreglados con graciosa coquetería, reciben el último adiós; todo lo que fué realidad se convierte en recuerdo, y lo que era porvenir ocupa su lugar; hay una joven menos, pero existe una dignísima señora más, una señora que va á recorrer con paso seguro la senda que para muchas otras damas es árida y triste.

Si la vida se ha empleado provechosa y útilmente, la época de los sacrificios será menos penosa; pues largo tiempo antes que llegue se piensa en ella, preparándose para iniciarla con tacto y sin violencia. Conviene, si es posible, recogerse, alejarse del bullicio, medir las propias fuerzas y trazarse un plan de vida en armonía con los hábitos y el orden de ideas en que se entra; y, al efecto, las lecturas serias y los consejos buenos servirán de estímulo poderoso. No hay que darse aires; las relaciones frívolas se retirarán; ¡qué importa! Entonces será urgente saber distinguir la verdadera amistad y formarse un círculo de relaciones en el que la inteligencia, el buen tono y la intimidad reemplacen las distracciones propias de la juventud. Preciso es confesar que no sin sentimiento se da este paso decisivo, y que los recuerdos, excitados por lo que se ve, por lo que se

oye y por las invitaciones, son muy tentadores; pero es necesario estar firmemente decidida: la lucha no durará mucho, y la victoria será de la razón.

*
* *

Después de cuatro ó cinco lustros de matrimonio, el círculo de la familia se ensancha y se divide, porque la prole se aleja: cada varón sigue su carrera: las niñas, ya casadas, han dejado á la vigilante madre que tanto las cuidaba ¡Cuántos sitios silenciosos y vacíos! ¡Qué aislamiento el de la madre que se halla en este caso! ¡Cuántas veces busca en vano las frentes de sus hijos para besarlas, y sólo encuentra retratos fríos, aunque muy queridos! Triste silencio hay en derredor de ella, cuando todavía está llena de vida, de ternura y de dulce amor para los suyos. Su esposo aunque siempre poseído de afecto y bondad, no muestra ya las solícitas y galantes atenciones de los primeros tiempos, y, con frecuencia, el cuidado que de él se espera, parece dado al olvido. ¡Olvido! . . . La idea representada por esta palabra cae sobre el corazón, como una gota de plomo fundido, y sólo las lágrimas que esta mujer derrama, le calman su dolor. Pregúntase á si misma si ha hecho todo

lo que hacer debía, si ha sido buena y generosa sin límites, si el abandono casi involuntario no ha sido causado por los defectos de ella; no parece sino que solicita indulgencia, perdonando mucho, para hacerse absolver porque envejece; quisiera sacrificarse por el bien de todos, y nunca desmerecer del amor de alguno; pues el corazón podrá dejarse llevar de objetos frívolos, pero se sujeta, se ata, se encadena á la necesidad de amar y ser amado. Tal es el consuelo de ella hasta el sepulcro, tal es la luz que la guía, el calor que la reanima, el último grito, la postrera vibración de su alma; y en los brazos de los seres á quienes ama y ha consagrado su vida, quisiera exhalar el último suspiro.

El tiempo destruye muchas cosas que para la felicidad de la mujer no deberían dejar de existir antes que ella. ¡Cuántos recuerdos, llenos de la vida del corazón, se despiertan en la memoria de la madre que comienza á entrar en la vejez! ¡Cuántas cenizas queridas reanima su pensamiento! ¡Cuántas esperanzas ve destruidas, recordando en un instante su vida pasada! Esto la anonadaría, si ella no sintiese en su conciencia una fuerza capaz de superarlo todo, al mismo tiempo que se le presenta la consoladora segunda maternidad, bajo el nombre, á la vez dulce y triste, de abuela. ¡Ser

abuela! Ya se imagina que oye los alegres gritos de sus nietos, que ve sus sonrisas, que siente sus caricias; ya la vida de ella tiene un nuevo objeto, aún será feliz, y su silenciosa morada se animará con las infantiles alegrías de una segunda generación.



EL DESPOTISMO FEMENINO

Uno de los inconvenientes que la mujer debe evitar en la vida doméstica, es la pretensión de imponer su personal manera de sentir. Para preservarse de esta tendencia, que suele producir efectos perniciosos, la bastará hacer algunas reflexiones.

Generalmente, las mujeres poseen, en todo lo relativo al sentimiento, más penetración que los hombres; pero se engañan á menudo á sí mismas las que no tienen idea clara y experiencia práctica suficiente sobre la diferencia que ordinariamente existe entre las condiciones morales de uno y otro sexo. A causa de una educación más ó menos incompleta, las facultades y las disposiciones más desarrolladas en las mujeres son precisamente aquellas que en los hombres ejercen actividad secunda-

ria: la sensibilidad y la imaginación resaltan en el carácter femenino. Por una de las ilusiones que las mujeres á que aludimos no pueden evitar, se figuran que en toda alma de hombre debe de haber lo que con tanta vivacidad sienten ellas, y que su corazón, tan superabundante de movimiento y vida, es el modelo á que debería conformarse todo el mundo moral: poseidas de este ideal, han menester prodigiosos esfuerzos mentales para comprender otro modo de ser diferente del suyo, otras disposiciones, otras tendencias.

En este caso, cuando tal mujer llega á estar en contacto con la rigidez del raciocinio y de los cálculos positivos que dominan en el carácter masculino, se la ve juzgar á su marido, con rigor que ella considera como imparcialidad llena de justicia y moderación, imaginándose que el hombre con quien está casada es un desheredado de todo impulso generoso, de toda nobleza de sentimientos, de toda elevación de carácter; en una palabra, un ser excepcional que la fatalidad le ha impuesto cruelmente. Esta ilusión nace y se mantiene con tanta mayor facilidad, cuanto más constantemente se presenta el marido con todas sus imperfecciones, y menos procura mostrar las buenas cualidades que con formas brillantes conserva en la sociedad, y que abandona cada vez que entra por la puerta de su casa.

No tratamos de considerar ahora si no es prudente que los hombres se desentiendan de lo ideal que tanto impera en el carácter femenino; sólo nos proponemos examinar uno de los hechos que ejercen más influencia sobre el destino de muchas mujeres. Mientras el marido muestra sus lados más vulgares, casi todos los hombres con quienes está relacionado se presentan con las ventajas del buen tono y quizá con el deseo de parecer agradables. Verdad es que las mujeres dotadas de gran penetración descubren, con más ó menos prontitud, la naturaleza calculadora que los hombres no pueden disimular, sino con notable dificultad, cuando se les observa seriamente; pero ¿hay muchas personas capaces de hacer tal examen? La generalidad de las mujeres juzga por las exterioridades casi todo lo que á sus ojos se ofrece. Cuanto más inexperta es una mujer, con mayor facilidad se exalta su imaginación en un mundo ideal, donde no la detienen las realidades de la existencia; su corazón se complace en ese mundo brillante que el delirio crea, y su inteligencia no llega á conocer, sino muy confusamente, el límite que separa lo ideal y lo real. Así se explican esas pasiones raras, esos entusiasmos extravagantes que algunas mujeres sienten por ciertos hombres de inteligencia mediocre y de carácter vulgar. Tales afectos

suelen manifestarse, llenando de extrañeza á personas que observan superficialmente la naturaleza humana, y que se maravillarían menos, si conocieran con cuánta facilidad la imaginación de esas mujeres transforma lo que la ocupa, y embellece lo que la interesa.

*
* *

La mujer casada que tiene la desgracia de dejarse arrastrar por caprichos de su imaginación, se encarniza contra su marido á quien encuentra extravagante, amanerado, poco digno de ella: su idea favorita es reformarlo de pies á cabeza, según el tipo que semejante loca de atar acaricia en su mente. No es cosa fácil imaginar la tortura inaudita soportada por un hombre sometido á esa especie de manipulación: si él es de carácter dócil y prefiere el papel de víctima al de guerrero, tiene que resignarse á sufrir bajo la férula de su implacable pedagoga, cuya crítica no le reforma ni el carácter, ni la inteligencia, ni los hábitos, ni las maneras; y por más que el pobre hombre proceda con gran cuidado en todo, como su modo de sentir se diferencia tanto del de su enérgica gobernadora, recae á cada momento en faltas involuntarias que son consideradas como rebeliones péfidas. ¿Quién

no ha conocido alguna de esas víctimas del despotismo femenino? ¿Quién no ha sentido hacia ellas cierta compasión envuelta en ironía? Sin embargo, deplorando la dureza de su condición más que servil, no es posible dejar de experimentar legítima indignación contra la persona que impone, por capricho ó por frivolidad, un insostenible yugo que hace sufrir cuanto la prodigiosa actividad de una imaginación desenfrenada sabe inventar.

Empero sabido es que no todos los hombres aceptan con docilidad la violencia que se pretende hacer á sus ideas, á sus sentimientos y á sus hábitos: hay maridos que, sin tener bastante energía para anular pretensiones despóticas, no carecen de vigor suficiente para sostener guerras que las circunstancias excitan constantemente. Verdad es que en sus hogares no se da el espectáculo de una triste esclavitud, sino el de las agitaciones, luchas y peripecias que presenta la vida de los combatientes. Un día la mujer triunfa, aprovéchase de tal ventaja, percibe en su adversario algún flanco vulnerable, descubre los cálculos del vencido y le destruye sus medios de defensa; pero, ¡ah! los destinos cambian; las satisfacciones de hoy se convertirán en dolores mañana; la caída será tanto más terrible, cuanto mayor sea el abuso que se haya hecho de la vic-

toria, cuanto más aturdimiento y más imprevisión se haya mostrado. Estas frecuentes alternativas imposibilitan la dulce calma que puede haber en la vida doméstica; transforman el hogar en infierno, y muestran indirectamente la sabiduría con que procede la mujer que sabe respetar los hábitos inofensivos del marido y su manera personal de sentir.

*
* *

Es buena cualidad en una mujer el saber reprimir toda fuerte propensión que la impulse á reformar los sentimientos, la inteligencia y la voluntad de su marido. No es esto decir que deba privarse de ejercer una acción natural sobre el espíritu de él, pues esta acción, con tal que sea moderada, puede tener ventajas incontestables; pero ejercitando esta influencia pacífica y benévola, es necesario que la mantenga dentro de límites razonables y que respete en su marido la legítima libertad que con razón reclamaría ella misma para sí: una acción prudente y solícita consigue siempre ganarse los corazones y las inteligencias. Cuando se trata de conquistar voluntades no se debe recurrir á la violencia, ni pretender que sea aceptado el

ideal que una imaginación engañada presenta como el único razonable. La variedad de gustos, de inclinaciones y de hábitos es una de las leyes que Dios ha establecido para el gobierno del mundo moral; por lo tanto, la pretensión de arreglar voluntades ajenas, según el modelo determinado las más de las veces por ilusiones, es quimérica.

Equivócase, miserablemente, la mujer que califica de extravagante á su marido, porque éste tiene gustos que ella no comprende. Nada es menos conveniente para conseguir que una persona acepte ajeno modo de sentir, que ofenderla en su amor propio: herido este sentimiento perdona con dificultad, aparte de que el consejero que da forma epigramática á sus indicaciones, nunca produce impresión agradable. En ciertas circunstancias, es una necesidad el hallarse en disposición de poder dar consejos que sean escuchados. Jamás debe una mujer atacar de frente los defectos de su marido, ni olvidar que para ejercer sobre el carácter de él una influencia duradera, le es necesario salir del limitado círculo de sus impresiones personales. Lo que más caracteriza á un espíritu mezquino es la falta de comprensión de todo lo que en él no existe, de todo lo que él mismo no ha sentido, de todo lo que á su imaginación no se ha presentado: de aquí esos hábitos exclusivos y ese despotismo que algunas

personas de mediana inteligencia consideran virtudes, como si la virtud no fuera esencialmente suave, indulgente y amable para ganar con sus atractivos todas las voluntades. Sólo ella puede alcanzar éxitos buenos y durables, mostrando á los corazones egoistas la noble grandeza del verdadero espíritu cristiano.



LA GUERRA DOMÉSTICA

En algunas casas de familia se sostiene habitualmente una guerra violentísima, cuyos motivos no son fáciles de explicar. Siempre que los desavenidos se reúnen, la pelea se renueva tan súbita como la tempestad que estalla en medio de un cielo de Agosto; y entre tales espíritus belicosos, nadie puede soltar de sus labios la palabra más insignificante, sin que alguien se apodere de ella para comentarla con incomprensible malevolencia. En esas agitadas casas no hay asilo seguro, no hay un palmo de terreno donde la paz reine sin adversarios; ni aun la presencia de los criados sirve de obstáculo á disputas acres, que suelen terminar con recriminaciones amarguísimas. Si los contendores no llegan siempre á tal extremo, no es

porque hayan dejado de provocarse con alusiones transparentes, con palabras de sentido equívoco, con reflexiones aparentemente inofensivas, que hieren á un miembro de la familia, y avivan el fuego que parecía extinguido.

De esa manera, la vida doméstica llega á ser un verdadero infierno, donde reinan furiosos rencores y terribles desesperaciones. Cada cual se conduce como en un campo de batalla, se fortifica para pelear ventajosamente, combina planes de ataque y defensa, prepara aliados; en una palabra, vive como el soldado que está bajo el fuego del enemigo. Los vínculos forzosos no impiden que la lucha tenga efecto á veces, de la manera más ruda: los odios que es preciso ocultar bajo las formas de los afectos ¿no son los más persistentes? ¿no se hacen profundos por los sacrificios y las humillaciones á que dan lugar? Por otra parte, no hay que perder de vista la extraordinaria facilidad con que ciertas naturalezas absorben el odio, que llega á ser para ellas una necesidad imperiosa, una segunda vida. Aun las almas más benévolas se hacen fácilmente irritables y sufren mucho, cuando están heridas: hay en los corazones, aun en los más bondadosos, fibras tan impresionables que nunca se las hiere impunemente: tales son los orígenes de las contiendas que turban á muchas familias.

La influencia de las mujeres que tienen sincera voluntad de conservar la paz doméstica, puede prevenir en gran parte esos desórdenes; pero, desgraciadamente, algunas, lejos de comprender la importancia y la grandeza de esta misión, no parece sino que emplean su ligereza en comprometer, con genio caprichoso y con pretensiones exageradas, los intereses más sagrados. Exclusivamente preocupadas con los derechos que ellas se atribuyen, no piensan que tienen deberes; hácese orgulosamente centro de cuanto con ellas mismas se relaciona, quieren dominar, no consultan á nadie, censuran con acritud y aspiran con audacia y petulancia al poder absoluto: las consecuencias son deplorables, y no es necesario tener gran perspicacia para conocerlas.

*
* *

Algunas familias presentan complicaciones de intereses diferentes y, á veces, hostiles. En circunstancias dadas, un matrimonio debe vivir con los padres del esposo, ó con los de la esposa, que por largo tiempo están habituados á tener las riendas del gobierno doméstico, á ejercer autoridad completa y venerada ¿Estarán dispuestos estos viejos á ver con buenos ojos cualquier pretensión

que se aparte del respeto debido á la doble magestad de los años y de la paternidad?

El yerno—ó la nuera—que se ha poseído de espíritu lleno de soberano desprecio hacia las personas de edad, se habitúa desde luego á considerarlas como una especie de abuso; les da que sentir, con impertinencia odiosa; les insinúa, frecuentemente, que codicia con ardor la posición que ocupan en la familia y en la sociedad; les significa que ambiciona la fortuna patrimonial, y que se toman poco interés por sus hijos, no cediendo en seguida una parte de los bienes de que disponen, á tan impaciente y ávido heredero. Así es como se conduce, violando leyes morales. Pero lo más extraño es la necia sorpresa que después se manifiesta, al ver á los suegros ponerse á la defensiva, usar de reserva cuando se trata de sus negocios, pensar sólo en sus placeres personales, desentenderse de los intereses comunes de la familia y ocuparse menos en lo que atañe al porvenir de hijos y nietos. Entonces se les acusa de un egoísmo satánico; el yerno—ó la nuera—dice y repite, en todas partes, que tiene un suegro depravado y una suegra sin corazón y sin conciencia; pero las malas lenguas que han oído tales afirmaciones, se apresuran á revelarlas exageradamente, á quien más deben interesar.

Así las cosas, he aquí lo que sucede: la guerra estalla en la primera ocasión que se presenta, y una vez desnudo el acero no vuelve á la vaina, sino cuando á dejarlo induce el capricho: esa familia, que debería vivir en la más cordial armonía, se divide en dos campos, y á veces en tres; esto sin contar espectadores y auxiliares, puesto que ciertos amigos de la casa se proporcionan la más ruin de las diversiones, interviniendo de continuo en querellas ordinariamente grotescas y casi siempre recreativas para personas escépticas, cuyo sentido moral está poco desarrollado. Esos amigos oficiosos suelen tener el pérfido placer de animar tales guerras intestinas; y aun cuando no se les deba suponer semejantes intenciones, una menguada costumbre induce á lisonjear las pretensiones de las personas consultantes y á disculpar con blanda indulgencia sus debilidades y aun sus pasiones. Tales son los consejeros que una mujer escucha con ciega complacencia, cuando les consulta sobre cuál debe ser su línea de conducta respecto á su suegro, y, sobre todo, á su suegra, en quien se personifica ordinariamente la resistencia contra las pretensiones mencionadas.

*
* *

La nuera suele ser á los ojos de la apasionada madre de su marido la rival que ha de arrebatarle mucho cariño de su hijo, y condenarla á no ocupar en el corazón de él sino un lugar secundario. Para resignarse á sufrir tan doloroso sacrificio, esa madre necesita un valor verdaderamente heróico. Sin embargo, ¡cuán raro es encontrar una nuera que conozca las dificultades de tan peligrosa situación! Ordinariamente, no parece sino que, en vez de amoldarse á sentimientos tan delicados y respetables, se propone despreciarlos, no perdiendo ocasión de poner de manifiesto, por modo muy ostensivo, los progresos de su valimiento y la decadencia del ascendiente que antes se ejercía sobre su marido; y aun con todo esto, será preciso tenerla por moderada, si no pierde los respetos y miramientos más indispensables.

Por desgracia, en semejantes casos, los corazones heridos no suelen perdonar, y las victorias alcanzadas son seguidas por derrotas dolorosas. La suegra cuya voluntad ha sido contrariada por imprudencias, se transforma en jefe de oposición; la autoridad que le dan su posición, su experiencia y su edad, le facilita el tomar cuantas represalias

le convengan, y si procede con calma y perseverancia, tendrá en su partido á las personas más influyentes en la opinión, naturalmente inclinadas en pro de aquellas cuya madurez de juicio presenta mejores garantías. Al mismo tiempo, todos los descontentos en la familia, y especialmente los criados, creerán poder quejarse de una persona que tan fácilmente se deja llevar de su altivez, y coligados en derredor del jefe que las circunstancias les ofrecen, fraguarán una conspiración permanente. Más tarde, los niños poco dóciles encontrarán en su abuela apoyo, medios de resistencia; lo cual será fácil, porque se les suele ver más inclinados á ella que á sus propios padres, á causa de la autoridad que estos están obligados á ejercer. ¿Y qué sucederá si el marido, por inconstancia ó por falta de afecto, se pasa al partido contrario? Es tan poco quimérica esta hipótesis, que se realiza con mucha frecuencia. La situación se hará intolerable, pero quizá no faltarán modos de consolarse, atribuyendo toda la culpa á la perversidad de la suegra, á la fatalidad de las circunstancias, á las ligerezas naturales inevitables; en una palabra: arreglándose de la manera más conveniente para no parecer culpable.

Toda persona debe hacer cuantos esfuerzos le sean posibles para no alterar la paz doméstica ni

romper la unidad de la familia; debe olvidarse á sí misma cuanto pueda, en vez de poner de relieve las pretensiones de una personalidad exigente y caprichosa: el *yo* es odioso; nadie está dispuesto á conceder una parte, ni aun legítima á los que á sí mismos se la conceden con largueza y sin atención hacia los derechos ajenos. La humildad cristiana, virtud tan eminentemente social, es una de las primeras necesidades de la vida moral doméstica, y con ella nadie tiene de sí mismo el concepto exagerado, la admiración exclusiva y el culto extravagante, que son la causa más común de las contiendas intestinas. En vez de preocuparse únicamente con sus propios pensamientos y con sus gustos personales, conviene hacer esfuerzos benévolos para armonizar las propias ideas con las de otras personas, para hacerles menos penosos los disgustos, para prestarse á sus diversiones; en fin, para ser *todo de todos*, á fin de inspirarles el amor de la paz, y habituarles á los sacrificios mutuos.



LOS ABUSOS DEL LUJO

Vamos á criticar las funestas consecuencias de las necesidades ficticias que con fuerza casi irresistible invaden á todas las clases sociales, en medio de los rápidos progresos de la civilización; pero como no queremos incurrir en exageraciones ni separarnos de lo equitativo y verdadero, no diremos con ciertos detractores sistemáticos de la civilización y del lujo, que tanto éste como aquella producen desgracias, calamidades y miserias; por el contrario, creemos que estos dos modificadores de las sociedades cultas pueden, si su acción es prudente y mesurada, desarrollar la inteligencia, la moralidad y el bienestar; mas vemos que en esa acción el uso suele estar demasiado próximo al abuso, y que alguna vez el lujo lleva en pos de

sí la soberbia, la depravación, la indigencia, el vicio, el crimen.

«Observaremos»—dice un distinguido economista —«que desde los griegos antiguos hasta nuestros días no ha habido época en que no se haya escrito ó declamado contra el lujo, lamentando que iba siempre en aumento, que corrompía la moralidad pública y que destruía la felicidad de las familias. Si tales quejas hubieran sido fundadas, ahora que los progresos de las artes han difundido por modo más universal la afición á los goces con los medios de alcanzarlos, la depravación estaría en su colmo. Nada hay de eso; los tiempos presentes, de los cuales no nos constituimos en panegiristas, exponen infinitamente menos al género humano á sonrojarse de su propia historia, que cuando tuvo que gemir de las de Roma, el Bajo Imperio y la Edad media . . . De lo cual se deduce que para tener mejores alimentos, mejores vestidos y mejores habitaciones, el género humano está distante de sufrir decadencia moral.»

Aceptamos como verdaderas y útiles algunas de esas consideraciones, pero rechazamos otras como contrarias á la verdad y á la experiencia; no preferimos la bárbara rudeza de la Edad media á la seductora urbanidad de los tiempos modernos; pero inferir de esto que el orden social está mejor esta-

blecido y que la prosperidad general está más asegurada, he aquí lo que no nos atreveríamos á sostener, sin temor de ponernos en evidente oposición con los hechos. En la época presente, ¿marchamos sin desorden ni conmociones por la vía del progreso moral y material, del bienestar y de la felicidad? La historia contemporánea, con sus recientes testimonios; las estadísticas de la ignorancia y de las faltas y delitos; las miserias, las lágrimas y las peticiones de la indigencia resolverían tan tristemente la cuestión, que retrocederíamos ante la imprudencia de proponerla. Seamos francos, no engañemos á nuestro siglo con lisonjas peligrosas, no incurramos en la deplorable debilidad de ocultar, cubriendo con flores, un mal que será tanto menos funesto cuánto más francamente sea evidenciado. Necesario es describir los efectos de los abusos del lujo en las diversas clases sociales, copiando del natural, con toda verdad de expresión, á fin de que cualquier persona que vea los retratos pueda poner debajo de ellos los nombres de los originales.

*
* *

En la clase rica, el abuso del lujo engendra orgullo y anhelo inmoderado de brillar en primer rango

por medio del fausto; enerva la inteligencia, seca el corazón, transforma la caridad en filantropía ostentadora, sin resultados fecundos y sin ningún mérito; hace por todo extremo imperiosa la necesidad de dinero, y obliga con demasiada frecuencia á descender, para obtenerlo, hasta aceptar servilmente las más degradantes exigencias de la usura.

La mujer opulenta que tiene falseado el espíritu y alterada la razón por alucinaciones del orgullo y de la vanidad, y también seducida, su alma é invadido su corazón por el amor desenfrenado del lujo, camina siempre hacia su perdición; no abriga, con respecto al porvenir, otro pensamiento que el de lucir sus brillantes atavíos, sus trenes y sus saraos; delira su fantasía con los medios de variarlos y de fomentar sus prestigiadores efectos, su magnificencia, sin reflexionar jamás en la ruina que con tan locas prodigalidades produce en su fortuna. Familia, hijos, marido, consideración, estimación, todo parece oscurecerse en su alma; y, cual fanática insensata, dominada por su fatal monomanía, y facisnada, y sin fuerza protectora en su voluntad, va derecha al abismo: en él cae desde la altura de su opulencia, ó á él desciende recorriendo todos los grados del envilecimiento y de la miseria, como para ofrecer un ejemplo de enseñanza horrorosa, pero saludable. Observemos á esa mujer, jóven

todavía, que en otro tiempo estaba hermosa, elegante, rodeada de una aureola de lujo, con todas las ilusiones de sus esplendores pasajeros; ¡qué ajadas están sus facciones, cuán siniestra es su mirada, qué abandono, qué degradación en su persona! Es incapaz de todo trabajo honroso para vivir, y después de haber subsistido á expensas de su vergüenza, irá á buscar pan, desechos y el complemento del deshonor.

Aparte de los gravísimos resultados que el abuso del lujo produce en la clase opulenta, ejerce funesto influjo en las demás clases sociales, porque la acción de los ejemplos malos, como la de los buenos, siempre desciende, nunca sube.

*
* *

No son menos graves las consecuencias de los abusos del lujo en la clase media, siendo en ella donde principalmente se hallan la vida del cuerpo social y sus medios de bienestar y estabilidad, puesto que esta clase es la que más hace florecer las ciencias, las artes y las industrias; ella, la que marca los progresos de las familias: la instrucción la educación, el perfeccionamiento de los individuos;

y ella, en fin, la que hace que la civilización adelante ó retroceda. Por inducción necesaria, vemos que la enojosa influencia que estudiamos podrá ocasionar la decadencia de la riqueza y del crédito; la bancarrota, la corrupción y la miseria; la anarquía, la sedición y la guerra civil con todos sus desastres. Necesario es, pues, que fijemos nuestra atención en esta clase social, para distinguir el mal y atacarlo eficazmente.

La clase media, considerada respecto de la fortuna adquirida ó de los medios de obtenerla, presenta al modesto propietario, al hombre científico, al artista, al que ejerce profesión liberal, al industrial, &c., los cuales no pueden, sin exponerse á inminentes peligros, ceder á las seducciones de la vanidad y lanzarse á las vías más ruinosas del lujo. En efecto, los que salen de las condiciones de lo *necesario*, para comprometerse en las de lo *superfluo*, y abandonan la vida laboriosa por una existencia disipada, ó se empeñan en el juego, sus profesiones padecen, sus fortunas peligran y sus casas se arruinan; entonces no suele haber para ellos, ni para sus familias, otra perspectiva que la penuria; y degradados por el vicio, irritados por el sufrimiento, incapaces de recuperar los hábitos de orden y economía, llegan á ser caballeros de industria, petardistas, estafadores, y toman el camino de los

garitos y de los peores lugares para llegar á una penitenciaría.

Observemos á un hombre de regular inteligencia, que ejerce una profesión lucrativa y que, con su actividad y buena conducta, ha hecho, como se suele decir, *buenos negocios*, pero que, por desgracia, encuentra en el círculo de sus relaciones algunos amigos ociosos que pasan su vida en las casas de juego, en los frontones, en las carreras de caballos, en los cafés, &. Estos hábitos le seducen, induciéndole progresivamente á desatender su casa y las obligaciones de su profesión; así es que sus ingresos disminuyen proporcionadamente al aumento que sus desarreglados gastos van teniendo. Durante su vida activa y ejemplar, dedicaba lo *superfluo* á la previsión del *ahorro*; pero en su vida ociosa y disoluta, lo *necesario* de su mujer y de sus hijos se halla vergonzosamente sacrificado á lo *superfluo*. Tan deplorable estado de cosas no puede prolongarse, porque las necesidades ficticias continúan y los recursos se han agotado. Ese hombre venderá los muebles, *hará dinero*, probará fortuna por última vez; pero la ruina se consume, si la suerte no responde. Entonces pasa de la carrera del vicio á la del crimen. . . . , entonces juega *con ventaja*, roba, y el crimen produce lo que el vicio no había dado; mas el crimen llega á descubrirse y recibe su

condigno castigo. . . . ¡Pobre familia, no bastaba á ese hombre reducirte á la miseria, era menester también que te llenara de deshonra!

*
* *

La mujer de clase media—en las mencionadas condiciones de fortuna actual ó de probable riqueza futura—unida á su marido, labrará la prosperidad ó la ruina de su casa, y será la honra ó la vergüenza de su familia, según la conducta que observe; pues en la mujer consiste, principalmente, que la economía doméstica prevalezca ó peligre, y que la educación de los hijos sea moral ó viciosa: ¡qué asunto de graves reflexiones para las madres!

Observemos á esa mujer en medio de los suyos. Ocupada en los cuidados que le reclaman su marido, sus hijos y su casa, asegura el bienestar de su familia: bajo la vivificante influencia de su espíritu de orden, de su prudente y juiciosa economía, todo prospera. ¡Qué cambio va á efectuar en ese modesto y feliz hogar el desarrollo de la causa fatal que estamos considerando! Esa mujer solamente mostraba un defecto que permanecía casi oculto por falta de ocasión para revelarse, sólo mostraba cier-

ta inocente coquetería, afición á las modas elegantes; pero la cortedad de sus recursos y la falta de relaciones capaces de estimular aquella propensión, la habían librado del peligro. En virtud de la inteligente y constante laboriosidad de su marido en su honrosa profesión, los recursos se aumentan, las relaciones se extienden; el haber frecuentado algunas casas suntuosas hace que ésta mujer encuentre la suya *demasiado sencilla*, y el elegante porte de sus nuevos conocimientos le hace sentir lo atrasada que se halla bajo este último respecto. Su propensión natural se despierta, se exalta, se sobrepone á la razón, subyuga á la voluntad; su sencillez de buen gusto, bien entendida y sin pretensión, cede su lugar al lujo amanerado—á veces molesto y siempre oneroso—á la afectación tanto más ridícula cuanto que nunca es más que insignificante copia de la magnificencia que vanamente se ha querido imitar. Preocupada ya con sus relaciones y con la idea de distinguirse entre ellas, esa mujer cuida menos del orden de su casa y de la economía de sus gastos, los cuales toman un incremento alarmante, porque exceden á la razonable cifra de su presupuesto. El marido nota que su trabajo, aun llevado hasta la fatiga, no puede ya bastar para sostener dispendios que ocasionan mucho daño á la familia, sacrificando, por las vanidades de lo su-

perfluo, las exigencias de lo estrictamente necesario. El buen hombre hace observaciones prudentes y comedidas; esfuérsase su mujer por persuadirle de que se engaña, y de que en su posición, y por su interés, lo que él considera necesidad ficticia no es otra cosa que un sacrificio indispensable á lo conveniente para el porvenir; y en un traje, en un baile ó en un banquete, se gasta la suma de dinero suficiente para vivir con decoro esa familia, durante tres ó cuatro meses. Insiste el marido, no ya solamente con razón sino también con firmeza severa; quéjase la mujer en favor de la locura, llora y se considera desgraciada. Indispónense. El termómetro de los afectos baja, el barómetro de la de la buena inteligencia marca tempestad; y en semejante casa, como en toda nación donde reina la discordia, la prosperidad se imposibilita, el bienestar se disminuye y la felicidad se desvanece como un sueño.

Esa mujer, contenida por sus principios religiosos (que aunque no bastante comprendidos, serán un freno saludable), no cometerá faltas graves contra el honor; pero ¿no es nada haber comprometido el porvenir de sus hijos, haber hecho desgraciado á un estimable hombre que la amaba, haber sacrificado, por vano goce de amor propio egoista, la felicidad de la vida íntima, esa felicidad que sólo

deja en el corazón que la pierde, un vacío que ninguna satisfacción puede llenar? Pero si la religión no se manifiesta con su protectora intervención en esa casa devorada por los abusos del lujo, entonces introdúcense en ella, como consecuencias fatales de estos excesos, el crimen y la depravación: para que la mujer sostenga su fausto, el marido comete dilapidaciones y estafas, no sin las mayores probabilidades de verse en reclusión forzada ¡Pobres hijos condenados por tan indignos padres á la vergüenza y á la miseria!

*
* *

En las clases sociales inferiores, la creación de ciertas necesidades ficticias y el anhelo de distinguirse por los adornos exteriores, acarrearán desórdenes funestos al individuo, á la familia y á la sociedad. Consecuencias inevitables de estas fatales condiciones son: confusión gerárquica de personas que, por elevarse á un rango que no les corresponde, producen perturbaciones, dejando abandonados los puestos en que hubieran debido permanecer; corruptores hábitos de ociosidad y disipación, y gastos ruinosos que suelen promover, como único

medio de soportarlos, el desarrollo de industrias ilícitas. Con desordenado afán por satisfacer necesidades imaginarias que son peligrosas por sus pérfidas insinuaciones, el criado roba á su amo, el obrero engaña á su patrón; y la mentira, la mala fé, los abusos de confianza, las estafas y las inmoralidades de todo género hacen lo demás. Infiérase lo que será una sociedad en que abunden esos seres miserables y corrompidos, para quienes el vicio y el crimen han llegado á ser horriblemente necesarios

Si algún optimista irreflexivo encuentra exageración en este cuadro, indague cuáles son las causas ordinarias de los delitos; y reconocerá que, bajo este respecto, nuestro bosquejo está todavía muy distante de la realidad.

Sigamos por un momento á ese obrero que antes era honrado y laborioso; observémoslo en las principales fases de su degradación física y moral, bajo la poderosa influencia que combatimos. Mancebo todavía y sin experiencia, escucha malos consejos y se deja conducir, por ejemplos seductores, á las tabernas donde se bebe, se baila y se pasa vida alegre; desde entonces surgen las necesidades ficticias del vino y los licores, y las del bien parecer por la calidad de las prendas de vestir, pero en igual proporción se pierden los hábitos de orden,

trabajo y buena conducta. El patrón, en vista de tan deplorable extravío, hace observaciones justas y da prudentes consejos. Éstos y aquellas son recibidos con calma, porque todavía no atacan un mal incurable; pero como el mal hace progresos cada día, los consejos no tardan en ser escuchados con enojo; el descontento por un lado y la insubordinación por otro llegan á los extremos; las infidelidades complican esta insoportable situación, y el culpable obrero es definitivamente despedido. Tan malos antecedentes le cierran todas las casas en que se mantienen debidamente el orden, el trabajo asídúo y la moralidad, y sólo es admitido en algunos de los talleres donde el contacto de obreros tan mal reputados como él, lejos de encaminarle por buena senda, le lleva á consumir su perdición. Sucesivamente expulsado aun de los establecimientos que más toleran á los jornaleros viciados, llega á no tener medio alguno de satisfacer sus muchas necesidades. En adelante, los actos de más vil degradación serán sus últimos y criminales recursos. ¡Le dejaremos en manos de la justicia, por no seguirle hasta su expiación! . . .

*
* *

Veamos á ese sirviente cuidadoso, atento, con-

cienzudo en su trabajo; aseado, pero sencillo en su porte; estimado, bien visto y benévola mente tratado por sus amos; feliz en el presente y contando con alcanzar porvenir halagüeño, merced á lo positivo de sus economías y á la firmeza de sus principios morales. Si por desgracia llega á violar alguno de estos principios, comprometerá su porvenir, destruirá su felicidad y pondrá en lugar de estos bienes la miseria y la deshonra. Por lamentable fatalidad, entra en relaciones con lacayos serviles y groseros, imitadores de cuantos defectos observan en sus amos; deslumbrado por el oropel, nuestro cándido mozo encuentra corto su salario, mezquina su ropa, ínfima su posición, esclava y monótona su vida; y sin reflexionar que codicia una vida menos libre y más servil, y una posición no mejor considerada, y la librea de la servidumbre, y un aumento de remuneración penosamente adquirido, se embriaga de ilusiones, arriesga su presente y va á perder su porvenir; pues en adelante estará más atento al cuidado de su persona y á la satisfacción de su vanidad, que al cumplimiento de sus obligaciones; excitará cada día más el descontento de sus amos, se hará insoportable y será despedido. Pero, gracias á la imprevisión de otros amos y á la absoluta carencia de ordenanza relativa al servicio doméstico, se halla en otra condición más

conforme con sus nuevos gustos; ya viste librea y recorre sucesivamente todos los grados de su oficio, sin mostrar verdadera adhesión á sus amos. A cada ascenso que se le concede, su moralidad desciende; y en medio de abusos de todo género y de frecuentes veladas, su corrupción avanza, su salud se quebranta y su incapacidad para el servicio se manifiesta: el amo que lo tomó ayer como cosa de uso, lo echa hoy como cosa inútil. ¡Un hospital es el asilo del sirviente caído en su carrera de imprevisión, sin haber hecho ahorro alguno; y allí recibe los últimos socorros de la caridad pública, y revela su pesar por haber abandonado la vía del orden, de la economía y de la estimación, para seguir la escabrosa senda de la corrupción, del desprecio y de la miseria!

*
* *

Contemplemos, por último, á esa joven hija de una honrada familia artesana. Acaba de dejar la tutela de su madre, para trabajar en un oficio poco lucrativo, pero lo bastante para la satisfacción de razonables deseos y de necesidades poco costosas. Desde que llega á ser oficiala, suele reunirse con mujeres en situación semejante, pero con más me-

dios, con mejores salarios; todas éstas tienen sortijas, todas se adornan con uno ó muchos dijes; nuestra joven observa lo que ella se diferencia de las demás, y su vanidad padece: desde entonces sólo piensa en los medios de satisfacer su naciente ambición de ponerse al nivel de sus amigas. Más de una vez, la seducción, siempre en vía de explotar la afición al lujo, hace criminales tentativas; la joven, garantizada por sus principios, no sucumbirá, pero su trabajo, ya muy penoso, sólo basta para lo necesario. ¿Cómo costear lo superfluo? Un medio resta: el de prolongar el trabajo, en veladas: este medio responde favorablemente á su fin, y la nueva oficiala llega á tener dijes; pero estos adornos, unidos á las gracias naturales de ella, no hacen más que aumentar las dificultades, porque ahora ve que sus vestidos no están en armonía con el nuevo lujo, y que es indispensable adquirir otros de más precio: nuevamente tiene valor para recurrir á su primer medio. Empero como sus fuerzas no pueden crecer á medida de los trabajos necesarios para obtener los objetos de sus deseos vanidosos, la salud se altera: una enfermedad consuntiva se declara: es necesario, ¡ay!, dejar el trabajo, para recibir en la casa paterna los últimos auxilios. ¡Cesa, oh buena madre, cesa de llorar á tu hija, considera que la vanidad que la mata, hubiera podido deshonrarla!



EL SERVICIO DOMÉSTICO

Sabido es que los criados componen una clase numerosa que, penetrando en casi todo el cuerpo social, ejerce considerable influencia en el bienestar ó en el malestar de muchas familias; pero aunque los hechos relativos á este importante asunto sean tan conocidos, debemos considerarlos detenidamente.

Ofrécese un criado á una familia, y con informes incompletos, ordinariamente falsos, las más de las veces dictados por la pusilanimidad de una discreción mal entendida, y más generalmente aun sin ningún informe, el sirviente es admitido, mediante un convenio verbal, sin formalidades que aseguren el cumplimiento de lo estipulado. Al entrar en la casa, toma á su cargo el manejo de

objetos, entre los cuales hay algunos de mucho precio; hace para sus amos, compras sin intervención posible, y se inicia en la vida íntima y aun en los secretos de la familia. Todo lo cual no es nada todavía; pues en gran número de casas el cuidado que los niños necesitan está completamente abandonado al arbitrio de sirvientes, cuya moralidad no es siempre intachable. Ahora bien: si consideramos la dificultad de obtener informes seguros acerca de un hombre que quizá es desertor de presidio, ó de una mujer que debería estar recluida en un establecimiento correccional, ¿podremos contemplar tranquilamente este estado de cosas en medio del cual vivimos? Estas consideraciones no son imaginarias, no están dictadas por temores quiméricos; se trata de hechos consumados. No es necesario describir esos aflictivos cuadros de crímenes que sirvientes pérfidos y alevosos ofrecen de vez en cuando á la sociedad, llenándola de indignación y horror; ni citar ejemplos de hogares saqueados por domésticos infieles que habían sido ya penados por los tribunales; matrimonios divididos por calumnias de un sirviente, muchas veces culpable de semejante delito; personas jóvenes desviadas del sendero de la virtud y del honor, por sugerencias venales de seres perversos y degradados. Los hechos son tantos

y de naturaleza tal, que no basta que la ley castigue severamente los crímenes que algunos malos criados perpetran; pues así sólo se consigue remediar este mal que debería prevenir también.

En las conversaciones familiares, nada es tan común como tratar de las dificultades que ofrece el asegurar la regularidad del servicio doméstico, aun gastando mucho dinero; y casi todos los amos están acordes en que los criados son, por lo general, una plaga de las familias, porque de la mala voluntad de éstos y de su licenciosa conducta depende mucho la falta de orden y economía en la administración doméstica. Doloroso es que los amos, aun con las mejores disposiciones para hacer felices á sus criados, tengan enemigos peligrosos en los criados mismos. Si investigamos el origen de este hecho tan común por desgracia, lo hallamos en un cúmulo de circunstancias, entre las cuales descuellan: el egoismo, la venalidad, la afición al lujo, el deseo de conseguir una mal entendida independencia, la inestabilidad caprichosa, la pereza, la disipación, la ignorancia, la insubordinación, el error, la depravación, y, sobre todo, en fin, la carencia más ó menos completa de principios morales y religiosos.

*
* *

Reconocemos que los criados han nacido con gérmenes de facultades y de disposiciones tan buenas como las de los individuos de las clases superiores; pero carecen de educación suficiente para desarrollarlas según sus aptitudes y necesidades. Es verdad que los amos no hacen siempre todo lo necesario para encaminar á sus sirvientes, por la senda del bien; y vamos á probar esta aserción, porque no hemos incurrido en el error y en la injusticia de pensar que todos los defectos de este orden de cosas se hallan en un mismo lado.

Quéjense muchas personas, con no poca razón, por la falta de celo y de estabilidad de sus criados; nosotros vemos una causa de esas malas condiciones en el censurable proceder de ciertos amos que buscan á los criados—á quien suponen á propósito para el servicio—aun en las casas en que están colocados, y, para que las dejen, les presentan el aliciente de ganar mejores salarios; hemos extrañado esta deplorable conducta en personas que se consideran distinguidas por su educación, delicadeza y rectos procederes. ¿No es eso poner á prueba de dinero la lealtad y adhesión de los sirvientes? ¿No es eso habituarlos á no ver otro

motivo en sus preferencias, ni otro móvil en sus acciones, que el amor del lucro, fuera de todo lo que es afecto, moralidad y virtud? ¿No es eso, en fin, envilecerlos, rebajándolos hasta la condición de una mercancía que se entrega al último pujador? Además, con tan viciosa manera de obrar se hace absolutamente imposible obtener informes sobre la conducta y cualidades del sujeto; en efecto, ¿cómo pedirlos al amo del sirviente que ha sido sobornado, qué garantías puede ofrecer éste, qué lazos morales le unirán á la familia? Antiguamente el servicio doméstico era, más que oficio, un lazo moral; el criado se unía á su amo, como la yedra al árbol; profesábale un afecto que á veces llegaba á la abnegación; formaba, por decirlo así, parte de la familia; entraba en la casa, siendo joven aún, y no salía de ella hasta la muerte. Actualmente, el criado no está unido al amo por ningún lazo, ni siquiera por el del interés material; espera siempre ganar más en cambio de trabajo menos obligatorio; recibe sólo en dinero lo que en otro tiempo recibía en atenciones y buenos tratamientos; vive con egoísmo, y, por una consecuencia necesaria, se queda aislado, sin apoyo ni consuelo en la vejez, y muere en la tristeza que la imprevisión lleva en pos de sí.

El servicio doméstico se halla constantemente

vituperado por la opinión pública, y no sabe granjearse títulos de consideración social; pero esa vituperación es justa; porque son rarísimos los criados que tienen carácter sencillo y serio: ordinariamente se les ve afectar, imitando á los amos fátuos y orgullosos, un aire de superioridad ridículo y grotesco. A veces la importancia de las casas en que sirven, los magníficos trenes cuyo manejo se les confía y la riqueza de las libreas son los motivos con que se creen superiores á los modestos sirvientes sin escarapela, y aun á los artesanos no tan bien alimentados y vestidos. A muchos de esos satélites de la opulencia, vemos erguirse con orgullo en la trasera de los carruajes de sus amos; y sean caballerizos, cocheros, lacayos ó *jockeys*, todos ostentan con sus posturas estudiadas las mismas pretensiones. Los criados de las casas opulentas, rodeados de un lujo para el cual no han sido educados, y en moradas suntuosas donde son los principales muebles, se impregnan de muchos vicios de la civilización, imitando los defectos de sus amos, sin tener las virtudes ni la gracia de éstos.



No tolerar á los criados ningún acto contrario á

las buenas costumbres debe ser regla severamente aplicada en el gobierno doméstico. Hay sirvientes muy hábiles para hacerse perdonar su corrupción, en gracia á sus cualidades agradables ó á la sagacidad con que saben lisonjear los caprichos de sus amos, y manejarse de manera que siempre se tenga cierta tendencia á no mirar sus faltas ó á traspasar los límites de una razonable indulgencia. Ninguna ama de casa puede obrar con tal tendencia, sin desentenderse del importantísimo deber social que vamos á considerar.

Los jefes de familia son responsables de la autoridad que ejercen sobre sus subordinados, y deben tener siempre presente que del buen ejercicio de esa autoridad depende mucho el bienestar de la sociedad. En efecto, ¿qué es la sociedad sino un conjunto de familias que se proponen alcanzar unos mismos fines, por vivir bajo unas mismas leyes? Si cada familia guardase vivas en su seno las tradiciones conservadoras del orden moral, la tarea de los gobiernos quedaría muy simplificada, y la reforma de las costumbres se efectuaría por sí misma, sin inquietudes ni perturbaciones. Declámase, elocuentemente sin duda, sobre la corrupción de nuestro siglo, sobre los sufrimientos de la gente pobre, sobre la falta de armonía entre las diferentes clases sociales; mas nadie cuida de ata-

car el origen de estos males; es decir, se olvida á la familia—realidad viviente y manejable — para ocuparse en abstracciones ilusorias. Esta manera de obrar se comprende bien: nada más fácil que declararse, en general, partidario de las reformas sociales, lo cual no molesta ni impone sacrificio alguno: esperando que la sociedad se corrija, hay muchas personas que no estiman necesario ocuparse en los mejoramientos positivos que la moral impone. En el círculo de la familia se deberían reconcentrar los esfuerzos para realizar las buenas intenciones que tanto se vociferan. Así se obraría si se tuviera un verdadero deseo de realizar el bien, y una idea concreta del progreso moral; mas nunca se han suscitado tantas cuestiones sobre reformas, como en nuestra época, y nunca se ha tenido más antipatía hacia aquellas que la necesidad reclama con más urgencia, pero que exigirían celo y energía constantes.

La energía es la cualidad de que más carecen muchas señoras que comprenden bien la necesidad de reformar la sociedad, reformando las costumbres domésticas. La naturaleza de las mujeres les aconseja proceder siempre, valiéndose de la insinuación y la dulzura; medios excelentes, sin duda, pero insuficientes en algunos casos y para ciertos caracteres. «Sí queréis paz, preparaos para la guerra»

debe ser máxima de todo gobierno. La persona que carece de energía y siempre muestra dulzura, es incapaz de gobernar una casa.

*
* *

Uno de los defectos más difíciles de ocultar es la debilidad del carácter, y hay criados que la explotan hábilmente: cuando no pueden hacer su negocio con la lisonja, procuran imponer sus deseos, guardándose muy bien de manifestar desde luego las exigencias que ellos se proponen hacer aceptar, y poco á poco van realizando aun sus caprichos. Llega un momento en que casi consiguen ser amos de la casa; toda la familia soporta, murmurando, esta autoridad usurpada, á la cual ha dado nacimiento la debilidad de la señora de la casa; y no es difícil comprender que un hogar en que pasan tales abusos, está entregado á las leyes del capricho y á las agitaciones de la anarquía; pues un poder cuyo derecho es tan absurdo, levanta siempre resistencias y recriminaciones. Preciso es, por lo tanto, precaverse contra las consecuencias de la debilidad, y, para evitarlas, no tolerar á los criados ningún acto que tenga viso de predominio; pues como la naturaleza humana no tiene inclinación á la de-

pendencia, emplea todos los medios de evadirla, y requiere, bajo este respecto, vigilancia infatigable; pero esta vigilancia, ¿no es parte esencial de las obligaciones de toda ama de casa?

Algunas señoras caen en un inconveniente contrario al que acabamos de indicar: se creen obligadas á ejecutar incesantemente actos de autoridad, y se figurarían haber perdido su tiempo, si á cada momento no hubieran atormentado á sus criados, impuesto á uno cualquier contrariedad inútil ó dicho á otro algunas palabras picantes. Tales señoras creen que es energía ese espíritu enredador, y se inflan de autoridad, haciéndose insoportables; para ellas, todas las faltas son iguales: una sirvienta que haya ajado una cinta, es tan culpable como un ladrón. ¿Debemos decir lo que pensamos de semejante manera de gobernar? Toda mujer de carácter verdaderamente delicado sabe preservarse de la exageración; se guarda de tratar como faltas graves las infracciones leves ó flaquezas perdonables, de las que no están exentas las personas de mejor índole, y procura gobernar conciliando la dulzura con la energía, pues esta última no le impedirá conservar en sus hábitos de mando la cortesanía que las personas bien educadas no olvidan en ninguna circunstancia. Generalmente, se procura no revelar defectos y caprichos. Para disimularlos, se suele

emplear una sutileza muy perseverante; y aun no se escatima fingir buenas cualidades, para gozar de reputación superior á los merecimientos; pero muchas personas creen poder mostrarse casi tales como son, á sus criados, y no tomar, respecto de ellos, ninguna especie de precauciones. ¿No deberían reflexionar que tal exceso de franqueza compromete singularmente el ejercicio y las prerrogativas de la autoridad? Ostentando defectos, ¿se podrá obtener respeto y obediencia? Con harta facilidad, olvídense que es indispensable rodear de prestigio al poder, y que sus subordinados conserven ciertas ilusiones para aceptarlo. No mantener en ellos tales ilusiones, ó hacer lo que pueda desvanecerlas, es obrar con mucha ligereza. Nunca hay razón para enorgullecerse de tener defectos, y no vemos por qué se ha de hacer ostentación de ellos á los ojos de los criados; más juicioso sería avergonzarse y hacer por corregirse.

*
* *

No es muy común el saber precaverse de los impetuosos arranques que la cólera inspira, ni son pocas las personas que confiesan tener mal genio, y hallan el secreto de convertirlo en una gracia, presentándolo como prueba de que poseen buen cora-

zón. Pero, ¿hay algún mal genio que ofrezca ventaja para gobernar una casa? Por accesos de ira, se puede perder el fruto de muchos esfuerzos y de cálculos prudentes. En efecto, señoras de mal genio, la cólera os quita todo sentimiento de prudencia y circunspección, traiciona vuestros secretos, os lleva á revelar vuestras antipatías. ¿Hay gobierno posible con esas explosiones que destruyen en algunos momentos los proyectos mejor combinados? Para dar pruebas de tener buen corazón, ¿es necesario comprometer la paz doméstica? Esos excelentes corazones ofenden á diestro y siniestro, haciendo heridas dolorosas, cuando la ira los ciega. Por eso, cada día perdéis una relación amable, un criado fiel, una amiga verdadera; y el vacío que os van dejando crece sin cesar, y en vez de comprender vosotras la causa de esto, declamais con enfado contra la ingratitude y la inconstancia de todo el mundo. ¡Pobre género humano, cuántas veces lo hacemos responsable de nuestras imperfecciones, cuántas veces recurrimos á ilusorias abstracciones por librarnos de confesar que hemos carecido de paciencia, de generosidad ó de alguna otra virtud!

Los caprichos se deben evitar con tanto cuidado como las violencias, porque nada es menos propio para dirigir el servicio doméstico, que un carácter demasiado impresionable que en un momento pasa

de la tristeza á la alegría, de la irritación al entusiasmo. ¿Como quereis, señoras caprichosas, que vuestros criados se habitúen á respetar vuestra voluntad y á considerarla razonable, cuando ven que es más móvil que el viento? Si observan que motivos frívolos, impresiones fugaces, sentimientos infundados constituyen la regla de vuestros mandatos, nunca reconocerán en vosotras el poder regular, imparcial y firme que debe presidir los destinos de la familia: vosotras mismas no vereis sus buenas cualidades y sus defectos sino por el prisma de vuestra viva imaginación. Os llegais á figurar que uno de vuestros criados es un tesoro de virtudes, un sér dotado de las cualidades intelectuales y morales que en él necesitais: sólo él es capaz de comprenderos, de secundar vuestras miras, de adivinar vuestras intenciones: siempre se arregla de manera, que os evita muchos fastidios: lee en vuestras miradas, penetra en la significación de ellas. Las cosas siguen así, mientras las estáis viendo de color de rosa; pero, desgraciadamente, algunos dias después, todo lo veréis negro: la persona cuyos servicios encontrabais tan buenos se os hace repentinamente insoportable: os choca la torpeza de sus maneras, le suponeis quizá malos designios, su fisonomía no os expresa ya honradez, y os inclináis á creer que es un enemigo, por lo menos, contra vuestro bolsillo.

Con ese humor caprichoso y vagabundo, que se lanza afuera de la realidad y aun de lo posible, no se puede tener para los criados la conveniente equidad, y se suele carecer también del reconocimiento á que son acreedores por sus servicios meritorios.

Esta palabra *reconocimiento*, á propósito de servicios prestados por los criados, quizá no sonará bien á ciertos oídos; pero la empleamos con intención deliberada, porque creemos que es, en algunos casos, la expresión propia del sentimiento que se debe experimentar. En efecto, si bien es cierto que hay muchos corazones mercenarios, exclusivamente subordinados á sentimientos bajos é interesados, hay también almas generosas que nunca creen hacer bastante para cumplir con las obligaciones que esta nobleza natural les impone. Los sirvientes que tienen tal carácter, se identifican con sus amos, compartiendo con estos sus alegrías y sus pesares. ¡Dichosas las casas que están servidas por semejantes criados! Pero sus amos ¿deben dispensarse de profesarles reconocimiento, considerándolos como sirvientes vulgares? ¿Quién se atrevería á sostener tal tesis? La persona que quisiera sustentarla, merecería tener en su casa algunos de esos seres mercenarios que jamás ven en cualquier amo sino un enemigo que maldecir, ó una buena presa que devorar.

*
* *

Las anomalías que hemos expuesto tienen un origen común: la ignorancia ó el olvido de las obligaciones recíprocas entre amos y criados. Vamos á formularlas en resúmen.

Respecto á los amos: miramientos debidos á la desgracia y justamente reclamados por esa clase desheredada de los favores de la fortuna, y obligada á subvenir á sus primeras necesidades, sacrificando su independencia y sometiéndose á las imposiciones de un trabajo penoso; dulzura sin familiaridad, en el mandato; bondad sin debilidad; equidad en las alabanzas como en las reprensiones, en las recompensas como en los correctivos; enseñanza del buen ejemplo; vigilancia paternal contra las malas inclinaciones de los que por falta de educación no pueden imponer un freno saludable á sus pasiones; verdadero sentimiento de gratitud hacia los buenos servicios, y no olvidar jamás que la suerte que condena á un ser humano al servicio doméstico, es bastante dura por sí sola, sin que el amo la agrave con orgullo y malos tratamientos. Tales son las principales obligaciones naturales de los amos para con sus criados, no solo durante la actividad de éstos, sino también en la época en que el viejo sirviente

necesita hallar la digna recompensa que por su celo, lealtad y constancia merece.

Respecto á los criados: profundo respeto á la casa que los recibe; dedicarse constantemente á la persona y á los intereses de su amo, que los trata con benevolencia; fidelidad concienzuda; exactitud habitual en el servicio; economía en todo manejo de dinero ó de objetos que se les confíe; discreción á toda prueba respecto á los secretos de familia, de los cuales son, casi necesariamente, depositarios; sumisión dulce y reflexiva á las voluntades de los que les deben mandar, en todo lo concerniente al servicio; cuidados afectuosos para con los niños á quien deban custodiar; moralidad escrupulosa y decencia invariable en toda clase de relaciones, y sobre todo en las de este último género: cualquier falta á la confianza que en su moralidad depositan los padres, debe ser considerada como crimen. Tales son las obligaciones de los criados para con sus amos.

Si unos y otros sintiesen en el fondo del corazón la importancia de sus respectivas obligaciones, si por convicción y por virtud las cumpliesen religiosamente, se vería' reinar el afecto y la estimación entre amos y criados, porque cada uno hallaría en su conciencia el móvil de una conveniente reciprocidad de cuidados y atenciones.



ASUNTOS DE EDUCACIÓN

LA FAMILIA, EL ESTADO Y LOS MAESTROS

Viene al mundo un niño, y en su delicadísimo cuerpo se encierra un alma que ha de abrirse á la luz de la verdad, como el botón de una flor á los rayos solares. No nos acerquemos á su cuna, sino con respeto y ternura: el recién nacido se halla dulcemente entre la mirada de Dios, que le protege, y la materna sonrisa que le acaricia. ¿Quién se encargará de educarle? La madre, en primer lugar; la madre, que se halla indemnizada de lo difícil y penoso de su misión, por uno de los preciosos dones que el Creador le hizo: el más desinteresado de todos los amores, el amor maternal, sentimiento tan lleno de abnegación, que si el hombre en su

juventud mira al mundo, puede dudar de la mujer, pero cuando mira á su madre, no duda. Si se nos pidiera una prueba de la deliciosa recompensa que se halla reservada para los solícitos cuidados de la maternidad, recomendaríamos un momento de meditación sobre este hecho: «Preguntó un niño á su madre: ¿Qué es el alma? . . . La madre vaciló, pero el niño reflexionó, y, de repente, dijo: Ya lo sé, mamá, *es con lo que yo te amo*»

No hay que dudarle: la madre es el educador por excelencia; sin embargo, no es infalible, y hasta puede llegar á ser—lo diremos, aunque la palabra es dura—corruptora de sus hijos. Reflexiónenlo bien las madres: esta primera educación produce buenos ó malos resultados, según ellas escuchen la voz de la razón, ó las funestas insinuaciones de una ciega ternura, según dirijan con acierto á sus hijos, ó los mimen indiscretamente. Toda primera educación que no emane de una madre verdaderamente digna de éste venerable título, tiene grandes probabilidades de no alcanzar buenos fines. La educación, conforme á los designios del Creador, es continuación de la obra divina, y, por lo tanto, la más excelente de las obras humanas: Dios no ha hecho ministros de su Providencia á los padres, sólo para que den á sus hijos la vida material, sino también para que cultiven y desarrollen en éstos todas las

facultades y sentimientos constituyentes de la naturaleza y dignidad humana. Por eso el padre y la madre son los maestros primeros, los maestros naturales, los maestros providenciales de sus hijos.

*
* *

Los maestros titulares deben considerarse como *delegados*. Aun los que con la más generosa vocación se dedican á tan noble cargo y son elegidos como dignos, no tienen como tales ningún natural derecho á educar niños ajenos; no pueden ser asociados á la autoridad del padre y de la madre, sino por voluntad de éstos; no tienen ni pueden tener autoridad, sino delegada por aquellos á quien pertenece naturalmente por un derecho primitivo. De aquí que ningún poder público tiene derecho á imponer un maestro ó maestra á un niño ó niña, contra la voluntad de sus padres; en tanto que la autoridad de éstos no prevarique, debe ser religiosamente respetada; pues no es posible, sin una pretensión criminalmente tiránica, imponer condiciones y reglas al padre de familia, sobre la manera de dirigir su casa y educar á sus hijos. La educación debe ser esencialmente obra de la familia, hasta que esta llegue á excitar bastante en el corazón del niño los

sentimientos que no pueden cultivarse bajo otras influencias y que son los únicos gérmenes de todas las virtudes sociales. Sólo entonces podrá comenzar con ventaja la enseñanza escolar. Y estando la educación de cada varón, durante su infancia, y la educación de cada niña, hasta que llega á ser esposa, casi exclusivamente á cargo de los padres, el Estado tiene que desempeñar en este asunto solamente un papel muy secundario y de mera vigilancia; pues el ejercicio de su respectivo derecho empieza donde los abusos de esta educación son ilegales y necesitan represión. Si la educación doméstica se extralimitase, apareciendo ostensiblemente funesta para la niñez y ultrajando á la moral, el Estado tendría no sólo el derecho sino la obligación de refrenar el mal y prevenir las consecuencias que pudieran producirse en daño de la familia y de la sociedad.

La educación que se da en el seno de la familia, no está, como la educación escolar, bajo la acción inmediata y positiva ni bajo la inspección directa del Estado: la autoridad de los padres y la libertad individual no son compatibles con la intervención del Gobierno, en todas las circunstancias ordinarias; mas si bien es cierto que el domicilio del ciudadano honrado (el hogar doméstico donde todo está en orden), debe ser inviolable, el Estado tiene el dere-

cho—lo diremos mejor—la sagrada obligación de que su mirada penetre en todas partes donde la educación de las nuevas generaciones sea depravada, donde las malas pasiones promuevan el desorden y propendan á pervertir las instituciones sociales.

*
* *

En la enseñanza privada, es decir, en la que se efectúa bajo la responsabilidad de maestros independientes del Estado, éste debe hacer más todavía: no esperar á que el mal se produzca, para combatirlo, sino prevenirlo por medios suficientes. Tanto respecto á la enseñanza pública como á la enseñanza privada, la acción del Estado debe ser diligente y esmerada, si ha de tener importancia incontestable para el porvenir, el orden y la estabilidad del cuerpo social. Para la enseñanza de los futuros ciudadanos, el Estado debe garantizar la moralidad, la aptitud y la buena influencia de los maestros; pues si permitiera que semillas corrompidas, ó viciosas por su naturaleza ó por la mano que las ofrece, fueran sembradas en el campo social, pronto vería crecer plantas venenosas y árboles cargados de malos frutos. Sin el apoyo de una buena educación, sin discernimiento en la formación y elección de maes-

tros y sin el desarrollo conveniente, la enseñanza, que siempre es arma formidable por su temple, podría ser tan fatal para el Estado que la dirija ó la intervenga, como para los ciudadanos que la hayan recibido. Y la educación que obra por los cuidados sucesivos de la madre, el padre y los maestros, no cesa bajo la influencia de las relaciones sociales y de las leyes; pues el sér humano la continúa por sí mismo durante el curso de su vida, con resultados muy diferentes, según las razones habituales é íntimas y según la sabiduría, vigor y justicia de las mismas leyes.

Hacer de la criatura humana lo que pueda y deba ser en circunstancias dadas, es el importante problema que á resolverlo están llamados, no solamente el legislador y la madre y el padre y el maestro, sino también el educando; pues desde que éste sabe usar de su reflexión y puede gobernar á su voluntad, está habilitado para educarse á sí mismo. La única diferencia que hay entre este *educador* y todos los demás, consiste en que aquellos llegan á emanciparse de la obligación de darnos educación, cesan de ser de derecho nuestros directores, mientras que nosotros estamos obligados, desde que podemos, á perfeccionarnos, y por consiguiente á educarnos hasta nuestra última hora.



LOS PRIMEROS DERECHOS DE LOS PADRES

Los filósofos que han pretendido que los niños sean separados de la familia, para confiarlos al Estado, han cometido un craso error; pues semejante aspiración tiende á imponer á la sociedad un gravamen oneroso, del cual no podría ser responsable. El Estado no tiene derecho absoluto á disponer de los niños, porque no está ligado á ellos por ningun lazo afectivo, ni puede ofrecerles garantías suficientes, ni prestarles solicitud que no sea vaga y general, ya que no parcial en favor de aquellos de quien esperase más ventajas.

A los padres corresponde tener á su cargo al niño, pues sin ellos no hubiera existido; mas, por lo mismo, este deber les crea un derecho, porque ¿cómo serían responsables del ser á quien han dado vida, si

no pudiesen disponer de él hasta cierto punto? Entre los padres y sus niños hay un lazo físico y un lazo afectivo y un lazo racional; ninguna otra autoridad se funda en principios más naturales, ninguna es más necesaria, ninguna ofrece mayores garantías. Pero los padres tienen, respecto á sus niños, derecho de autoridad, no derecho de propiedad. En Roma fué abuso de la autoridad paterna el derecho de enajenar á los hijos, de disponer de ellos como de cosas. El poder del padre está limitado por los derechos del niño: fuera de lo que es requerido por la existencia física, intelectual y moral del hijo, nada puede el padre. En aquel exorbitante derecho con que el padre podía condenar á sus hijos á esclavitud y aun á muerte, estaba confundido el poder paterno con la magistratura judicial: el padre no representa á la sociedad sino al niño, porque es la razón del mismo niño; y ni la familia debe usurpar el gobierno del Estado, ni el Estado el gobierno de la familia. La ley ha tenido razón al destruir aquella mal entendida autoridad que era de juez, en vez de ser de verdadero padre; y si bien es verdad que el ejercicio de la autoridad paterna se ha hecho por lo mismo más difícil, no es menos cierto que el padre debe ser respetado en consideración al carácter de su autoridad legítima.

*
* *

La doctrina que pretende arrancar de la familia á los niños, para darlos al Estado, es por todo extremo absurda é irritante, cuando se considera la relación de la madre con el hijo. El que ella con fatiga ha llevado en su seno, y dado á luz con peligros y dolores; el ser por el cual ha sacrificado su frescura, su belleza y su salud quizás, ¿á quién pertenece sino á su madre? La sociedad, ¿se tomaría los mismos cuidados, haría iguales sacrificios, sabría olvidarse á sí misma, tendría semejante condescendencia por la debilidad del niño? La naturaleza, al poner en el pecho materno el primer alimento del niño, ¿no ha establecido una relación tan manifiesta que hace incontestables los derechos de la madre? Sostener que la lactancia no ha sido destinada por la naturaleza á cada niño recién nacido, sino que debe ser indistintamente distribuida á todas las criaturas, hasta cierta edad, por orden y por elección del Estado; reducir así á la mujer, como madre, á la condición de funcionario público, es una idea bárbara y cruel que no podemos perdonar al insigne filósofo Platón.

Y aquí se nos presenta la gran cuestión de sa-

ber sí las madres deben amamantar á sus hijos, cuestión que algunos moralistas ilustres han sostenido afirmativamente, con gran elocuencia, aunque no sin encontrar cierta oposición algo fundada. Si bien la moral continúa abogando por la lactancia materna, la medicina por su parte no le es muy favorable, respecto á las condiciones personales en que cierta delicadez de organización, una vida demasiado sedentaria, mucha viveza de imaginación y una sensibilidad excesiva suelen hacer peligroso para el niño el alimento que una naturaleza viciada le ofrece en la madre. Felizmente, la moral y la medicina pueden entenderse, porque, por una parte, sería absurdo exigir—en nombre de la moral—que un manantial de vida llegase á ser manantial de muerte; y, por otra parte, la medicina, hablando en nombre de la salud, no debe obrar contra la naturaleza, que exige que la madre dé su leche al hijo de sus entrañas, siempre que físicamente pueda, allanando cuantas dificultades encuentre en su posición social ó en sus hábitos: si su salud lo permite, la madre debe superar los obstáculos exteriores que le contraríen el cumplimiento de tan sagrado deber.

Pero hay en ella dos cosas: la leche de la nutriz y el amor maternal. Amamantar no es la parte más importante de los deberes de la madre: hay

muchas mujeres que son buenas nodrizas y medianas madres, porque tienen llenos los pechos y vacío el corazón; en cambio las hay que son malas nutrices y muy buenas madres, que aman entrañablemente á su nene, que se entusiasman hasta el delirio, al contemplar las primeras sonrisas de la criatura, las primeras gracias infantiles, y que sólo ceden á la nodriza la lactancia, guardando para sí todos los demás cuidados—cuidados nobilísimos, porque constituyen un gran deber pacientemente cumplido—Pero ¿necesitamos decir que es deber lo que es placer tan grato, puesto que más necesario es contener que estimular la abnegación de toda buena madre? A la que olvidase que tales cuidados son placeres, sería menester recordarle que son deberes.



CÓMO HA DE INICIAR LA MADRE Á SUS HIJOS
EN EL CONOCIMIENTO DE LO QUE DEBEMOS
Á DIOS.

La primer idea religiosa que debeis, oh madres, dar á vuestros hijos es la del poder de Dios, por ser la más propia para impresionarlos. No dejéis de llamar su atención en cuantas ocasiones puedan ellos observar lo más imponente que el espectáculo de la naturaleza les ofrezca, la brillantez del sol en un hermoso día, la magnificencia de los cielos en una bella noche; pero decidles, al mismo tiempo, que Aquel que ha creado tantas maravillas es también el que hace nacer el trigo de que se alimentan y las frutas que tanto placer les proporcionan. Cuando les veáis regocijarse con el canto de los pájaros, extasiarse á la vista

de un precioso campo, ó aspirar con delicia el aroma de las flores, decidles que á Dios deben todos esos goces; así adquirirán el hábito de relacionar con Él todas las emociones agradables de que se sientan poseidos, y así también uno de sus primeros sentimientos será el amor del Creador.

No os abstengáis de hablarles de Dios, por temor de que no estén, á causa de su temprana edad, en disposición de formarse idea exacta de Él. ¿Dónde hay hombres que puedan representárselo dignamente, aun en la madurez de la razón? Importa mucho conocer lo que á las miradas atentas revelan los actos de omnipotencia, sabiduría y bondad infinitas, que resplandecen diariamente á los ojos de vuestros niños, cuya ávida curiosidad exige que se les instruya. Aprovechad su fervoroso deseo de saber, para hacerles sentir, en cuanto os sea posible, los inmensos favores que debemos á la Divina Providencia; pues asociar estas impresiones á las primeras ideas que se forman en la mente y á los primeros sentimientos que nacen en el corazón, es una necesidad por todo extremo digna de atención constante. En la dichosa edad en que las cosas de la vida aparecen bajo aspectos amables y con los más gratos colores de la alegría y la esperanza, es cuando conviene iniciar al niño en el conocimiento de lo

que debemos á Dios, Supremo Hacedor, amigo del linage humano, á quien manifiesta su infinito amor, colmándole de beneficios.

*
* *

A una persona que no haya tenido la felicidad de conocer á los autores de sus días, se le puede dar cierta idea del amor filial; pero tal persona ¿llegará á poseer este sentimiento, como la que ha recibido en su cuna las caricias de sus padres, como la que ha pasado su infancia en brazos de ellos, y les debe sus primeras palabras, sus primeros pensamientos, sus primeros placeres? ¡Ah! aunque el niño que se ha criado en su hogar paterno, sea en seguida separado de sus padres; aunque tenga la desgracia de perderlos, conservará para siempre en su alma la grata memoria de ellos; en cada situación de la vida, que le recuerde alguna circunstancia de los felices días que pasó al lado de sus padres, las queridísimas imágenes de éstos vienen á reproducírsele vivamenté en la memoria; todavía le parece sentir la cariñosa boca, y oír la voz de cada uno de ellos; los recuerda en sus placeres, los recuerda en sus pesares y teme turbar con alguna acción ilícita la paz en que descansan.

Sí á vuestros hijos, oh madres, sabéis hablarles del Omnipotente, como de un padre bueno y amoroso, se habituarán á considerarle como el guía más seguro, como el protector más generoso; y en todas las circunstancias difíciles de la vida le consultarán en la conciencia, con el mismo interés con que se consulta á un amigo de corazón, le harán fervorosas peticiones en la aflicción, y elevarán hacia Él acciones de gracias vivamente sentidas en almas llenas de reconocimiento. Si las pasiones les arrastran alguna vez fuera del sendero de la virtud, ellos no tardarán en abrir su oído á la voz celestial que les llame al buen camino, y el temor de encontrar inflexible á Dios no les quitará el deseo de volver á la gracia divina. Es verdad que Él se ofende de la mala conducta de los seres que ha hecho á su imagen y semejanza; pero todo padre ¿no se ofende de la mala conducta de sus hijos?, y por eso ¿deja de amarles? No concebirán, pues, ideas espantosas de Dios, así como el hijo bien amado no se espanta de su padre, que le castiga sus faltas; y aun mirarán el rigor de la justicia divina, como nueva prueba de amor.

Otra ventaja de las gratas impresiones que de la infinita bondad del Todopoderoso habreis producido en vuestros hijos, es que ellas son las más propias para conducirles á la felicidad por el ejer-

cicio de la caridad y de las demás virtudes. Tributando gracias á Dios, diariamente, por los beneficios que derrama sobre los seres humanos, es muy natural que el niño dé gran importancia á esta bondad, y que desee imitarla para con sus semejantes: este sentimiento no puede nacer y desarrollarse en las almas, sin hacerlas felices. ¡Tan grande es el encanto que acompaña siempre á las inclinaciones generosas!. El placer de satisfacerlas se aumenta con la idea de ser con ellas más agradable á los ojos de la Divinidad: la virtud consagrada por la religión sabe resistir toda prueba y aun la injusticia de los hombres. La justicia de Dios, que premia á los que obedecen á las leyes divinas, castiga á los que las violan; pero no amenaceis con la ira de Dios á vuestros hijos. La idea de la Divinidad representada con aparato vengador, sólo produce enfadosas impresiones en el niño, sólo es propia para engendrar vil superstición en un espíritu débil, y resistencia criminal en un espíritu audaz. No intimideis jamás á vuestros hijos, con los terrores de la cólera divina; pues ha habido hombres que por haber concévido una idea falsa de la ira de Dios, osaron impiamente encargarse de satisfacerla, atormentando á otros hombres. ¡Cuántos males horrendos ha originado este fatal error! Desde que á Dios se le atribuyen sentimientos crueles, ¿quién pue-

de reprimir á los hombres en la barbarie? Procurad que vuestros niños amen la religion por la dulzura de las leyes divinas; la religion está perfectamente acorde con la humanidad, para que en la sociedad reinen el orden y la paz que también nos vienen de Dios.



CÓMO HA DE INICIAR LA MADRE Á SUS HIJOS
EN EL CONOCIMIENTO DE LO QUE DEBEMOS Á
NUESTROS SEMEJANTES.

Madres, oidme: lo primero que debéis enseñar á vuestros niños, respecto de nuestros deberes para con el prójimo, es lo que os deben á vosotras mismas:—respeto y amor. A primera vista, nada parece tan extraño como el considerable número de niños que carecen de ternura filial; pero muy luego deja de asombrarse de ello cualquier persona que observe la manera de obrar de ciertas madres, respecto á sus hijos: al ver el mal humor y la dureza con que les tratan, no parece sino que se han propuesto ahogar en ellos los sentimientos más dulces y naturales. Si quereis conducirles á que os amen, aun en vuestra vejez más avanzada, tratadles con dulzura, dejadles regocijarse delante de vosotras, tomad parte en sus goces, no temais mos-

trarles vuestra ternura; por estos medios excitaréis su confianza, vendrán á depositar en vosotras todos sus secretos, querrán asociaros á todas sus alegrías, y es seguro que encontrareis vivísima satisfacción en las expansiones de vuestro afecto maternal.

Hay madres que, mostrándose muy cariñosas para con aquellos de sus niños que son más hermosos ó más inteligentes, no tratan con tanto amor á los que tienen alguna imperfección natural, ó inteligencia menos desenvuelta, ó imaginación más perezosa. ¿Porqué tratais así á esos pobres niños?..... ¿No son vuestra sangre, como los demás?..... ¿Son culpables por haber recibido menos dones de la naturaleza?..... ¿No debéis procurar, con generosa compasión, indemnizarlos de lo que les falta? Les debéis tanto, que no solamente ellos mismos, sino también sus hermanos y todas las personas de buen corazón, estimarán lo que hagais en favor de los que necesitan más cuidados. Esta predilección de vuestra solicitud maternal no engendrará ninguna envidia; pero si vuestras preferencias no están fundadas en motivos tan justos, excitarán celos y odios contra vuestros favoritos, y originarán desacuerdo en la familia, en la cual debéis conservar la mejor concordia. Sin duda que á muchas madres les es difícil no ceder á una inclinación más marcada hacia los hijos que se distinguen por su juiciosa

conducta y sus buenas costumbres. Si hay alguna parcialidad disculpable, lo es seguramente la que tiene tan plausibles fundamentos; pero debe tener límites razonables, y he aquí el consejo que os puedo dar sobre este asunto. Si veis que vuestros testimonios de particular consideración hacia los hijos buenos engendran en los demás el deseo de merecerla, continuad conservando en ellos este principio de noble emulación; sobre todo, mostrándoles más cariño, á medida que progresen en el bien, para convencerles de que vuestras preferencias hacia sus hermanos sólo eran justicia hecha á sus buenas cualidades. Si, por el contrario, veis que vuestra predilección, en vez de producir tan buen efecto, excita animosidad y no sirve sino para empeorarles, guardaos de dejar resplandecer ante sus ojos sentimientos que podrían acabar de perderles; redoblad vuestros cuidados y atenciones para con ellos, á fin de que no puedan creerse extraños á vuestro afecto, y mostraos siempre dispuestas á dispensarles, como á los demás, vuestra gracia. ¡Qué gozo para vosotras, si conseguís hacerles dignos de ella! Pero si no podeis alcanzar este resultado, tendreis al menos el consuelo de haber llenado vuestros deberes para con ellos, y, quizás, de haber evitado que lleguen á estar completamente endurecidos para la virtud.

*
* *

La familiaridad que tengais con vuestros niños no los desviará del respeto que os deben, mientras os vean sin debilidad en las muestras que les deis de vuestro cariño. Cuanto mayor sea la complacencia con que condescendais á sus deseos inocentes, más necesario será que os armeis de firmeza para reprimir sus deseos injustos; mas no es menester tratarles con dureza para no halagar ninguno de sus defectos: buenas palabras pueden obrar un gran bien, y vuestro ejemplo será siempre la mejor enseñanza. Si ven á su padre y á su madre vivir en perfecto acuerdo, auxiliarse en sus enfermedades, consolarse en sus aflicciones y procurar prevenirse todos sus deseos, los hermanos y las hermanas adquieren entre sí esos mismos sentimientos. Las acciones cuyo espectáculo se ofrece diariamente á nuestra vista, no tardan en formar nuestra conducta: la de vuestros niños estará, pues, siempre en vuestras manos. Hacedles testigos de vuestra constancia y actividad en el trabajo, de vuestra piedad para los desgraciados, de vuestra benevolencia para todos los demás, de vuestra indulgencia para sus debilidades, de vuestro respeto á las leyes y á las buenas costumbres, y vereis nacer y fortalecerse estas mismas disposiciones en ellos, y se acrecentará su amor filial, al par que su veneración hacia vuestras virtudes.

Al exigir de vuestros hijos la obediencia que os deben, cuidado de que no os obedezcan únicamente por temor de algún castigo ó por la esperanza de alguna recompensa: necesario es persuadirlos, desde muy temprano, de que cuanto les mandais es para su propio bien y el de los demás, porque les amais y porque sabeis mejor que ellos lo conveniente. No dejéis de convencerlos de esto, siempre que la prueba sea susceptible de impresionarlos vivamente; pues así se acostumbrarán á obedeceros, aunque á primera vista no perciban la razón de vuestros mandatos. Esta consideración debe induciros á no darles órdenes que no sean justas, y á hacerlas ejecutar en toda su extensión; pues si al cabo de un rato derogais lo que habeis prescrito, ó si vuestros hijos pueden esperar que les dispenseis de obedecer, los hareis indóciles y rebeldes, y sereis después injustas cuantas veces les castigueis por su desobediencia, puesto que vosotras mismas les habeis inducido á ella. Cuando les deis alguna orden, explicadla bien, hasta que esteis seguras de que la comprenden y no les queda pretexto para desobedecerla; no les deis ninguna por mero capricho, y que ni súplicas ni lágrimas os muevan á revocar una orden justa. Vuestros hijos deberán en su día obedecer la ley; pues bien, procurad que se habitúen á esta sumisión, subordinando sus voluntades á la vuestra;

pero es preciso — no lo olvidéis — que vuestra voluntad esté siempre evidentemente fundada en la razón; así les facilitareis la práctica de la virtud, porque el que aprende á ceder en sus propensiones, reconociendo una razón superior, llegará á saber dominar sus pasiones con su propia razón.

*
* *

Después de haber enseñado á vuestros hijos lo que os deben, les iniciareis en lo que debemos á nuestros semejantes. Los deberes que tenemos para con el prójimo están comprendidos en la justicia y la caridad: el ejercicio de estas dos virtudes estriba igualmente en el gran principio de no hacer á los demás lo que no quisiéramos que nos hiciesen á nosotros mismos, y hacer por ellos lo que quisiéramos que hiciesen por nosotros. Esta máxima divina es suficiente para guiaros en las instrucciones que sobre este punto debéis dar á vuestros hijos: fijadles siempre su atención en este principio, para que sean jueces de sus propias acciones, como también de la pena ó recompensa que por aquellas merezcan. Así, cuando os hablen mal de sus amigos, ó de sus hermanos ó hermanas, les digan injurias, les turben en sus juegos, ó quieran maltratarles ó quitarles lo que les pertenece, preguntadles si se ale-

grarían de que se hiciese otro tanto contra ellos; y para que se impresionen más, tratadles de la misma manera que hayan tratado á los demás: tal es el mejor correctivo que podeis emplear.

Exhortad á vuestros niños á consolar á sus amigos, cuando los vean afligidos, á socorrerlos en sus necesidades y aun á prevenir sus deseos; y cuantas veces lo hagan, haced otro tanto en favor de ellos, diciéndoles que seguís el ejemplo que ellos mismos os han dado; pero si han rehusado hacerlo, que experimenten de vosotras igual indiferencia: no hay lección de efecto más universal, porque toca á sentimientos existentes en todos los corazones. Inspiradles, desde muy temprano, ideas de generosidad; haced que compartan, con sus amigos y con sus hermanos, los juguetes y dulces que se les den; inducidles aun á privarse de una cosa que les guste, para obsequiar á sus amigos, á fin de que el dar testimonio de reconocimiento ó de afecto les parezca un gran goce de satisfacción personal. No permitais que traten imperiosamente á vuestros criados: si de éstos necesitan algún servicio, que lo pidan con dulzura y que, cuando lo hayan obtenido, den las gracias; es necesario sobre todo hacerles comprender que, lejos de poder mandar, necesitan, á causa de su debilidad, la protección de cuantas personas les rodean. Acostumbradles, en fin, á la práctica de

la caridad. Si el mendigo que llega á la puerta de vuestra casa os parece un holgazan, indigno de vuestro socorro, no le rechaceis ni le reconvengais por boca de vuestros niños: bueno es que aun el acto de rigor más necesario les sea extraño. Si, por el contrario, el pobre está agoviado de años ó de males, é imposibilitado de ganar su vida, que vuestros niños sean encargados de llevar la limosna; pero que no lo hagan como acto de evitaros una molestia, sino como placer de que os privais en favor de ellos, y que no les cederíais si estuviérais descontentas de su conducta. No les enseñeis á que hagan obras pasajeras de caridad, sino á que se muestren siempre compasivos; y para ejercitar su naciente sensibilidad, procurad que se empleen en actos que les hagan útiles al prójimo; habituales á los servicios obsequiosos, á las complacencias oficiosas, á las atenciones corteses. Cuando gradualmente hayais conseguido hacerles experimentar que el espectáculo más grato sobre la tierra es el que uno de nuestros semejantes ofrece á los ojos de quien le ha llenado de un inesperado sentimiento de alegría, os podreis considerar como verdaderas bienhechoras de la humanidad, porque habreis transmitido á la generación que os ha de suceder los sentimientos más fundamentales de la felicidad.



PRIMERAS PÁGINAS DE LAS MEMORIAS
DE UNA MADRE

Soy madre y me entenderán las que saben cuántas reflexiones combinamos en la mente, siempre que nos preocupan temores ó esperanzas, respecto al porvenir moral de nuestros niños. Las madres conocemos lo que á la solitud de nuestras observaciones revelan esos caracteres nacientes, en cada uno de los cuales procuramos leer su condición futura; y sabemos cuánto la necesidad de una acción constante nos induce á indagar y distinguir en esos corazones sometidos á nuestra influencia, lo que quizá nunca hubiéramos reconocido en el nuestro.

Paréceme que conocer los verdaderos móviles de las acciones de los niños es siempre cosa difícil, y por todo extremo necesaria en la delicada tarea de la educación. Procuero darme cuenta de la naturaleza y causa de esa multitud de alteraciones que el humor

de una criatura sufre durante cualquier espacio de poco minutos, pasado en hacer travesuras, gritar, reír y llorar; quiero indagar los motivos que me han determinado á emplear tal ó cual medio de corrección, que adopté por instinto ó por efecto del impulso simpático que produce en nosotras la acción más eficaz para establecer nuestro imperio sobre la voluntad que deseamos subordinar; pero cuando me entrego á estas meditaciones, siento la necesidad de tomar la pluma para mejor fijar y ordenar mis ideas. Y voy á comenzar esta memoria, discurriendo sobre ciertos hechos de mis hijitas Emilia y María, no para instruir de lo que en casos análogos se debe pensar y hacer, sino para manifestar los motivos de mis juicios; con este fin, expondré más ideas que las que he puesto en práctica, pues mi atención no podrá limitarse á aquellas que me han servido de guía, y abrazará también las que me sean necesarias para explicarme.

*
* *

Veo en cada niño la criatura humana, tal como es actualmente y como debe de llegar á ser. En su espíritu y en sus órganos, no desarrollados todavía, se encierran, desde el primer momento de su existencia, los gérmenes de lo bueno y lo malo que

él ha de poder dar de sí; en todo el curso de su vida, no habrá en el hombre nada que no pertenezca á la naturaleza, cuyos rasgos están ya bosquejados en el niño; ni el niño recibirá impresión algo viva ó duradera, cuyo efecto no influya en la vida del hombre: así es que los fines de la existencia, el desarrollo de las facultades y todo lo grande, lo importante y lo útil que el sér humano siente en sí mismo, están comprendidos en el pensamiento de la educación; todo está confiado á ella, y, sin embargo, mucho se le escapa incesantemente por causa de la tenuidad é inestabilidad de los resortes en que debe obrar, por la imposibilidad en que nos hallamos de comprender á este tierno sér, tan diferente de los que le dirigen, y por la dificultad de manejar esos hilos delicados y móviles, cuya combinación debe llegar á constituir en él la tela moral de su corazón, el enlace de sus ideas y el fundamento de su conducta.

Con frecuencia nos engañan las acciones infantiles en relación con las nuestras, pues nos extraviarnos suponiendo que aquellas obedecen á móviles semejantes á los que nos hubieran impulsado á efectuarlas. Mariquita, en no sé qué exaltación de alegría, deja sus juguetes, corre hacia mí, me abraza, me da muchos besos—paréceme que todo mi maternal corazón no podrá corresponder á la viveza de tan-

tas caricias,—me deja en seguida, y con el mismo entusiasmo besa á su muñeca. ¿Tengo algo en mí, con que poder explicarme á mí misma tan caprichoso conjunto de acciones aparentemente contradictorias, ó deberé atribuir las á causas sin relación alguna con mis propios sentimientos? Mi corazón, que se deshace lleno de ternura al contemplar ese pedazo de mis entrañas, ¿podrá resignarse á no ver en esas manifestaciones de amor infantil sino el efecto de una necesidad de movimiento? ¿He de creer que Mariquita me acaricia, como salta ó canta, únicamente por hacer algo y sin ningún sentimiento especial que la determine á ejecutar una de esas acciones, con preferencia á las demás? Engañaríame yo, si juzgase de tal manera; pues María me ama tanto como una criatura de seis años puede amar. La tendencia á desarrollarse en todos sentidos y á dar salida, por decirlo así, á la vitalidad, produce en los niños movimientos exteriores que son excesivos relativamente á sus motivos ocasionales; y por eso Mariquita me abraza más que me ama, llora más que se disgusta, rie más que se alegra, y sus expansiones son siempre más enérgicas y duraderas que las causas de que proceden; así es que su llanto sigue, aunque el enojo haya cesado; y pasada la necesidad del afecto que la impele hacia mí, agota sus caricias en cualquier objeto.

*
* *

Ayer quise que Emilia se avergonzase de un acto de desobediencia, con el cual me obligó á despedirla de mi gabinete, en presencia de mi hermano. La dije que su tío se había escandalizado de semejante falta, y me respondió que no sabía lo que aquello pudiera importar á su tío. De esta indiferencia hacia la opinión de mi hermano, me es imposible inferir que Emilia carece de amor propio; lo tiene, y quizá con exceso, porque teme mucho las reprensiones, y, aunque sólo cuenta ocho años de edad, sabe hallar medios de atraerse alabanzas; pero ser reprendida significa para ella menos que ser criticada, cuando cito una reprobación extraña en apoyo de mi reprimenda; pues se subleva con la idea de que una persona que no sea yo pueda tener el derecho de censurarla: he aquí lo que yo no hubiera adivinado antes que su respuesta me lo enseñase: de esta manera, frecuentemente aprendo tarde ó á destiempo.

Nuestra experiencia, muy adelante de los niños, en nuestras meditaciones sobre el curso y el progreso de sus ideas, está siempre muy atrás de lo que la práctica de la educación exige; nos equivocamos á cada paso, partiendo de datos positivos, porque nos sujetamos á una ciencia en que sólo sus princi-

pios son siempre los mismos, y sus aplicaciones incessantemente variables: por eso escribir ó reflexionar sobre la educación de nuestros niños es trabajo que rara vez está directamente relacionado con el de educarles. Asunto es este en que la experiencia nos enseña á no aplicar sino con circunspección y reserva las ideas que nos sugiere, y á medir la importancia de los medios, no tanto por la del fin que nos proponemos alcanzar, como por el efecto que tales medios puedan ofrecer por sí mismos. El correctivo aplicado á una falta, podrá ser demasiado fuerte ó malo; la severidad empleada para reprimir un defecto, podrá arriesgar que se produzca otro; menester es pensar en todo, y guardarse del error en los procedimientos, con tanto cuidado como del error en los principios. La educación es una obra de muchos pormenores, y podemos decir que de todas manos, concurriendo en ella tantas cosas, independientemente de nuestra voluntad y á pesar nuestro, que sería gran inconveniencia no asignarles su respectivo lugar. Cualquiera que sea la idea dominante llegará á ser peligrosa, si no tiene en cuenta los acasos, los descuidos, las inadvertencias y los yerros, el tiempo perdido ó mal empleado, las nociones falsas recibidas sin saber dónde, los malos actos adquiridos sin saber cómo, la insuficiencia de la dirección en algunas ocasiones y del refrenamiento

en otras; en una palabra, todos los accidentes de la vida, del carácter y del espíritu de los niños, y aun de las personas que les manejan.

*
* *

María está como escandalizada, porque en una visita que hemos hecho encontró un muchacho *que es muy malo*—me ha dicho ella,—pues hablando de dulces, él decía: *yo como muchos bombones, yo soy muy glotón*. También Mariquita obedecería siempre, con buena voluntad, á las tentaciones á que la mueven las golosinas, y aun despreciaría sufrir una indigestión por unos cuantos merengues; pero ¡ser glotona! eso es lo que ella no puede consentir; y las razones que me da para probar que no merece que se la llame así, son—como se ha dicho de la hipocresía, y la pobre Mariquita no lo sabe—otros tantos homenajes que su vicio rinde á la virtud. Sin embargo, esta niña no estima todavía bastante la virtud para sacrificarle el deseo y el placer del momento, porque sus sensaciones son aún demasiado vivas y sus sentimientos muy débiles; el honor de no ser glotona es poca cosa en comparación con el placer que Mariquita puede hallar en serlo. Sus ideas generales no tienen todavía fuerza suficiente para luchar contra los deseos particulares que vienen á combatir-

las; y, por lo mismo, yo evito arriesgarlas, no sea que, vencidas con frecuencia, lleguen á ser despreciadas.

Probablemente, el rapaz que tanto ha escandalizado á María, se ha oído llamar mil y mil veces glotón, y quizá haya sido este el único freno que han puesto á su defecto; pues no hay niños que más sufran semejante género de reprensiones, que los más consentidos y mimados, precisamente por ser las que menos reprimen, y porque de todas las maneras de evadir las dificultades de la educación, aquella es la más expedita. La reprensión que podría ruborizar á un niño habituado á reprimir sus propios caprichos, es nula para una criatura pequeña, mal educada ó poco dispuesta á ceder; si en el momento en que pide una golosina se le dice que es glotón, esta idea no le quita la menor parte de su deseo; pues cuando se le habla de la glotonería, lo que se le representa es la idea del placer que este vicio le proporciona: creo que durante mucho tiempo no tendrá para él otra significación esa palabra. Mariquita, por el contrario, quizá no ha sido nunca reprendida en términos generales por su glotonería, sino criticada en algunas ocasiones; pero cada ocasión es determinada por un hecho aislado, y María, como todos los niños en la segunda infancia, está persuadida de que todo concluye con la falta reparada ó perdonada; no cabe en

su cabeza que una falta pueda volver á ser asunto de reprensión, ni fundamento para juzgar de la conducta; tiene siempre fija su atención en lo presente; pues ningún niño considera lo pasado ni lo porvenir. Si hago cargo á Mariquita, porque ha perdido en poco tiempo dos ó tres pañuelos de mano, me contestará: *mamá, yo no he perdido hoy más que uno*; si le hablo de una falta, de la cual se ha confesado culpable, me dirá: *pero yo no lo hago ahora*. Los niños no asocian nunca la idea de una falta á la idea de un defecto habitual; y la frase *yo no lo haré más* les es más natural que el propósito de hacer otra vez mañana lo que han hecho hoy.

*
* *

En la infancia, ningún niño piensa ser bueno ni se imagina tampoco que sea malo, porque no ha formado todavía un juicio general sobre su propio carácter; sin embargo, este modo de juzgar es el único con que puede concebir otros caracteres, pues si oye hablar de un personaje histórico, su primer pregunta será: ¿era bueno?, ó bien: ¿era malo?; y después de haberse enternecido, oyendo la historia de Agar en el desierto, no podrá convenir en que Agar pudiese haber cometido algunas faltas de respeto hacia su ama, y tendrá por seguro que Agar

era buena y Sara mala. Estas maneras tan diferentes, la de juzgarse á sí mismo y la de juzgar á los demás, se fundan en la debilidad de la inteligencia infantil, que no permite las combinaciones de las ideas; pues un carácter en que haya mezcla de bondad y maldad, le ofrecería un conjunto de partes, al enlace de las cuales no alcanzaría la comprensión del niño. El personaje de quien se le ha referido un hecho, cuya narración le ha impresionado vivamente, permanece en su memoria, tal como se lo presentaron primero: Agar será considerada como una madre tierna y afligida, y todos sus hechos deberán ser, sin duda, consecuentes á este tipo, una vez formado. De igual modo, si á Mariquita le leo la historia de un muchacho que hurtó manzanas, juzgará que tal muchacho no puede ver manzanas sin tomarlas y comérselas, y que es digno del vituperio merecido por el carácter de glotón, del cual tiene ella tan desventajosa idea; pero esta es la que yo no le quiero destruir, y por eso me abstengo de enseñarle que glotón no es más que lo que ella misma es todavía; si yo hiciera lo contrario, ella dejaría de considerar tan odiosa la glotonería, y si bien, cuando no sintiese el aguijón de la gula, sabría vituperarla, no le faltaría valor para resignarse en los momentos de la tentación, y conocería que tiene un gran defecto que vencer, en el

instante en que le sería más imposible detestarlo. Prefiero dejarle un poco de orgullo que la avergüence siempre que sucumba, quedándome libre para elogiarle cualquier acto de sobriedad, como si fuese habitual.

Creo que en la educación moral el amor propio infantil debe ser puesto en juego, más como apoyo que como excitante, para mantener los buenos sentimientos ya despiertos, no para despertarlos y darles un vuelo que no podrían sostener por sí mismos. El amor propio es un auxiliar ambicioso que no conviene emplear, sino cuando se han adquirido las fuerzas necesarias para subordinarlo.



SOBRE LA EDUCACIÓN MORAL DE LAS NIÑAS.

La sociedad tolera á los hombres mucho mal por algún bien: no juzga á cada uno por lo que él fué en su juventud; cualesquiera que sean las faltas cometidas por un joven, siempre es de esperar que las reparará, y si las repara quedan olvidadas. En una joven, no solo el mal sino aun las apariencias del mal ofenden la reputación de toda la vida; no le es permitido pasar por faltas para llegar á la prudencia: es indispensable que alcance muy luego esta virtud. A la mujer se le exige desde su niñez la modestia, la discreción y la prudencia; pero se le pide que sea graciosa y seductora, se le manda en cierto modo agradar y no se le perdona el agradar-

se demasiado á sí misma. Preparar á la niña para una vida activa ejemplar, sin amortiguar la vivacidad de su imaginación ni reprimir su animación y su gracia; cultivar su corazón y su inteligencia é iniciarla en lo bello, sin producir un fastidioso pedantismo ni una funesta exaltación; educarla para la familia, sin dejarla extraña á las buenas costumbres de la sociedad; tales son las difíciles condiciones de la educación de la mujer.

Entre los padres que más cuidadosamente educan á sus hijas, los hay que dan con razón gran importancia á la solidez; pero algunos la comprenden de manera algo mezquina, pues no solo desestiman lo brillante sino aun lo agradable; y otros, peor inspirados aún, toman las exterioridades y las apariencias por méritos positivos, adoptan medios eficaces para dar brillantez á sus niñas y no para que sean verdaderamente amables, y olvidan que los atractivos interiores son los más interesantes. Para cada uno de los primeros períodos de la vida humana, hay una educación particular; mas llega cierta edad juvenil en que el corazón se hace más sensible, en que la inteligencia se enriquece de ideas generales, en que diversos asuntos de la vida son objeto del pensamiento y de la meditación, en que se busca la felicidad, en que el alma siente impresiones que hasta entonces ni aun se las había imagi-

nado. ¿Deberá una fría opresión ahogar esas naturales aspiraciones? ¿Deberá una imprudente negligencia dejarlas extraviarse en movimientos desordenados? ¿Quién mejor que la madre puede hallar entre estos dos extremos el término medio más exacto? La niña se educa para la familia, y debe recibir la mayor parte de su educación en la familia; generalmente, ningún trabajo es tan necesario y útil para ella como el de su casa, ninguna enseñanza le valdrá tanto como el ejemplo y las instrucciones de su madre. Cierto es que hay madres cuya compañía no puede ser beneficiosa para las hijas, y hacen bien en separarse de éstas; pues cuando la familia está demasiada atenta á las cosas del mundo, es preferible la educación que se puede encontrar en algún colegio de internas; pero esto no prueba que la niña debe recibir toda su educación fuera de la casa paterna, sino que la madre tiene la obligación de hacer que su hogar sea morada digna de la hija.

*
* *

En el albor de la juventud, la niña es tímida y su situación muy delicada; necesario es que adquiera confianza en sí misma, sin que tome atrevimiento;

bueno será dejarle la iniciativa, respecto á muchas cosas, para poder juzgar de sus aptitudes; y también será indispensable introducirla en la vida social, bajo la influencia maternal, pero sin opresión, Hay madre que con falsa superioridad y con fama de hermosa y elegante, procura oscurecer en la sociedad á la hija á quien suele llevar consigo, para dejarla en segundo término y conseguir brillar en el primero, á los cuarenta años muy cumplidos, llevando las flores más lindas, el tocado más propio de una joven, las telas más vaporosas, con todo el arte posible, á fin de pasar por hermana mayor de su hija. ¿No debe extender la madre su abnegación hasta olvidarse á sí misma por su hija, ante la sociedad?

El objeto final de la educación de las niñas sería formar, si fuese posible, mujeres perfectas, esto es, dotadas de los méritos y cualidades que atraen estimación, respeto, simpatía y admiración; pero como no se puede realizar siempre este ideal, necesario es á lo menos acercarse á él cuanto sea posible; necesario es que la madre tenga en su mente este ideal, no para persuadirse, con ciega parcialidad, de que lo ha realizado en cada una de sus hijas, sino para esforzarse por disminuir la diferencia existente entre el modelo y la copia. Para educar á las hijas, es indispensable una solicitud maternal mucho más

exquisita que la que los varones requieren; pues una mujer, por medio del matrimonio, puede cambiar de esfera, entrar en otra clase social diferente de aquella en que ha nacido, y, por lo tanto, necesita ser capaz de ascender y descender; necesita que su instrucción sea variada y su educación completa; que sin lisonjearse ni rebajarse, llegue á conocer sus cualidades y discierna en qué puede y debe emplearlas, y que, dispuesta á permanecer sencilla y modesta, tenga también aptitud para presentarse en sociedad, sin dejar de estar en su centro por torpeza ó ignorancia. El sentimiento de su dignidad no debe depender de las circunstancias: la mujer sensata no se conduce enteramente según la aprobación ó la censura de que se le hace objeto; hubo épocas en que las mujeres fueron mal juzgadas; y si entonces hubiesen tomado por regla de su conducta la opinión pública, hubieran perdido más terreno. En la actualidad, algunos moralistas las elogian con exceso tal vez; otros las critican con más ó menos razón. Júzguense á sí mismas, y digan con franca sinceridad: «Todavía estamos lejos, muy lejos de ser lo que podríamos llegar á ser; pero anhelamos reformarnos, aceptamos los medios de perfeccionarnos y queremos labrar el bien de los seres á quienes amamos. Eduquémonos, modifiquémonos con perseverancia, y realicemos en nuestra prole la

reforma que se opere en nosotras mismas; preparemos buen porvenir á nuestros hijos, felicidad á nuestras niñas, y procuremos conseguir que sea progresivo el rango que nuestra patria ocupa por la influencia civilizadora debida á la mujer».



SOBRE LA EDUCACIÓN INTELECTUAL Y ESTÉTICA DE LAS NIÑAS

¿Qué dirección es necesario dar á la inteligencia de las niñas? ¿Hasta qué punto deben aprender á pensar, á raciocinar, á hablar?, esto es, ¿en qué medida conviene cultivar la mente de la mujer?—Para responder, nos hallamos entre dos extremos.—Si aconsejamos que la mujer se limite estrictamente á las tareas domésticas, se nos acusará de pretender rebajarla á una condición humilde y triste, y reducirla á un estrecho círculo de ideas. Uno de los escritores que con más entusiasmo han pintado lo ventajoso de esa vida modesta, cita el ejemplo de la excelente esposa de un insigne dramaturgo, la cual nunca vió representar las obras de su marido, ni las leyó, quizá con el firme propósito de no tener que confesarse de ello. Pero, en cambio, sabido es que siempre ha habido mujeres que, lejos de limitar su in-

fluencia al recinto del hogar doméstico la han ejercitado, por medios más ó menos indirectos, aun respecto á los poderes públicos.—¡No tan alto ni tan bajo, bellas hijas de Eva! No desatendais vuestros hogares, no aspireis á ser estadistas; pero tampoco os quedeis extrañas á la ventajas que el cultivo intelectual proporciona, ni á los conocimientos superiores más usuales, ni al sentimiento de las bellas artes y de las buenas letras. Con lo cual no queremos decir que debéis ser sabias y llegar á poder juzgar y hablar de todo: si el pedantismo masculino es insoportable, mucho más lo es el femenino; pero, so pretexto de que no seais pedantes, no se pretenda privaros de lo que puede enalteceros y multiplicar vuestros atractivos.

Ninguna mujer necesita ser sabia, lo concedemos; pero menester es mucha barbarie para desconocer lo que vale una inteligencia rica de nociones útiles y adornada de ideas bellas, gusto fino y delicado, lenguaje fluido y elegante, y un elevado sentimiento de las bellezas de la naturaleza, del arte y de la poesía. Nada de esto se puede adquirir sin instrucción. «El hombre y la mujer—dice un filósofo—tienen igual alma é igual destino moral; igual cuenta les será pedida del uso de sus facultades, y es barbarie en el hombre y oprobio para la mujer, degradar ó dejar que se degraden en ella los dones

que Dios le ha hecho. ¿No deben las mujeres saber la religión, si quieren seguirla y practicarla como seres inteligentes y libres? Y si la instrucción religiosa les está no sólo permitida sino preceptuada, ¿qué instrucción podrá parecer demasiado elevada para ellas? Además: ó la mujer no ha sido creada para ser compañera del hombre, ó hay una contradicción inicua y absurda en prohibirle adquirir los conocimientos que le permiten entrar en comercio espiri-

tual con el ser con quien debe compartir su suerte, comprender á lo menos los trabajos de él y aliviarle sus penalidades. Dejémosla, pues, cultivar su alma y su inteligencia por toda especie de conocimientos útiles y de estudios nobles y bellos, con tal que esté inviolablemente guardada la suprema ley de su sexo, el pudor constitutivo de la gracia. En la educación de las niñas, importa mucho determinar con circunspección el justo medio entre una mezquina reserva que extinguiría el vigor de la mente, y una fastuosa pretensión que las henchiría de vana ciencia y necio orgullo. Tal justo medio está expresado de una manera tan interesante como correcta en los dos siguientes pensamientos de Fenelón: «Enseñadles que debe haber para su sexo un pudor, respecto á la ciencia, casi tan delicado como el que inspira horror hacia el vicio. . . . La ignorancia de una niña es causa de que se fastidie y no sepa en qué ocuparse inocentemente.»

*
* *

Generalmente, no es indispensable que las niñas aprendan mucho; pero si que aprendan bien: lo más importante no es las materias de la instrucción, sino el uso que debe hacerse de ellas: excepto aquellas nociones que son de uso práctico y que sería vergonzoso haber olvidado, las demás suelen desaparecer de la memoria; mas nunca se extinguen las sólidas y agradables cualidades que insensiblemente se forman mediante el estudio, cuya letra no es tan importante como su espíritu. He aquí dos resultados deseables: el hábito de reflexionar y la facultad de sentir delicadamente. Es necesario que las niñas se habitúen á ejercitar su juicio en las cosas y en los actos de la vida; á distinguir lo que es lícito y lo que es ilícito; á conocer los caracteres personales y á conducirse con delicadeza en virtud de este conocimiento; á no admitir sino con gran reserva las máximas mundanas, y á discernir lo verdadero y lo falso, lo eterno y lo convencional.

No porque el buen gusto sea de uso menos necesario y general que la solidez del juicio, ha de ser considerado simplemente como un lujo; si se le considera superfluo, preciso es confesar que es el superfluo más interesante y necesario en las clases

sociales distinguidas, porque el verdadero sentimiento del arte vivifica la existencia de la mujer y le impide aficionarse á distracciones menos saludables. Por consiguiente, antes que lleguen los graves y minuciosos cuidados domésticos, y en el tiempo libre que á una jóven le dan su edad y las comodidades que sus padres disfrutaban, no hay ocupación más agradable y excelente que la práctica bien entendida de algunas de las bellas artes, con la condición de que no se incurra en el error de confundir la afición con la habilidad y la habilidad con el ingenio; bajo la condición, también, de que estos adornos de la inteligencia no originen frívola vanidad ni deseo insaciable de obtener aplausos. Y no sólo por medio de la enseñanza sistemática es cómo se puede conseguir que las mujeres adquieran nobles hábitos, sino también por la conversación; pero como ésta en el trato social ordinario abunda en máximas falsas, y, por lo general, versa sobre asuntos frívolos, la jóven deberá una buena parte de su educación á las conferencias familiares, á las conversaciones que tenga con sus padres: en su inteligencia penetran muchas ideas exactas, por medio de las lecciones insensiblemente envueltas en las conversaciones ocasionales; pues ella no mira con prevención ni desconfianza lo que se le enseña sin artificio, y comprende fácilmente lo que ve aplicable á los asuntos ordinarios de la vida.

Suponiendo que una niña sea educada según estos principios, creemos que llegará á poseer las cualidades propias de la mujer culta, y no abusará de ellas; que no se afanará por mostrar la superioridad de su juicio y de su gusto, ni aspirará á ser considerada como persona de gran talento; que no tendrá en poco á sus padres, si les aventaja en instrucción; que no dejará la compañía de las jóvenes de su edad, por figurar entre personas mayores, ni tomará impertinentemente la palabra, ni procurará impresionar ó deslumbrar con agudezas estudiadas; pero, si la oportunidad se le presenta, dejará que las gracias de su inteligencia hablen por sí mismas: una ocurrencia feliz, una sonrisa discreta y la expresión de una fisonomía inteligente revelarán al observador las riquezas intelectuales que una exquisita modestia disimula. En la intimidad, se abandonará más á sus impulsos naturales; tanto á la familia como á la amistad proporcionará los goces siempre ofrecidos por los encantos de una fina educación, y así se ejercitará paulatinamente, adquiriendo sin esfuerzos la oportunidad la gracia y la facilidad de la palabra, que constitúyen el encanto de las mujeres en la buena sociedad.



INFLUENCIA DE LA MADRE PARA CON SUS HIJOS VARONES

La influencia materna sobre la educación de hijos varones no debe limitarse á los cuidados y provisiones que la infancia requiere. A medida que la familia se forma y se consolida, que sus niños crecen y se desarrollan en la juventud, y que el padre, absorbido por los asuntos de su profesión, mejora su fortuna y asegura el porvenir de su prole, el ingenio de la madre debe desenvolverse para continuar formando el carácter y la razón de los hijos. Entonces comienza para ella un nuevo período de su vida; necesita estudiar las inclinaciones y aptitudes de cada uno de sus vástagos masculinos, á fin de dirigirlos con discreción y desarrollar juiciosa iniciativa en los que no la manifiestan; pero ninguna idea de interés meramente personal debe poner impedimentos á las vocaciones, estas deben determinarse por cálculos y consi-

raciones sobre adelantamientos más rápidos y resultados más lucrativos. Ordinariamente, la necesidad de llegar pronto á un fin, de lograrlo muy temprano, es lo que se suele proponer á cada jóven, para determinar su vocación; y tal es una de las más tristes condiciones de nuestra civilización, que obliga á muchas inteligencias juveniles á tomar direcciones, contra las cuales protestarán más tarde. Necesario es que la madre inspire á sus hijos creencias firmes, y les forme el carácter honorable, recto, leal y delicado, que sólo la solicitud maternal ilustrada puede imprimirles indeleblemente, pues habituados á respetarla y amarla desde la más tierna infancia, oirán los consejos que les dé, y la creerán, cuando les hable del deber y de la virtud; si, la creerán, porque la ven practicar diariamente lo que les aconseja, lo que siempre recordarán é imitarán. Ella tiene poderosa influencia para con sus hijos: cuando los atrae con tiernas caricias ó los llama con seriedad, sólo miran el dulce semblante en que leen el asentimiento ó la reprobación; y ellos la aman tanto, que ningún otro afecto puede colocarse entre el amor maternal y el amor filial para desunirlos.

* *
*

¡Qué diferencia entre el niño que se educa esme-

radamente sin haberle separado de su familia, y aquel cuya educación está enteramente confiada á un colegio! En el primero, las cualidades se desarrollan á la par con la instrucción, esto es, la educación moral en consonancia con las adquisiciones intelectuales; la solicitud maternal dirige al niño, aun cuando él ha emprendido estudios serios; el estudiante se siente descansado de sus tareas escolares, por los encantos de la ternura, y nunca se hace extraño á las alegrías de su casa: dedicado al trabajo de instruirse, disfruta las recreaciones propias de su edad y no pierde de vista á su familia ni se aísla de ella. ¡Cuántos sufrimientos para los pobres niños separados de su familia y puestos en un colegio donde todo se le presenta sin recuerdos, sin encantos; donde se ven desheredados de los afectos más naturales; donde aprenden á ser egoístas, envidiosos y groseros los unos para con los otros; donde se esfuerzan por razonar acerca de todo, sin razón, y por discutir las cosas más sagradas, con las luces de un saber de catorce años!—Adolescentes-viejos que corren el peligro de arrastrar durante su vida la irresolución y la incapacidad de las mente pervertidas.

Si no podeis, oh madres, integrar la educación de vuestros hijos varones, sin separarlos completamente de vosotras, no procedais sin reflexión y sin

garantías seguras; si no podeis vigilarles con vuestros propios ojos, tomad todas las precauciones que la más seria prudencia debe aconsejaros; temed por ellos el contagio del mal que, una vez adquirido, puede ser fatal para toda la vida. Pero si teneis la dicha de no perderlos de vista, inspiradles confianza; á medida que vayan creciendo en edad, mostradles amistad, porque tal es el mejor medio de que podais ser sus más confidentes consejeras; iniciadlos en sus pensamientos, en sus deseos. ¿Quién mejor que vosotras puede leer en el enigmático libro de esos corazones, en los cuales se despiertan los primeros instintos del amor y las primeras aspiraciones hacia el porvenir? Debeis obtenerlo todo de ellos por su propio asentimiento, nada por rodeos: es menester que os respeten y os amen hasta el extremo de que quieran y puedan resistir cualquier deseo, por temor de disgustaros ó de ofender vuestra dignidad. Jamás hagais la vista gorda, fingiendo que ignorais lo que vuestros hijos hacen; por el contrario insinudadles que conoceis su conducta, decidles que podeis guiarles para que salgan de la senda peligrosa; y de este modo les conducireis á que os confiesen sus faltas. ¿A quién harán ellos sus revelaciones sino á la mejor y más sincera amiga que pueden tener?

Una de las plegarias que con más frecuencia y

fervor deben las madres elevar á Dios, es que se digne darles el corazón de sus hijos, y, al mismo tiempo, acierto para inspirarles repeto, amor y confianza perdurables.

*
* *

¡Cuán influyente para con sus hijos se hace la madre que en su esposo encuentra eco de pensamientos y fuerza de consejos! Entonces, unidos para labrar el bien de sus hijos, les consagran esta unión bendita, en la cual todo es atención, vigilancia, armonía y consuelo; y en estas excelentes circunstancias, el padre es un guía ilustrado, un amigo seguro para el hijo; y los lazos de la familia se estrechan, en vez de aflojarse como acontece en las casas donde la desunión ahoga los sentimientos y la confianza. ¿Por qué hay muchos jóvenes sin gloria ni provecho en su carrera? ¿Por qué tantas inteligencias que prometían llegar á ser sobresalientes, se quedan en la esfera de la medianía? ¿Por qué hay tantos corazones fríos, aunque aun han vivido poco, y tantas almas desencantadas, incrédulas, llagadas, que, sin saber cómo, han dudado y han dejado de creer? ¿Por qué tantos hijos de nuestro siglo se hacen desgraciados, carecen de energía y apenas se

conmueven al oír mencionar los más extraordinarios sucesos?—Es porque les ha faltado: primeramente, una madre capaz de guiarlos, y, más tarde, una esposa bien amada, digna de ser objeto y móvil de un resultado, de un éxito, de una buena reputación profesional, conseguida con laboriosidad. Y en efecto, ¿para qué ha de trabajar afanosamente aquel que no tiene madre á cuyos pies poner—ó esposa á cuya frente ceñir—lauros conquistados por labor inteligente y asídua?



UNA MADRE DISCRETA.

Bajo diversos y numerosos aspectos se suele considerar la economía, y raro es verla practicada con acierto: algunas personas la envilecen, inscribiéndola en el catálogo de los vicios, muy próxima á la avaricia; y otras se engañan á sí mismas, creyendo que consiste en privarse de una gran parte de lo necesario, para atender á lo superfluo. La economía, que parece una virtud esencial de la mujer, merece ser estudiada, comprendida y estimada por todos en general, porque la propagación de este conocimiento produciría inmensos beneficios á la sociedad. En efecto, la economía bien entendida es el equilibrio de los intereses materiales; es un medio eficacísimo de promover la abundancia y la prosperidad; es un fundamento de la alegría y de

la paz doméstica; lejos de ser avara es generosa, porque posee recursos que ella adquiere por su oficiosidad, y distribuye con acierto lo que el trabajo gana; es enemiga de la miseria, y la evita en su propia casa, y en la ajena la remedia; es, en fin, hermana de la beneficencia.

Encierra en sí misma la economía tantas otras virtudes, que ella bastaría para que cuantas personas llegaran á conocerla bien, se decidiesen á practicarla. Como demostración de esta verdad, sirva el ejemplo de una señora en quien se ha efectuado un completo cambio de ideas sobre este asunto; pues era enemiga declarada de la economía, de la cual es ya partidaria entusiasta. Esta señora, procedente de una familia distinguida, había recibido educación esmerada, pero desconocía las ventajas de la buena administración económica de los intereses domésticos. Durante su juventud, estuvo completamente dedicada al cultivo de su inteligencia, sin que su madre, dama muy principal, procurase imponerla en los pormenores que constituyen la más propia y constante ocupación de la mujer. De su matrimonio á su viudez, fué corto el tiempo transcurrido. Ya viuda, dueña de una fortuna considerable, y no arreglando sus gastos sino á medida de su capricho, manejaba sus intereses con el descuido peculiar de una persona que

no teme llegar á carecer de dinero; pues érale odioso, si así puede decirse, el proverbio *quien guarda, halla*, y puso en práctica el de *mientras dura, vida y dulzura*. Habíale quedado de su matrimonio una niña de cinco á seis años, á la que no escaseaba placer alguno, gastando á veces sumas ingentes para satisfacer antojos infantiles. Esta hijita constituía la delicia de su mamá, pero empezaba á causarle algunos disgustos; pues á medida que la niña adelantaba en edad, iba mostrando un carácter atolondrado y díscolo, contra el cual se estrellaban todos los esfuerzos de la madre, para procurarle una educación conforme á su condición y fortuna, proporcionándole excelentes profesoras que la hallaron incorregible é inepta para todo. Mostrábase tan indiferente, que ni la impresionaban las reprensiones ni la estimulaban las caricias; era, en fin, una niña incapaz de admitir las dulces inspiraciones de la buena educación. Su pasión dominante era la ira, en tan alto grado, que frecuentemente la exponía á exaltación peligrosa. La madre sufría mucho por no hallar remedio para el carácter de su hija.

*
* *

Un día en que la señora reprendía á su niña,

por haber deteriorado una hermosa muñeca, sumergiéndola hasta el fondo de un baño lleno de agua, acertó á llamar á la puerta de la casa una infeliz mujer, muy demacrada, que llevaba de la mano un niño que, á pesar de lo pobre de su ropa, cautivaba la atención por la belleza de sus formas y por la finura de su cutis, que nada tenía de común con el de los desgraciados seres en quienes la pobreza suele mostrarse con aspecto desagradable. La señora, luego que se enteró de que aquella mujer pedía una limosna, concibió súbitamente el pensamiento de corregir á su hija, mandó que la mendiga esperase, recogió con presteza los juguetes de la niña, y los presentó á la mujer, diciéndole:

—Tome usted, hermana, ese niño estimará estos juguetes que mi hija destruye; guárdelos para él, y quiera Dios que usted tenga el consuelo de ver á su niño gozar de lo que me ha ocasionado muchos disgustos.

—¡Ah, señora mía—exclamó la mendiga—Dios le premie su buen corazón! Pero perdóneme usted decirle que estos ricos juguetes no serán para que mi hijo los disfrute, sino que los venderé y con su importe podremos alimentarnos durante algunas semanas.

Egoísta parecióle á la señora el pensamiento de la pobre; y mucho más, cuando vió que el hermo-

so rapazuelo devoraba con mirada codiciosa los juguetes.

—Dígame, buena mujer—repuso gravemente la señora—si yo no le hubiera dado esto, lo cual por caso excepcional ha sucedido, ¿no habría usted tenido pan en algunas semanas?

—La misericordia de Dios nos provee diariamente, pero debo decirle á usted que mi hijo sería demasiado feliz con estas cosas, y yo no debo dárselas.

Con esto, subió de punto la estrañeza de la señora.

—¿Y cómo, siendo usted madre, se atreve á decir que le pesaría ver feliz á su hijo, cuando, por desgracia, rara vez podrá usted darle lo que él quiera?

—Voy á explicarme, si así lo desea, amable señora. Mi niño es feliz; tiene rosadas sus mejillas y alegre su mirada; desconoce los placeres que no le es permitido gozar, y no los echa de menos. Si yo lo hiciese dueño de estos objetos que usted le da tan generosamente, ¿con qué los supliría cuando le faltasen?; ¿con qué llenaría el vacío que la carencia de ellos le dejase?

No dejó de admirar la señora el juicio de la portuosa, y, como aquella estaba también dotada de buen entendimiento, comprendió que no se las ha-

bía con una mujer vulgar, sino con una madre discreta que la superaba en profundidad de pensamiento.

*
* *

La señora, deseosa de continuar la conversación, instó á la mendiga á que pasase á un gabinete y tomase asiento; pues conoció que bajo tan pobre y humilde apariencia se cobijaba una persona bien educada. Aquella dama respetaba el talento y la moralidad donde quiera que los hallaba, y, reconociendo que la pobre poseía estas dotes, le suplicó que tuviese la amabilidad de referir sus desgracias, si en ello no tenía inconveniente, por si en algo podía serle útil. Resistióse la buena mujer á usar de la confianza con que se le brindaba; pero, después de repetidas instancias, tomó asiento, colocó á su hijo sobre las rodillas y dijo con voz conmovida:

—En pocas de las puertas donde he llamado se me ha hecho acogida tan dulce como la que usted me dispensa; pero yo no extraño esto, cuando estoy viendo tanta bondad en ese semblante, pues la caridad para con los necesitados es innata en toda alma noble como la de usted. No tengo inconveniente en referirle la historia de mis desventuras,

porque, gracias á Dios, no proceden de la carcoma de los vicios, que destruyen la salud y la fortuna, sino de la mano del Todopoderoso, de quien debemos recibir con mansedumbre lo próspero y lo adverso. No cansaré á usted con largas digresiones, y sólo diré que hace tres años murió mi marido; que mis escasos bienes, que se reducían á algunos muebles y á cortos ahorros, han sido mal manejados y consumidos por unos parientes que hubieron de hacerse cargo de todo ello durante una larga enfermedad que he sufrido, á consecuencia de haberme quedado baldada un día que fuí al río á lavar las ropas de mi niño y las mías, pues no contaba con más recursos que los que yo sola podía agenciarme y economizar. La falta de costumbre en aquella faena me atrajo tan grave padecimiento; y notando el desagrado con que mis parientes sobrellevaban mi enfermedad, por los gastos que les ocasionaba, resolví trasladarme á un hospital, dejándoles bajo su custodia á mi niño, y suplicándoles que le proporcionasen lo necesario con el producto de la venta de mis muebles, puesto que yo no los necesitaba entonces. Hiciéronlo en efecto; y cuando un año después salí del hospital, sólo me quedaba la ayuda de Dios y mi querido hijo. Podía yo haberme ganado la vida en cualquier parte, mas para ello tenía que separarme de él, y he preferido pedir limos-

na—hasta que el Señor nos depare mejor suerte—á exponerle á los peligros que podrían rodear su inocencia y corromper su corazón, lejos del amoroso cuidado de su madre.

Al llegar á este punto de su narración, la mendiga estampó un beso lleno de ternura en la frente del alegre chiquitín, que se lo devolvió con un abrazo de infantil entusiasmo.

—Admiro y respeto tanta abnegación—dijo la señora—; pero creo haber entendido antes, que su hijo es completamente feliz, y yo desearía que usted me explicase la manera con que sabe infundir tan saludable conformidad en esa tierna criatura, ya que, desgraciadamente, no conozco el secreto de poder yo hacer feliz á la mía, teniendo á mi disposición muchos más medios para conseguirlo.

—Es harto sencillo, amable señora. Mi más constante cuidado consiste en apartar de la vista de mi niño todo aquello que no está en mi mano prodigarle; y, al mismo tiempo, premiar su obediencia y su docilidad con algún placer extraordinario, que le es tanto más grato cuanto más de tarde en tarde se lo proporciono. Por ejemplo: salir al campo y correr por una verde pradera, cazar mariposas ó coger florecillas es el colmo de su felicidad. Por lo demás, la alegría propia de su edad hace que viva satisfecho y que yo no necesite buscar muchos medios para distraerle.

En este punto quedó suspendida la conversación, porque la señora mandó servir un refrigerio que la pobre, cediendo á un reiterado ofrecimiento, aceptó para su niño.

*
* *

La señora no había quedado enteramente satisfecha de la explicación dada por la mendiga, porque al fin y al cabo la posición de entrambas madres era muy diversa, y de ningún modo podía creer aquella, que le fuesen útiles los medios empleados por la otra en la educación de su hijo; así es que insistió.

—Ha dicho usted que aleja de la vista de su hijo las cosas que puedan excitar demasiado el deseo de él; comprendo que así le evita usted un mal, pero no le proporciona un bien. Véame á mí que, aun con sacrificios de alguna consideración, procuro llenar todos los deseos de mi hija, y no por eso la he visto gozar como me asegura usted que su hijo goza en un solo rato de recreo.

—Es—replicó la pobre—que aunque yo poseyera riquezas muy cuantiosas, no daría á mi hijo más ratos de solaz que los que le doy, porque codiciar placeres es malo, y peor en demasía el hastío

que pueden causar. Mire usted, si no, cuántos humildes artesanos hay felices en su medianía, y cuántas personas opulentas están desesperadas en su abundancia. Dichoso el que sabe economizar placeres, porque ellos le harán feliz mientras los goce como descanso entre las fatigas y las penalidades de la vida, no á todo pasto como si el hombre hubiese venido al mundo solamente para gozar. Dichosa usted, señora, si concede con prudencia placeres á su niña, porque entonces no la verá ni en el penoso afán de aquel que carece de todo, ni en la abatida situación del que de todo se hastía. El corazón humano desea incesantemente. Ese anhelo del alma que busca sin encontrar, si bien nunca se extingue, témplase al menos con las agradables emociones que experimentamos en el mundo; pero si apuramos en poco tiempo los deleites que nos es dado disfrutar ¿qué esperamos después? Muerta la esperanza, ¿qué sobrevendrá sino el desaliento y la desesperación? Créame, señora, no sea usted tan solícita en procurar á su hija tantos goces; ella es harto dichosa en poseer las caricias maternas; déjela gozar de ese bien; no la distraiga de esa dicha, prodigándole cosas supérfluas; que no se deslumbre su inocente alma, en frecuentes saraos. Sobre el regazo materno, en el hogar, hallará más solaz que en esas exterioridades que aún no puede comprender. Mas

cuando su edad y su desenvolvimiento intelectual le descubran que hay goces fuera del hogar doméstico, proporciónese usted mesuradamente los placeres, á fin de que le duren por muchos años; economícele usted más ese tesoro que una cuantiosa fortuna, porque el oro se puede recobrar, pero el corazón gastado no se repone.

Al oír la señora esas palabras, vió aclararse el misterio que ella no había sabido descifrar, y, al mismo tiempo, comprendió la causa del hastío y del mal humor que su niña experimentaba, víctima de la oficiosa y extremada complacencia de su madre. Esta, después que por sus mejillas rodaron algunas lágrimas de reconocimiento, dijo afectuosamente á la pobre:—Le soy á usted deudora de un gran beneficio; pues su buen discernimiento me ha descubierto un abismo en que yo hubiera caído, si el Cielo no me lo mostrase por las luminosas palabras de usted. Gracias, gracias mil veces, y cuente usted siempre con mi amistad y mi apoyo. Ahora comprendo cómo es posible ser feliz en medio de muchas privaciones; y ese ángel que estrecha usted en sus brazos, podrá ser el más dichoso de los mortales, teniendo por guardiana de su existencia á tan buena y discreta madre.

Estas y otras muchas palabras, todas muy expresivas de gratitud y bondad, se cruzaron entre aque-

llas dos madres que, en fin, se despidieron, prometiéndose mutuamente volver á verse y á conversar sobre la educación de sus hijos.

*
* *

Un mes después de la referida entrevista, todas las personas amigas de la señora estaban asombradas del nuevo giro que ella daba á sus asuntos, y del diferente modo con que se conducía en lo concerniente al empleo de sus intereses. Mostrábase más activa, más laboriosa, más metódica; y como la ociosidad suele ser curiosa hasta la indiscreción, hubo quien se atrevió á preguntarle el motivo de aquella transformación, pero la señora respondió:

—Es que me he vuelto económica.

—¡Ah! ¿con que al fin . . . ?

—No, la economía del dinero no me ha decidido, sino porque es instrumento de muchos goces.

La señora refería con el mayor placer á sus amigas íntimas la famosa lección que la discreta por-diosera le había dado.

— — —



EL DESORDEN Y EL EXCESO DE ORDEN EN EL HOGAR DOMESTICO

Considerado como sentimiento ó como idea, el orden no es practicable por la infancia, sino cuando la educación lo hace hábito que supone previsión y cuidado; pues los niños, completamente entregados al momento presente, y á la vez inquietos y turbulentos, no sienten la necesidad de arreglar, ordenar y clasificar. Si observamos á un muchacho en medio de sus juguetes, siempre le vemos dispuesto á sacarlos de sus cajas y á esparcirlos por el suelo, por las mesas, por las sillas: pronto estará la habitación llena de estorbos; pero cuando hay que colocar cada cosa en su sitio, es una verdadera desesperación. Bien podemos decirle que si los soldados de plomo, las casitas, etc., no se colocan en sus cajas y se guardan en el armario, se romperán ó se podrán perder: el niño no hace caso, poco

le importan ahora sus juguetes, se ha cansado de ellos y no sabe qué hacer. Otra idea le viene á las mientes: quiere ir á pasear, y se muestra dispuesto, por satisfacer su capricho, á sacrificar sus baratijas, seguramente para lloverlas después. No ha salido de casa, cuando comienza á manifestar su desorden de otra manera: si no se tira ó se arrastra en la escalera ó en el zaguán, deja caer el sombrero, apoya las manos en la pared, va dejando señales y recoge en cambio una buena cosecha de polvo, destinado á ser repartido á su vez en la cara ó en el vestido. En la calle, encuentra medio de que su ropa se manche donde no hay lodo, de que se desgarré donde no hay objetos para ello, y de perder su pañuelo; está constantemente amenazado por los pies de los caballos ó por las ruedas de los carruages. Vuelve á su casa sucio, aburrido, humillado; y su paseo, que comenzó con placer, termina enojoosamente.

Cuando la adolescencia se acerca sin que la educación haya hecho habitual el orden, entónces la propensión al desorden, en vez de minorarse, parece que se aumenta; pues con la languidez de la pubertad, el organismo se muestra más flojo. Si observamos á un varón en este estado, vemos que sus vestidos están constantemente ajados y en desorden, sus zapatos descarcañalados y su sombrero abollado;

no se sienta, sino se echa en la silla; come con los dedos y no puede evitar el poner los codos sobre la mesa; rompe ó deteriora cuanto él maneja, pierde los objetos que se le encomiendan, no concluye los trabajos que se le encargan y nunca llega á tiempo, si se le llama; sus libros y cuadernos de estudio están manchados de tinta, rotos y descantillados por todas partes. Lo moral llega siempre á modelarse en lo físico, y el desorden se manifiesta también en la ideas y en la voluntad, si bien es verdad que algunos seres con dotes excelentes se inclinan, por negligencia, á la disipación y al desaseo.

*
* *

El desorden tiene cierta influencia no menos perniciosa, aunque no tan visible, en la niña llamada á dirigir en su día una casa, y á contribuir al bienestar y á la prosperidad de una familia. Verdad es que la negligencia no se hace tan manifiesta exteriormente en las niñas, mas no puede ocultarse á la perspicacia de la madre ó de cualquier observador. ¿Quién no ha visto en una mañana el notable contraste que dos hermanas suelen ofrecer? Una de ellas, levantada desde muy temprano, está ya vestida y peinada, tiene arreglada su habitación, se

ha ocupado en los mil pormenores que solicitan la atención de una joven al despertar. En sus cabellos arreglados con arte, en sus mejillas todavía refrescadas por el contacto de un agua cristalina, en el rosado color de sus uñas, en la blancura de su bata recientemente alisada por el hierro de la planchadora, en sus medias bien estiradas y en sus lucientes zapatos hay el siempre grato aspecto del primor. Pero su hermana, despertada al mismo tiempo, no ha tenido ánimo para dejar el lecho; se ha entregado al sueño matutinal que ocasiona pesadez de cabeza y abotagamiento de los ojos, imposibilitando toda actividad; resignada á levantarse, bosteza, se despereza y experimenta cierto malestar; quédase inmóvil, sin tener resolución para vestirse; teme ponerse en contacto con el agua, y aplaza las abluciones para más tarde; se pone perezosamente las medias, que por no sujetarlas caen sobre los tobillos; calza botitas, que se quedan entreabiertas y con los cordones arrastrando; se ciñe la cintura con una falda siempre pronta á dejar las caderas; en fin, cuando el aviso para almorzar se deja oír, no está peinada ni vestida, tiene que arreglar precipitadamente sus cabellos erizados y ocultar sus brazos y espaldas con un pañolón, y de esta manera va á la mesa, llevando consigo el desagradable aspecto del desorden.

Semejante contraste entre ambas jóvenes no existirá solamente en el aspecto personal: podemos tener la seguridad de encontrarlo también en los hábitos de ellas y en todo lo que más ó menos íntimamente les concierne. Fácil es adivinar el carácter de una mujer por el aspecto de su habitación: un observador no necesita mucha penetración para reconocer hábitos de molicie en el uso constante de divanes con almohadones, de butacas elásticas y alfombras espesas en las piezas interiores de una casa; y conocidos son también los gustos y los hábitos que hacen que las habitaciones sean alegres ó tristes, serias ó charras, cómodas ó molestas. En estas últimas suele ser difícil sentarse, sin aplastar un sombrero ó una caja de dulces; casi imposible moverse sin derribar alguna cosa, y andar sin tropezar con un mueble.

*
* *

Llevado al exceso, el orden puede tener inconvenientes, por las restricciones que su observancia impone. Ordinariamente, da un aspecto demasiado serio al aposento de la persona que, habituada á someterse á reglas fijas, acaba por sujetar todos los actos de su vida á las manecillas de un reloj. En semejante morada, reina una limpieza escrupulosa;

no hay la más ligera partícula de polvo, ni la sombra de una telaraña; los muebles tienen sus fundas y están simétricamente colocados á cierta distancia de la pared, para que los respaldos no la toquen; los candelabros y las arañas están vestidos de gasa, que los preservan del contacto de las moscas y del polvo; nunca se ve en los floreros un ramillete que suelte una gota de agua ó algunos pétalos, nunca una jaula con pájaro, nunca un perro sobre la alfombra. En la sala principal no se deja que penetre el sol, porque altera el color de las telas; ni el aire exterior, que trae insectos y polvo; así es que se conserva una atmósfera desagradable, porque está cargada de cierto olor que participa del moho, del barniz, de las maderas y de la goma de las telas. Los dueños de la casa llevan impreso en su aspecto el carácter de sus costumbres domésticas; sus vestidos, escrupulosamente limpios, aunque raídos por el contacto del cepillo, están siempre algunos años detrás de la moda, y son de tela fuerte y de color oscuro; el traje de mañana y las zapatillas desaparecen á la señal dada por el reloj. Las comidas nunca se anticipan ni se retardan; los manjares son poco variados, menos por parsimonia que por temor de salir de regla, y se eligen de ellos los más sencillos y menos capaces de producir manchas. Donde la vida doméstica es así, los movi-

mientos son lentos y acompasados, la voz baja, la risa silenciosa, y nada se sufre á los niños. Imposible es que con tales hábitos exista la cordialidad, y que los afectos solícitos habiten bajo un techo, donde se vive esclavo del tiempo, de los muebles, de los vestidos, etc. Sin duda que esos excesos de método y de precisión en los actos de la vida no son cosas peculiares de la juventud, y que se manifiestan más en la edad madura; pero casi siempre se hacen habituales desde muy temprano, y pertenecen á una educación mal entendida.

El orden no llega jamás á semejantes excesos, cuando está acompañado de actividad física y moral: el ser humano, para trabajar y producir, está en el caso, no solamente de conformarse con los agentes exteriores sino también de someterlos al mejor uso. Evitemos, pues, educar al niño en la triste morada donde todo está acompasado. El verdadero orden no es el silencio y la paz de la tumba, sino, por el contrario, un complemento de la vida, un agente de la producción.



LA FRATERNIDAD EN LA FAMILIA

Con raras excepciones, siempre hay bienestar en las familias cuyos individuos se aman recíprocamente; pues cada uno encuentra, en caso de necesidad, el apoyo de los demás, y se siente fuerte contra las dificultades exteriores: el poderoso protege al pobre, y la ruina de éste se compensa con la prosperidad de aquel. ¡Felices las personas unidas por un mismo lazo de afecto! En medio de una atmósfera de ternura mutua, la vida es más grata, porque así como las penas se disminuyen compartiéndolas, la felicidad se aumenta en la mancomunidad. Todo lo facilita el afecto, que da sagacidad á la inteligencia, alivia la grayedad de los trabajos y hace llevadero el sufrimiento que la abnegación impone. Necesario es, por lo tanto, cultivar en los niños de cada familia el amor fraternal, considerándolo como elemento de felicidad para el porvenir, como medio de dirección para el alma, como estímulo para el bien,

como obstáculo para el mal; y esto no es decir que se procure excitar la sensibilidad de los niños, sino que se les inspire desde muy temprano la bondad, según permita la capacidad de cada uno de ellos. Sabido es cuánto debemos aprender para ser buenos, y cuánta rectitud de juicio, cuánto dominio de la razón sobre las pasiones exige la verdadera bondad; en los niños, quizá no hay gérmenes de sentimientos, cuyo desarrollo requiera más solícita y vigilante dirección.

Débil y dependiente, el niño tiene pocas ocasiones de prestar servicio y adhesión á los intereses y sentimientos ajenos; no los comprende bastante, y se siente llevado por la energía y la multiplicidad de sus deseos á preferirse á todo. Menester es, pues, despertar en él la simpatía, enseñarle que existen intereses más importantes que los suyos, dárselos á conocer y hacérselos apreciar; pero este difícil y delicado trabajo no debe tener la menor apariencia de enseñanza metódica, porque si se hace de la bondad un deber para el niño, antes de habérselo inculcado, lo cumplirá como regla de su conducta, y, á semejanza del que aprende sus lecciones á ciertas horas y sin afición al estudio, una vez efectuados algunos actos de bondad, se creará libre de este género de deber. Por eso hay personas que hacen obras de caridad, y no dispensan una falta ni

soportan una debilidad de carácter; pues satisfechas de su propia exactitud, no cumplen con el deber social que consiste en no exigir sino lo que la capacidad del prójimo puede dar de sí, y en aplicar, donde ella falta, un aumento de bondad. Las personas bondadosas sólo ven necesidades en los defectos ajenos, y no manifiestan su propia superioridad sino para prestar mayores auxilios: la equidad de la bondad consiste en suplir la deuda moral del que no tiene con qué pagarla. Enseñar todo esto á un niño no es tarea que puede efectuarse en pocos dias. Se despierta la bondad en un hombre inclinado al bien, cuando su conciencia se ilustra y le coloca en el verdadero punto de vista de su posición respecto á los demás; pero los niños carecen de posición y de suficiente grado de conciencia; su egoismo, más ó menos sostenido por las solícitas atenciones de que son objeto, sólo puede ser combatido por las pocas y superficiales ideas que están al alcance de ellos; no tienen conocimiento de los males de la vida, y los verían sin comprenderlos; tan inhábiles para adivinar una susceptibilidad de amor propio como para formarse idea de una desgracia, hieren con la ruda ingenuidad de sus observaciones, que casi siempre son enfadosas, porque rara vez son infundadas. Sin duda que es fácil enseñar á los niños á no burlarse de un jo-

robado, de un tuerto ó de un cojo, y cuanto más notable es el defecto físico, más fácilmente lo consideran como desgracia; pero una nariz demasiado larga, ó cualquier otra desproporción semejante á esa, no les ofrece motivo bastante para abstenerse de expresar sus observaciones. Bien es menester hallar medio de que adquieran discreción; pero antes de que puedan fundarla en algún sentimiento de bondad, tienen que perder mucho de su áspera ingenuidad.

Otro tanto sucede respecto á cosas más importantes que el niño no conoce sino en sus relaciones con personas inferiores. Desde muy temprano sabrá evitar que un sirviente sea reprendido, y aun ahorrarle el disgusto de que se le encuentre en una falta; será fácilmente sensible al placer de hacerle un regalo útil, ó de alcanzarle un favor; pero estas cosas no son más que alegrías de la bondad; necesario es que experimente también los sacrificios, y sólo podrá conocerlos en las relaciones fraternales; en ellas tendrá que respetar intereses muy conocidos y siempre en concurrencia con los suyos; en ellas encontrará ocasión de sacrificar, por bondad, deseos que podría satisfacer, y de soportar, por la misma razón, contrariedades de que podría librarse. Cuando un niño llora, su hermano sabe por qué y comprende desde luego el sentimiento que ta-

les lágrimas expresan—¡desgraciado de él, si permanece insensible al verlas correr! Lo que un niño desea, su hermano lo desea también; si la bondad ha sido cultivada en uno de los dos á lo menos, él juzgará que le es más fácil pasar sin una cosa, que privar de ella al otro; si uno de ellos cae enfermo, estarán á su disposición los juguetes del otro; si uno prefiere leer un cuento, tal vez el otro le mortifique hasta obligarle á dejar el libro; y si, aun habiendo llegado á impacientarse, cede—absteniéndose de recurrir á la madre para librarse del impertinente—dará en esto una prueba de bondad.

*
* *

La educación, demasiado severa en otro tiempo, establecía prontamente entre los hermanos una unión que les era por extremo necesaria, porque no tan en contacto con los padres, y tratados con menos indulgencia prestábanse mútuo apoyo y formaban partido contra el rigor de una autoridad temible para todos; pero hoy que esta autoridad no es despótica, que el niño que recurre á su madre puede obtener protección, sin temer ocasionar á su hermano un castigo severo, el cultivo de la fraternidad en la familia requiere solícitos cuidados.

La dulzura y la vigilancia maternas pueden establecer la fraternidad sobre sus verdaderas bases. Si un niño sorprende á su madre, por haberse aprendido una lección en menos tiempo del que era de esperar, ó por haber ejecutado una tarea mayor que la impuesta, convendrá comunicar á los demás hermanos este hecho, no como ejemplo, sino como noticia que la madre da—acompañando á su satisfacción una caricia para el que la ha motivado—de manera que todos participen del regocijo. Si la madre inflige una penitencia á uno de los hermanos, guárdese de divertir á los otros; manténgase muy seria, pero sin imponer silencio; no estimule la animación, á fin de que, impresionándose todos, la pena del culpable tenga para ellos el efecto de una calamidad general. Conviene evitar los castigos que puedan desunir á los hermanos; por ejemplo: que no sea castigado uno, obligándole á permanecer en casa, mientras los demás van á pasear, pues el disgusto de aquél podría convertirse en envidia, y éstos sentirían poco el castigo impuesto al hermano, ó, lo que es mucho peor, no lo sentirían. En cada familia numerosa, produce buenos resultados dar participación á los hermanos mayores en la educación de los menores, bajo la dirección de los padres, porque así se establece en la autoridad una graduación favorable al orden, y se consigue que cada uno se intere-

se por el bienestar de todos. Los niños monitores se hacen comprender mejor que las personas mayores, porque el lenguaje de ellos está más en relación con la inteligencia de cualquier otro niño; conocen bien las faltas, porque ellos mismos han experimentado la tentación de cometerlas, y, cuando son testigos de un mal proceder, la represión es inmediata. El inconveniente que puede resultar es que la autoridad conferida á los hermanos mayores degenera en tiranía que imponga á los menores una especie de servidumbre; en este caso, las disidencias, las rebeliones, los conflictos son incesantes; el padre, obligado de continuo á restablecer la paz, tiene que constituirse en juez para oír las declaraciones de las partes, y los niños se habitúan á las delaciones que tanto rebajan el carácter. ¿Cómo evitar semejantes disensiones?—Acostumbrando á los niños mayores á proteger á sus hermanos, y rechazando como vergonzosas las acusaciones de los más débiles; pero al mismo tiempo habrá que ejercer la vigilancia más activa y la represión pronta y enérgica de todo acto de tiranía.

*
* *

Otro medio de cultivar la fraternidad en la familia consiste en habituar á los hermanos á man-

comunar sus intereses. Algunos niños son avaros y egoistas, otros son generosos y pródigos; pero todos poseen el sentimiento de *lo tuyo y lo mío*. Uno tiene arreglados sus juguetes, se sirve de ellos pocas veces y se opone abiertamente á que se los usen; otro se inclina sólo á los objetos que le sirven, y da los que le son inútiles; otro rompe desde luego los suyos y los ajenos, y es pródigo para sus placeres. Estos instintos relativos á la propiedad, puestos en relieve por el egoismo, ó modificados por la turbulencia, suelen tomar mala dirección y ahogar sentimientos nobles; mas se atemperan bajo el influjo de la mancomunidad, sin perder lo que tienen de útil. Convendrá que los hermanos tengan bolsa común en manos del mayor, reuniendo todo el dinero que reciban, y así cada uno se habituará á considerar su riqueza como parte de la riqueza de todos; se regocijará de las adquisiciones que se hagan, porque le pertenecerá siempre su parte, y, en fin, no podrá disponer de ella sin el consentimiento de la mayoría: cada gasto será discutido de antemano, y rechazado si no ha de ser beneficioso para todos los asociados; la codicia no podrá aislarse ni dirigirse á cosas frívolas, y hé aquí una garantía contra la avaricia y la disipación. La bolsa común que ha de crecer por las economías de todos y no ser agotada por caprichos, permitirá hacer compras importan-

tes, gastar una buena suma de dinero; la dificultad será saber cómo se deberá emplear; resuelta esta cuestión, el deseo individual se conformará con la decisión acordada en virtud de la discusión, que conduce á reflexionar y contribuye á la formación de hábitos disciplinarios. Cuando los niños quieren comprar mancomunadamente alguna cosa, indagan el precio, examinan la calidad, regatean con obstinación, y cuando han adquirido el objeto que deseaban, lo conservan cuidadosamente: cada uno tiene derecho á usarlo, pero ninguno lo deteriorará, sin incurrir en las censuras de los condueños: de aquí la necesidad de mostrarse cuidadoso.

Así se van formando naturalmente los hábitos de economía, de administración y de cálculo, y son combatidas las tendencias al egoísmo, al desorden y á la disipación. Esos intereses y placeres mancomunados estrechan los vínculos de la fraternidad y contribuyen eficazmente á que cuando los niños de cada familia sean hombres, encuentren en su mutuo afecto un gran elemento de bienestar, y no den el escándalo de los pleitos entre coherederos hermanos.

*
* *

Las niñas dan otros varios matices de expresión

á la fraternidad en la familia. Aquellas que tienen hermanos menores, representan el papel de *madre*, sirven de intercesoras, dulcificando por modo interesante la autoridad paterna; imploran gracia para los culpables, consuelan á los que sufren penitencia, consiguen el perdón, y en fin, son ángeles providenciales. Estas acciones maternas, ejecutadas por una niña llena de candor, gracia y dulzura, y el ascendiente que ella sabe adquirir á fuerza de bondad y paciencia, ponen de manifiesto lo más bello del carácter moral de la mujer. ¡Cuán rico tesoro de afectos acumulados en el corazón de una niña que combina las ternuras del amor fraternal con la vivísima solicitud de la maternidad! ¡Dichoso el hombre que la reciba por esposa, pues en ella encontrará los principios de todas las virtudes y los gérmenes de la felicidad! Los niños, cualquiera que sea la turbulencia de su carácter, rara vez rechazan el influjo de una hermana mayor: lo que la madre no puede obtener, sino por el ejercicio de su autoridad, lo consigue aquélla con su seductora y amistosa familiaridad, que dulcifica la rudeza del muchacho escolar y le inspira una precoz galantería. Estas cosas tienen sus ventajas, y deben decidir á toda madre de familia numerosa á delegar una parte de su acción educadora, en las hijas mayores.

Las menores se hallan, respecto de sus hermanos,

en otras condiciones: si la madre no vigila, esas niñas serán tiranizadas, porque el varón de seis ó siete años reconoce por primer principio el uso de su fuerza física; quizá encuentre muy natural que deban someterse á los caprichos de él, y las moleste de mil maneras: de ahí muchas venganzas y delaciones siempre pueriles, pero que dan lugar á cierta enemistad. Nada de esto sucede cuando el niño está habituado á considerarse como protector de su hermanita: si la ha guiado en sus primeros pasos, separándola de todo obstáculo; si la ha levantado de sus caídas y ha sabido acallarla en sus llantos, y si ha sido obsequioso para ella, se sentirá inclinado á protegerla, á contribuir á su bienestar. Poco á poco le habrá inspirado un vivo afecto esa niña que, tanto en sus alegrías como en sus tristezas, corre con los brazos abiertos hacia él. Así comienzan á unirse los destinos de los hermanos, y á unificarse sus pensamientos, sus intereses, sus vidas; nunca se verá uno solo feliz ó afligido, nunca será completo para uno de ellos lo que él mismo no comparta con los otros; ninguna de las diferencias que en sus hados puedan encontrar, impedirá que lo necesario para vivir les sea común. En virtud de tan poderosos afectos, los hermanos se privan de una buena parte del fruto de sus trabajos, para aliviar la desgracia de una hermana pobre y para educar á sus hijos, cuando ha caído en la viudez.

Quedan indicados los principales medios de reunir en un solo haz todos los vástagos nacidos de un mismo tronco. El lazo será siempre la fraternidad, que, por un bellísimo privilegio, es un principio de orden, de fuerza y de abnegación.



LA MEJOR CUALIDAD DE UNA JOVEN

Vamos á considerar una cualidad que rara vez se encuentra en una mujer ya formada, y que siempre tiene mérito especial en una joven; no es la belleza física en flor, ni los atractivos de la juventud, ni los destellos del talento que tanto agradan y embelesan; es cierta cosa más delicada, una gracia secreta que se presiente y se adivina más que se percibe: es la inocencia.

Hay una inocencia que á sí misma no se conoce, y otra que se conoce á sí misma; entre la primera (la de la infancia) y la segunda (la de la mujer), se halla la inocencia de las jóvenes, que es el paso de la inocencia inconsciente á la inocencia consciente. Muchas veces la inocencia ha sido comparada con una flor, y esta comparación es siempre buena,

porque es verdadera: entre el momento en que la flor nace y el momento en que la flor se marchita, son muchos los grados de su belleza: tal es la historia de la inocencia femenina. Cuando la inocencia comienza á manifestarse, está unida á la ignorancia; pero estos dos estados no son inseparables, porque la ignorancia no es virtud, y la inocencia se hace virtuosa á medida que se separa de la ignorancia. Conservar la inocencia de las niñas es asunto importantísimo, mas hay dos cosas que no se deben dar al olvido: una de ellas es que la ignorancia absoluta dura poco, y, por lo mismo, hacer que la niña pase bruscamente desde el sueño de la infancia á la realidad del desencanto sería imprudente; la otra cosa es que no conviene ilusionarse hasta el punto de creer que la ignorancia, por extrema que se la suponga, esté absolutamente exenta de curiosidad, cuando es muy natural que una criatura racional procure saber porqué existe y qué parte le está reservada en las cosas humanas; y si esta curiosidad es inevitable ¿no convendrá más ilustrarla paso á paso, sin herir el pudor, que dejarla extraviarse en investigaciones desordenadas? Por nuestra parte, no preferimos la estólida simpleza que se puede obtener por medio de una ignorancia que oculte las realidades de la vida, y por una reclusión que aleje de la sociedad (sistema insuficiente para formar esposas y madres);

aun es menos preferible la afectada ignorancia que con los ojos clavados en el suelo, ve el mal en todas partes, y hace sospechar que no tiene mejor compuesto su interior que su exterior. Lo que nos agrada es la bella tranquilidad de una joven que, sabiendo poco de lo que ella debe ignorar, no quiere saber más, y, contenta y apacible, espera que se lo revelen la vida y el corazón.

La condesa de Rémusat dice en su *Ensayo sobre la educación de las mujeres*: «Otras madres más severas imponen un recogimiento absoluto, no permitiendo que sus hijas concurren á los espectáculos, antes que llegue el momento de desempeñar un papel en la sociedad. Una niña—dicen ellas—nunca podrá ignorar demasiado.—Sin duda que es necesario apartar de su imaginación todo cuanto pueda mancillarla; pero de la completa ignorancia del mal puede resultar una especie de inocencia estúpida que jamás llegará á ser favorable á la virtud, y que no bastará para conservar en la mujer la pureza que debe acompañarla en medio de la sociedad.»

*
* *

¿Se deberá preparar á la niña, por medio de prudentes instrucciones y advertencias, para el cargo

que ella ha de tener más tarde en una familia nueva, ó convendrá guardar un silencio sistemático, apartar con cuidado y premeditación toda luz, y hacer callar las preguntas de una curiosidad juvenil, aplazándolas para otra época? No podemos creer que sea prudente lanzar á una joven, sin ninguna preparación, á la gran prueba del matrimonio, y dejarla crearse ilusiones quiméricas de falsa libertad ó de pasión ideal, en vez de comprender las verdaderas condiciones del amor apacible y de la responsabilidad materna. No queremos decir que sea necesario procurar de propósito esa clase de advertencias; mas no creemos que se deban evitar, y nos parece que las conversaciones serias y tranquilas que una madre puede tener con su hija, respecto á los afectos humanos y sus fragilidades, á las pruebas que los esperan y á las faltas á que pueden inducir, serán mejor preservativo para la imaginación de una jóven; que la prohibición de leer novelas: la peor novela es aquella que una mujer joven se imagina en la soledad de sus delirios. «Importa mucho—dice la precitada escritora—que por medio de palabras, más femeniles que maternas, no presentemos con brillantez á la imaginación de las jóvenes el matrimonio, como iniciador de una era de emancipación. Seguramente, yo no quisiera que por exceso de prudencia se llevasen las cosas hasta el

punto de inspirar terror; pero aun la exageración en este sentido no ofrecería tantos peligros. O la elección de los padres, el instinto del amor y la bondad de las circunstancias harían más fáciles los deberes, ó si la suerte llegase á burlar las esperanzas del corazón ó de la razón, al menos la víctima estaría preparada para el sacrificio.... No concibo cómo aquella á quien se hubiera hecho comprender las obligaciones de su estado, ofreciese á su marido menos probabilidades de felicidad; tampoco puedo figurármela menos capaz de acomodarse á los azares de su situación. En efecto, sería necesario deducir que la mejor preparación para todo consistiría en no prever nada; mas no parece probable que las sorpresas de todo género sean el medio más seguro de adquirir resignación.»

La más sólida preparación de una joven para llenar las obligaciones que el matrimonio le ha de imponer, es la vida práctica del hogar doméstico, la participación en las ocupaciones de la madre, el trabajo; y no solamente el trabajo agradable, sino también el trabajo útil. La labor de aguja es útil y necesaria, pero no debe ser única ocupación de la mujer joven, á quien le es indispensable la activa tarea que da movimiento á toda la persona y no deja demasiado tiempo libre á la imaginación. El insigne pedagogo alemán J. P. Richter opina que la

aguja pierde muchas más jóvenes que las novelas. Madama Necker de Saussure no desapueba esta opinión. «Evitad—dice—las largas tareas femeniles que se hacen sin pensar, y en las cuales la rapidez de los pensamientos aumenta la agilidad de los dedos, y es aumentada á su vez.» Para conservar la inocencia de las jóvenes, nada es tan conveniente como los trabajos que ocupan la mente y no la dejan extraviarse en ideas vagas que suelen ser precursoras de pensamientos peligrosos. El mayor enemigo de la inocencia es el hastío, que induce al espíritu á pedir distracciones á la imaginación; distracciones que, inocentes en la apariencia, ganan poco á poco el alma, le quitan las fuerzas de querer y de obrar, y la entregan á las pasiones.



LOS ADORNOS FEMENINOS

En los pueblos de la antigüedad, era la indumentaria un asunto de las bellas artes; estaban definidos sus principios fundamentales, apreciada su influencia moral y estética, y había empleados públicos para reprimir las violaciones de las leyes referentes á las vestiduras. Sin duda que si el producir impresiones variadas en nuestro espíritu es objeto de las artes, no debe ser excluida de éstas la decoración del cuerpo humano. El traje, según sus condiciones, expresa riqueza, pretensión, coquetería, modestia, austeridad; es decir, tiene el carácter que ciertos principios le imprimen, pues así como los objetos cuya parte superior es más ancha que la base, tienen algo de aéreos, y, por la razón contraria, los que tienen forma piramidal dan idea de pesadez, del mis-

mo modo en el traje se imprime carácter de gravedad ó de ligereza, poniendo más ó menos adornos y amplitud, ya en la parte superior, ya en la inferior. En este principio se funda que el traje talar se usa vasto, amplio, y, á veces, con cauda ó cola. Pero cualquiera que sea la influencia de las leyes naturales en la determinación del carácter del traje, prevalecen siempre ciertas asociaciones de ideas: por eso el ropaje negro es símbolo de tristeza y duelo; poco importa que tales asociaciones de ideas sean meramente convencionales, basta que estén aceptadas. Comprendido así el vestir llega á ser una especie de ciencia exacta en la cual cada pormenor tiene su expresión ó valor fijo; de donde resulta que la elegancia en las vestiduras consiste en la relación que es necesario establecer entre dos caracteres: el de la persona y el del traje. Conocer bien esa relación es poseer el arte de vestirse con elegancia; y de aquí un principio fundamental, á saber: que tal elegancia no está en la riqueza del traje, ni en el corte, ni en la mejor calidad de las telas, sino en el efecto producido por la combinación de estas cosas con las condiciones características de la persona.

Muchas mujeres se imaginan tener, por que son ricas, el derecho de adornarse con brillantes, plumas, encajes y flores; pero como ni aun los mejores accidentes de la fortuna dan ese derecho, que emana

directamente de la naturaleza, esas mujeres cometen errores contra los cuales protesta el aspecto de ellas. Por ejemplo: cierta petimetra ve á una dama con traje elegantísimo, le agradan los adornos y el conjunto, y encuentra que á la que lo lleva le sienta admirablemente; manda hacer uno igual, y el nuevo traje, que es idéntico al modelo, la hace desagradable. . . . ¿Será que ella no posee el carácter á que se asimila ese traje? . . . ¿Quién sabe!..... Quizá tiene demasiado largos los brazos, ó muy corto el cuello; quizá es ligera y petulante, en vez de ser grave y modesta; algo tiene que no se combina armoniosamente con las condiciones de tal traje. ¡Se necesita tan poco para ser elegante, y tan poco para no serlo!...«Los adornos de pasamanería—dice una revista de modas—están muy de rigor, pero sólo convienen á las damas apacibles; las que tienen mucha actividad y las que se impacientan fácilmente, deben abolirlos, porque si cualquiera de ellas va de un aposento á otro, se prende en un picaporte; si escribe una carta urgente, se le engancha la llave del pupitre en los alamares del vestido; si para acariciar á un interesante niño le toma en brazos, los cabellos de la pobre criatura se enredan en los azabaches de las mangas, y la víctima da gritos lastimosos; en conclusión: los adornos de pasamanería no convienen á

todas las edades, y mucho menos á todos los caracteres.»

*
* *

En el arte de adornarse hay que distinguir el lujo y el gusto. El lujo es casi superfluo, y está reservado solamente á la riqueza; el gusto es casi necesario, y puede ser dote de todas las clases sociales. El lujo es accidental, no es condición esencial de la persona ni le hace verdadero honor; el gusto es una cualidad personal, y, aunque no es una virtud, es un mérito. El lujo es cosa relativa, lo que es lujo para unas personas no lo es para otras: no son lujo los adornos de piedras preciosas para una dama opulenta, pero es lujo para una obrera el llevar velo. Y el lujo puede ser enemigo del gusto, porque distinguir qué lujo conviene á la edad y á la condición de la persona es parte del gusto: en una joven, el lujo está fuera de su lugar, porque las cosas muy lujosas no la favorecen.

Sería plausible que se diese á las jóvenes, con motivo de su adorno y compostura, lecciones sobre arte y virtud; pues como poseen maravillosa disposición para penetrarse de las condiciones del arte de adornarse, podrían comprender, por medio de explicaciones sencillas, ciertas ideas elevadas. Fe-

nelón, en su excelente libro *Educación de las hijas*, juzga conveniente que las bellas artes se empleen para inspirar gusto y sencillez á las niñas. «Yo quisiera—dice—hacer ver á las jóvenes la noble sencillez que aparece en las estátuas y demás figuras que nos han quedado de las mujeres griegas y romanas; verían cuánta gracia y magestad tienen los cabellos anudados por detrás con cierta negligencia, y los ropajes amplios y ligeros con largos pliegues. También sería bueno que oyesen hablar á los pintores y demás personas que poseen el exquisito gusto de la antigüedad. Bien sé que no debe desearse que adopten el exterior del antiguo, extravagancia sería pretenderlo; mas podrían sin incurrir en ninguna singularidad, adquirir el gusto de aquella sencillez de trajes, tan noble, tan graciosa, y por otra parte, tan conveniente á las costumbres cristianas.» Los principios del arte son siempre los mismos en las cosas pequeñas que en las grandes: una persona que se compone bien, aplica, quizá inconscientemente, los mismos principios que el insigne Rafael aplicó en la composición de sus obras maestras. ¿Qué hace una joven cuando se adorna? Se idealiza, por decirlo así; sin emplear mentira alguna, sabe dar realce á sus atractivos personales, mediante una agradable combinación de líneas y colores. La joven que se compone, ejecuta en sí misma un arreglo aná-

logo al que un pintor hace en su modelo; cuando ella está bien puesta, no la vemos como es de ordinario, sino como quisiéramos verla siempre: en este caso, es mejor que ella misma, porque el arte mejora á la naturaleza. Con su propio ejemplo, se le puede hacer comprender las condiciones del verdadero arte, que ennoblece y hermosea; y se le puede hacer comprender también, con el ejemplo de algún traje chocante, lo que es el arte falso y ridículo, en que la discordancia de los colores, el abuso de los adornos y el uso de artificios engañosos ofenden la vista y sublevan el buen gusto. Entre el arte verdadero y el arte falso, la diferencia es la misma existente entre la joven que elige con gusto los sencillos adornos con que da mejor realce á la virginal frescura de su tez, y la mujer que se carga de afeites.

*
* *

El arte de adornarse puede ser asunto de educación moral: si una joven comprende que el mejor medio de agradar es componerse con sencillez, gracia y armonía, ¿no comprenderá también que puede agradar más aún, ingiriendo en su carácter esas mismas cualidades? Para el espíritu, hay un arte de adornarse y, en cierto modo, un gusto que

consiste en la sencillez, en la discreción, en el pudor y en una armonía general, en la cual nada brilla en particular y todo es dulzura y encanto.

¿Es moral el condenar sin reserva la afición que hacia los adornos muestran las jóvenes, y el prohibirles todo aquello que no es estrictamente necesario? Tal vez sea extralimitación el proscribir uno de los más vivos instintos de la naturaleza femenina, pero estamos muy distantes de afirmar que convenga estimular esa afición, y creemos que es bueno perdonarla; el temor de los excesos no debe inducir al moralista á mentir, considerando como un mal lo que no lo es. «¿Le prohibiremos el deseo de agradar?—dice Madama Necker de Saussure.— Sin duda que no..... Si se tratase de la perfección absoluta, habría derecho á exigir un motivo más puro para hacerse agradable al mundo..... Pero se está tan distante de ella, que es necesario aceptar lo que hace soportable la sociedad; lo que establece comercio de seres racionales, en vez de exposición de rostros y trajes; lo que obliga, en fin, á que las pretensiones orgullosas se humanicen. Necesario es, pues, dispensar gracias al deseo de agradar; pero condenemos la coquetería hasta en su grado mínimo.» No vemos ningún mal en el deseo de agradar, si es inocente, dirigido con prudencia y proporcionado á los medios de fortuna disponibles.

Sin duda que en ese deseo entra alguna vanidad; pero procuremos guiarlo con ideas elevadas, y dejemos que la mujer goce inocentemente de sus ventajas; no seamos tan ingratos para con el Creador, que pretendamos ahogar en la más bella de sus criaturas terrenales el deseo de ser agradable como la naturaleza mejorada por el arte. Mas si perdonamos ese inocente deseo de agradar á los ojos y al espíritu, no es para ofrecer armas á la páfida coquetería, que cifra su gloria en trastornar cerebros, y que cuenta sus hazañas por el número de sus víctimas; esto es indigno de la mujer, cuyo destino social la llama á unirse á un hombre de bien y asegurar su propia felicidad, haciendo la de su marido y su prole.



LA HERMOSURA FEMENINA

Hay moralistas tan austeros que desprecian la hermosura, porque es cosa pasajera. Si la hermosura debiera ser despreciada porque pasa, lógico sería despreciar todas las cosas que pasan en el mundo: aun la vida, que también pasa; si la hermosura femenina fuese despreciable, más lo sería la de la primavera, que es más fugaz; pero se dice que la primavera pasa para renacer, y esto no es verdad, porque ¿dónde están las flores primaverales del año pasado? En cada año nace una nueva primavera, como en cada estación vienen nuevas bellezas á reemplazar á las ya extintas.

Todo lo que puede ser benéfico es digno de estimación, y en verdad que la hermosura puede hacer mucho bien, porque una buena fisonomía, en con-

cordancia con un buen carácter, puede inspirar sentimientos elevados á un alma noble. La hermosura es un don natural que no es gratuito, pues impone deberes, y no exime de lo que es propio de la más exquisita bondad; pero algunas jóvenes ignoran esto, y confunden la bondad con la tontería: no saben que la bondad es la más grande cualidad de la mujer y una de las más grandes cualidades del hombre. Debe la hermosura ser compañera de la modestia, porque las mujeres hermosas que se hacen homenajes á sí mismas, pronto no los obtendrán de nadie; y debe también unirse á la afabilidad, porque los hombres dignos no se someten á ningún yugo arbitrario y tiránico. Unida á las gracias del carácter y de la inteligencia, la hermosura femenina se hace respetar y amar; si es altiva, caprichosa, frívola, puede atar á su carro triunfal algunas almas serviles; pero tiene en su contra á los hombres de talento, de buen gusto y de corazón, es decir, á los que saben dar á las cosas su verdadero valor. La filosofía no es enemiga de la hermosura, pues enseña que la belleza del más humilde ser, la de una flor, la de un insecto, es reflejo de la belleza invisible, inaudita é increada; mas por razón de darle tan alto origen, le impone obligaciones: los favores recibidos de la naturaleza no han sido dados para disfrutarlos caprichosamente, humillando á quien no

está provisto de ellos, sino que son motivos para ejercitar ciertas virtudes, porque cuanto más favorecida está una persona, más cuentas tiene que dar. La hermosura femenina no está exenta de esta ley; no debe considerarse, ni consentir que se le trate como una divinidad; y si es una *divinidad*, necesario será hacerle oír el lenguaje con que un eminente orador sagrado decía á los reyes: «¡Oh reyes, sois dioses, pero dioses de carne y sangre, dioses de barro y polvo!» Y si la hermosura no debe enorgullecerse, la carencia de ella no debe ser motivo para desesperarse, habiendo medios de obtener compensacion y aun ventaja; pues si las facciones valen principalmente por la expresión, una cara poco favorecida, en la cual brille el dulce resplandor de la bondad y de la gracia, agradará más que otra que sea muy perfecta y carezca de este grato acompañamiento. Siendo esto así ¿qué pueden añadir á la felicidad íntima algunas líneas más ó menos correctas? Si á consecuencia del hábito se llega á mirar con indiferencia, ó á no mirar nunca, una bella estatua ¿cómo no ha de cansar más pronto la hermosura de una mujer de mal carácter? La carencia de atractivos exteriores es defecto pequeño á los ojos de un buen marido, si están reemplazados por la gracia, la jovialidad y la ternura: la expresión de estas cualidades ¿no comunica cierta especie de belleza á

la fisonomía? Pues por eso la intimidad hace que desaparezca muy pronto la diferencia existente entre la hermosura y la falta de este don de la naturaleza.

*
**

La expresión de la fisonomía es resultado directo del imperio que el alma ejerce sobre el cuerpo, si bien algunos filósofos han afirmado que procede solamente del desarrollo de rasgos marcados de antemano por la naturaleza. Lo cierto es que, ordinariamente, la fisonomía anuncia el carácter, de modo que por el estudio de la expresión fisonómica se puede juzgar del corazón, sin necesidad de recurrir á explicaciones abstrusas, porque del estado habitual del alma resulta la expresión constante de sus afectos, cuya huella imprime en la fisonomía rasgos que el tiempo hace indelebles. Pero la armonía entre lo físico y lo moral no es siempre, ni aun en los más de los casos, debida sólo á la naturaleza, sino también á la fuerza de la voluntad, robustecida por el trabajo de la educación que, por medio de la belleza moral, crea belleza de expresión; lo cual es del mayor interés para la mujer que por este modo puede reunir en sí misma recursos con que suplir las dotes que la naturaleza e haya nega-

do, y aun adquirir algunas que de otra manera nunca hubieran brillado en ella. Sin embargo, hay casos en que el organismo físico se hace rebelde á la influencia que tienda á modificarle; y por eso existe á veces notable desacuerdo entre el exterior y el interior de una persona: puede haber en ella un organismo delicado, cuya aparente expresión inspire simpatía y confianza, aunque esté asociado á un alma viciosa, así como una fisonomía dura ó anti-pática puede coexistir con un alma excelente. También hay fisonomías con rasgos vagos, indecisos ó contradictorios, que no tienen belleza expresiva, hasta que un carácter moral perfectamente definido aparece dando animación á todo el exterior de la persona.

Vemos, pues, que la educación es el inmenso bien que, quizá en grado más alto aún que al hombre, da mérito á la mujer, porque si ésta ha recibido de la naturaleza un exterior desgraciado, puede por el cultivo de su espíritu engrandecer sus cualidades morales, hasta darles expresión interesante. En prueba de esta verdad, recuérdese que no son pocas las mujeres de exterior desagradable, que logran cautivar por la belleza de la expresión, debida á la elevación y grandeza del alma, el afecto y la simpatía de cuantas personas las tratan. Las cualidades que constituyen el carácter son, pues, las que

dan, según su bondad ó malicia, expresión fisonómica agradable ó desagradable: así vemos que los buenos caracteres, cuyo mérito consiste en la manifestación de la vida moral, por la nobleza del alma, la dignidad, la benevolencia, la dulzura, la constancia, dan belleza á su expresión; y, por el contrario, los caracteres que se manifiestan por la bajeza, la envidia, la avaricia, el orgullo, la hipocresía, revelan el desorden del espíritu y dan á la fisonomía una expresión antipática. Por consiguiente, la principal condición de la belleza permanente en la expresión fisonómica de la mujer es tener ésta un buen carácter moral, porque con él modifica los rasgos culminantes de la forma exterior y hace agradable su aspecto; mas en este punto es menester prevenirse contra toda belleza engañosa, que será una verdadera deformidad espiritual, cuando hay desacuerdo entre la apariencia y la realidad, es decir, entre la expresión y las cualidades del carácter:— fenómeno harto frecuente, por desgracia, en las personas que no han recibido buena educación moral, pero que están dotadas de talento bastante para conocer sus propios defectos y de extraordinaria fuerza de voluntad para disimularlos.

*
* *

La verdadera expresión de la belleza no procede solamente de la naturaleza física personal en armonía con los rasgos que las cualidades del carácter moral imprimen á la fisonomía, sino también de los que le comunican los sentimientos y las pasiones, que son, por decirlo así, caracteres del individuo en actividad. La expresión que éstos dan al rostro será bella, si los sentimientos que la ocasionan lo son en sí mismos bajo el concepto moral; pues los ojos y las demás partes móviles del cuerpo, que á ella contribuyen, se subordinan al orden con que deben producirla, según el impulso que reciben. Necesario es, por lo tanto, que la educación extienda sus medios á la dirección de los sentimientos y pasiones morales, no sólo porque así corresponde á sus fines inmediatos y directos, sino por lo que concierne á su influencia sobre la belleza de la expresión; pero es de advertir que en esta parte la educación ha de encaminarse tanto á los signos exteriores que la revelan, como á los gérmenes que están llamados á desarrollarse y á fructificar en el corazón. Así, no sólo se ha de cuidar de la sencillez, claridad y distinción en las actitudes, movimientos y gestos propios de la expresión de ca-

da sentimiento, sino de la verdad y sinceridad candorosa en la misma expresión; pues las primeras dan por resultado el orden y la regularidad inherentes á la armonía, y las segundas la libertad de acción que, sin contrariedad ni cálculo, revela el fondo del sentimiento ó la pasión. Toda vez que la mujer esté sometida en su niñez á la práctica de estos preceptos, y habituada á las exigencias de su espíritu educado para regular sus manifestaciones, éstas serán tan cumplidas en el orden físico, que dejarán en el exterior la marca indeleble de su belleza, aun en los casos más extraordinarios.

Necesario es también cuidar de la voz, que es un gran medio de expresión, pues independientemente de sus modificaciones en el lenguaje articulado, es susceptible, por sí misma, de una belleza puramente física y otra expresiva, la primera procede sólo de los sonidos y el timbre, y la segunda nace de las entonaciones é inflexiones debidas al sentimiento; de lo cual resulta que el sonido que la voz produce en cada una de sus emisiones, es de timbre tanto más agradable cuanto más lleno y dulce; y si á esto se agrega la variación á que la sujetan el acento y la modulación, se hallará una expresión verdaderamente espiritual, que manifiesta las ideas y los sentimientos hasta en sus más tenues modificaciones. Este medio de expresión, poco atendido generalmen-

te durante la educación, reclama cultivo esmerado, especialmente en la mujer, á quien tanto favorecen los sonidos de su voz, ni son dulces y armoniosos.

Por último, hay que considerar que la verdadera belleza de la expresión consiste también en la espontaneidad, que es reveladora de la condición espiritual del individuo, y que éste sabe emplear satisfactoriamente, cuando comunica con naturalidad sus ideas y sentimientos, eligiendo los medios exteriores más adecuados, de entre los que tiene á su disposición, para revestir de formas expresivas sus ideales. La expresión verificada de esta manera, refleja perfectamente la actividad del espíritu, revelando en la fisonomía el influjo de una belleza que en la mujer es más interesante que la hermosura.

.



CONSULTA EPISTOLAR SOBRE LA EDUCACIÓN
DE UNA JOVEN.

Mi respetable amiga :

Hay personas distinguidas á quienes me atrevo á tratar con expansiva confianza, ya porque creo reconocer en mí misma algunos de los sentimientos que ellas me han mostrado, ya porque su afabilidad aparta la timidez que su mérito podría inspirarme. Durante la cortísima permanencia de usted en este pequeño pueblo, se interesó de una manera tan amable en mi viva solicitud por la educación de mi niña María, que creo poder tomarme la libertad de volver á ocupar sobre este asunto la fina atención de usted, suplicándole se digne auxiliarme con sus buenos consejos.

Mi esposo quisiera poner á María en un colegio de Buenos Aires; está disgustado de no ver en ella

ninguna de las habilidades que resultan del ejercicio de las artes de adorno y recreo, y me ha dicho muchas veces, sonriendo: «¿Quieres que Mariquita sea como tú? . . . ¿Quieres que no sepa nada?» . . . Esto no lo he considerado como reconvención, porque él me quiere tal como soy y está contento de mí; pero en su último viaje á la Capital se encontró en sociedad con dos señoras jóvenes, cuyos padres, á quienes conocemos, las casaron después de haberlas educado en colegio; viólas distinguirse en conciertos y bailes, y esto lo refiere con frecuencia, diciéndome: «Mariquita será más rica que ellas». Laméntase continuamente de no darle una educación tan distinguida, y si bien está, como yo, vivamente reconocido al celo é inteligencia con que la digna maestra de este pueblo nos presta su cooperación, cree que María no podrá hacer los progresos que haría en un colegio, donde tendría cuantos maestros necesitase. Como ella es nuestra única hija, y tenemos la posibilidad de proporcionarle una bonita colocación, nada omitiríamos para que llegase á estar á nivel de las jóvenes más distinguidas; sin embargo, no me atrevo á tomar esta resolución. Mi esposo cree que no tengo valor para separarme de mi hija, y me dice: «Será necesario que tu compañerita no se aleje de tí, porque estarías sola muy á menudo.» Se engaña, amiga

mía; puedo asegurar—y usted me creará sin dificultad, porque sabe cómo quiero á mi hija—que me considero con valor, por la felicidad de mi María, para llorar todos los días al despertar y no verla acercarse á mí. Pero ¿puedo estar segura de que separándome de ella le prepararé verdaderamente más felicidad? No conozco los colegios de Buenos Aires; sin duda que deben de ser buenos, pero no los conozco; sé que en ellos se adquieren muchas habilidades preciosas, encantadoras, pero las habilidades no llenan la vida de una mujer: la que ha brillado en reuniones dos ó tres veces por semana, siempre necesita, después de todo, volver á buscar en su hogar la felicidad ó las pesadumbres, y aun le es menester no encontrarlas sino en él. No conozco lo que se llama gran mundo, pero siempre he creído que una mujer, aun con algunas dificultades dentro de su casa, es más feliz que en cualquier otra parte donde está expuesta, independientemente de su voluntad, á una multitud de cosas, y donde, sin que lo pueda remediar, su satisfacción depende de una infinidad de personas; mientras en su hogar tiene mil ocupaciones que solo dependen de ella y que le prestan consuelos. He habituado á mi pobre María á encontrarse bien en su casa, y está tan contenta, que no sé si podrá acostumbrarse á vivir en otra parte; mas, aun suponiendo que pudiera

conseguirlo, necesario le sería perder los hábitos que le he formado; yo los he creído buenos, amiga mía; nada de cuanto concierne á la educación moral de mi hija me ha parecido indiferente, y he procurado que todo influya favorablemente en ella; lo cual no me ha sido difícil, porque desde que nació ha sido mi alegría y el objeto de mis más preferentes ocupaciones; nunca se ha separado de mí, y, en una vida bastante activa, me parece que he podido encontrar medios de formar su carácter. No me lisonjeo de dar mucho desarrollo á su inteligencia, pero creo no haber dejado que en ella penetren ideas perniciosas.

Seguramente que las personas á quien yo la confiase, le inculcarían buenos principios; pero ¿sabrían de qué medios me he valido para dirigir á mi hija? Tendrán sus ideas, como yo tengo las mías; lo que me parezca preferente, quizás no lo será tanto para ellas, y querrán que María dé importancia á cosas á que no la he acostumbrado á hacer gran caso. De todos modos, oiría muchas cosas contrarias de las que ha oído hasta ahora, y paréceme harto difícil que una de las dos educaciones no perjudicase á la otra. Además, se vería rodeada de jóvenes—bien educadas, de buen carácter, no lo dudo—; pero en un colegio hay muchas, y yo no estaría en él para oír lo que pudiera no ser bueno y para rectificar lo

falso; nadie sabrá vigilar á mi hija, como estos ojos que nunca han dejado de observarla; nadie, nadie en el mundo tendrá para ella un corazón dispuesto á conmovearse hasta el llanto, temiendo encontrarla con lo que ella no deba tener. El buen natural de mi María la preservará, estoy casi segura de ello; mas en la edad en que empieza á sentir de modo diverso de como niña sentía, oirá, pensará y dirá multitud de cosas que habrán comenzado lejos de mí, sin que ella procure comunicármelas; adquirirá muchas ideas, respecto á las cuales su primer cuidado será ocultármelas. Mi corazón se destroza cuando pienso en esto, y no se destroza por mí sola. ¿Qué fuerza, qué apoyo le quedará á mi pobre niña, si llega á perder el hábito y la necesidad de confiarse á su madre?

En fin, nuestro deseo es casarla en este pueblo, y que no se separe de nosotros, si esto es posible.

¿Debemos enviarla á buscar otra parte y sus y habilidades, de los cuales no sabrá qué hacer después en este pueblo, ó será conveniente renunciar á nuestro proyecto? He aquí una cuestión difícil y compleja, sobre la cual los consejos de usted serán de gran valor, tanto para mi esposo como para mí. Él no ha tenido con tanta frecuencia como yo el placer de conversar con usted, pero está poseido de profundo respeto hacia usted, y me ha dicho: «Una

señora como esa, muy bien podría pasar sin habilidades.» Esto prueba la confianza con que está dispuesto á recibir cuanto usted se digne decirme sobre el asunto; y, por mi parte, cualquiera que sea el partido que tomemos, estaré tranquila si usted lo aprueba.

*
* *

Muy estimada amiga mía:

Puesto que usted quiere dar algún valor á mi humilde opinión, me apresuro á decirle que no se separe de su querida hija. No creo que hay lugar alguno donde ella pueda estar tan bien, y estoy segura de que ninguna de las ventajas de la educación que Mariquita encontrase en otra parte podría suplir las que perdería, si se alejase de usted. Conozco los más acreditados colegios de señoritas, establecidos en Buenos Aires; considero utilísimos estos institutos, y abrigo la convicción de que muchas niñas reciben en ellos mejor educación que la que podrían recibir en el hogar doméstico; mas no se halla en este caso su niña de usted, porque al lado de su madre encuentra lo más importante de la educación de una mujer; y no creo menos, amiga mía, que muchos padres se contentarían, como el

de Mariquita, con tener esposa *tan ignorante*. No prive usted, pues, á su amable hija, de la buena y natural educación que en su casa puede recibir; no la lance usted á un mundo de costumbres facticias, contrarias á las que probablemente deberá seguir durante la mayor parte de su vida.

Nada encuentro que tenga menos relación con la vida real y razonable de una mujer, que la vida de una joven que se educa entre otras en número crecido y en roce de pequeños intereses, intriguillas, misterios, secretillos y bachillerías de toda especie, inevitables entre tan numerosa concurrencia. No existe este mismo inconveniente en la educación que se da en los colegios de varones: sus estudios son más serios, sus tareas más aisladas, y apenas los colegiales dejan el trabajo, corren—lo mismo los mayores que los menores—á entregarse á sus juegos y ejercicios físicos, encontrando así poco lugar para la infructuosa actividad de imaginación á que se abandonan necesariamente las colegialas durante sus tareas comunes y sus recreos, que, pasada cierta edad, ya no pueden ser objeto de ejercicios semejantes á aquellos con que se recrean útilmente los varones. Parece también que los estudios á que los jóvenes se aplican en sus colegios, deben de ocupar la inteligencia, mucho más que ocuparla pueden el dibujo, la música y las labores, que absorben la

mejor parte del tiempo de la pensionista; quedan, pues, á la imaginación de ella muchos ratos de ocio, y es imposible esperar que los emplee siempre de la manera más razonable; el menor inconveniente sería que los consagrara á cosas insignificantes, sin otro interés que el de pasar el tiempo, y nada más fácil que conseguir esto en una reunión numerosa. Para nosotras las mujeres, el movimiento exterior suele ser bastante para distraernos, evitándonos el hastío de la ociosidad; mas es perjudicial adquirir el hábito de semejante distracción, porque dispensa de todo esfuerzo, hasta el punto de quitar el deseo y aun la facultad de obrar: necesitamos encontrar en nosotras mismas recursos para ocuparnos. A los hombres, sus negocios, la precisión de mejorar de posición social, la ambición y otros móviles, ofrecen mil motivos de ejercitar con interés su acción; pero nuestros móviles son ménos exteriores: nosotras necesitamos para dedicarnos á ocupaciones—y sobre todo á ocupaciones serias—afición determinada ó voluntad enérgica, porque es raro que estemos absolutamente obligadas. Muchas mujeres prefieren la sociedad más insulsa á una hora de soledad que les impondría la tarea de hacer algo para su propio entretenimiento: menester es que la mujer sepa estar sola, y en el colegio se aprende lo contrario.

Convengo en que una educación tal como se puede recibir en una gran ciudad, ofrece preciosos medios de ocupación á las jóvenes; y he aquí el punto de vista en que considero estimables las habilidades, pues lo que estas prestan á la mujer en sociedad es—se lo aseguro á usted, amiga mía—muy poca cosa. Sin duda que es agradable saber tomar buenas actitudes, andar con gracia y bailar; pero una mujer aprenderá de esto, en poco meses, cuanto le sea necesario. Respecto á las habilidades relativas á la música y á la pintura, á menos de haber adquirido en estas artes cierto grado de superioridad, la mujer las encierra, ordinariamente, en el interior del hogar, que es donde pueden contribuir esencialmente á la felicidad de ella; pues no sólo le llenarán las horas de ocio, haciendo más grata su vida, y ocupando á la vez la actividad de su imaginación, sino que formarán entre ella y su marido un lazo capaz de prestar infinita dulzura á la unión conyugal. Nosotras rara vez tomamos parte en las ocupaciones de los hombres, y ellos no se interesan en las nuestras, mas el gusto de las artes es común y en él podemos encontrarnos: que un marido y su mujer se hayan entregado con fervor al ejercicio de un mismo arte, y no sentirán mucho la posición ó desigualdad que pueda haber entre sus caracteres ó sus inteligencias. No hay unión más sólida que la que se

funda en unos mismos gustos y en unas mismas ideas; por eso, á pesar de las rivalidades que los dividen, los artistas buscan á los artistas, los músicos viven en relaciones con los músicos, el literato procura la sociedad del literato. No hay rivalidad capaz de impedir el placer de comunicarnos con personas que nos entienden; por eso los miembros de una misma profesión se buscan, y en ella encuentran el inagotable manantial de sus conversaciones y el interés que les une. 'Si semejante medio de unión no se halla en el hogar doméstico, es probable que el marido que no haya cultivado ninguna habilidad recreativa, estimará las de su mujer; gustará de los placeres propios de las diversiones caseras, ó concentradas en un pequeño círculo de familias amigas; gozará, con suma complacencia, de los dones naturales que el ejercicio de las artes amenas perfecciona, y de la cultura intelectual y estética que ese mismo ejercicio promueve; y estas gratas impresiones que en él producirá su esposa, reanimarán el sentimiento del encanto que el hábito suele adormecer; y la monotonía no invadirá la vida doméstica, pues la dulzura y la jovialidad se mantendrán por sí mismas: los niños bailarán al són del piano de la madre, se distraerán con los dibujos que ella les haga, aprenderán á imitarlos, se habituarán á la exactitud y finura de las percepciones, y adqui-

rirán la delicadeza del gusto que desde muy temprano debe cultivarse con esmero.

No niego, pues, amiga mía, que las habilidades prestan mucho á las circunstancias ventajosas de una mujer y á sus medios de ser feliz; y aunque no creo que á esto se deban sacrificar las demás partes de la buena educacion, paréceme necesario hacer lo que la situación consienta: haga usted cuanto la suya le perrnita, pero no se separe de su hija. Comprendo perfectamente el deseo que usted tiene de casarla en ese pueblo, y no veo nada que deba obligar á usted á desistir de tan acertado propósito: la felicidad y la consideración social de una mujer no necesitan teatro muy extenso, las puede encontrar en cualquier parte, y una vida como la de usted es honrosa y dulce; pero hay que saber contentarse con ella, y poderla dejar por otra. La posición del yerno que usted tenga, podrá cambiar; sus negocios, sus deberes políticos ó un cargo administrativo le obligarán tal vez á fijar su residencia en Buenos Aires, y usted no ha de querer que Mariquita, precisada por su posición á vivir en esta gran ciudad, se vea llena de dificultades y, por consiguiente, desgraciada. La educación de nuestros hijos no requiere que les preparemos para tal ó cual posición, ni para la que les deseemos, ni aun para aquella que consideramos más propia para

hacerles felices; pues no podemos prever qué lugar tendrán en la sociedad, y mucho menos todavía qué género de felicidad ó de trabajos les esperan; y aunque respecto á estas miras tuviéramos las luces de que carecemos, no nos sería lícito limitarlos á tan mezquina tarea. No nos han sido dados para que les obliguemos á seguir la invariable senda que nos parezca conducente á la realización de lo que les deseamos, sino para hacer de ellos, según nuestra posibilidad, lo que puedan ser; para desarrollar en todos sentidos sus facultades y hacerles capaces de llenar sus obligaciones en cualquier misión que se les confíe. Así, pues, sin preocuparnos en prepararles para un porvenir que no podemos arreglar según nuestros deseos, eduquemos á nuestros hijos, por modo tal, que aprendan á hacer lo que sea propio de cada situación en que se hallen. Una instrucción extensa y habilidades distinguidas no serán inútiles á la mujer que se vea obligada á vivir lejos del bullicio, y aun le servirán de recreo en la soledad: si su fortuna llega á engrandecerse, las disposiciones económicas que haya tenido necesidad de ejercitar en la medianía, encontrarán igualmente aplicación, le prestarán aptitudes para practicar la beneficencia y le facilitarán medios para difundirla. No hay posición, por ventajosa que sea, en que el más humilde conocimiento no tenga utilidad, ni hay alta

ciencia que no pueda servir á la más modesta situación; todas las cosas se relacionan.

Pero la importancia de la mayor parte de las cosas de este mundo consiste sobre todo en el uso que de ellas se hace; y, por lo mismo, para las jóvenes que no aspirando á ejercer el magisterio ó alguna otra profesión, no están obligadas á prepararse por medio de estudios especiales, me parece menos importante darles tales ó cuales conocimientos, que enseñarlas á hacer de lo que aprenden un uso digno del sér racional, según les exijan los deberes de su situación, cualquiera que sea. Esto es lo que, relativamente á Mariquita, nadie sabrá hacer mejor que usted, amiga mía, elevando el espíritu y los sentimientos de su querida hija á la altura en que los de usted están, habituándola á estimar las cosas en su justo valor, á considerar seriamente lo que es serio, ligeramente lo que es frívolo ó carece de importancia, y á estar á nivel de lo que se debe pensar, decir ó hacer. Las habilidades no son siempre muestra de una educación distinguida; cierto es que prestan grande atractivo al mérito de la buena educación, pero no la suplen; sentimientos poco delicados, falta de dignidad, ideas bajas, inteligencia vacía é ignorancia supina, muy bien pueden unirse á la habilidad más brillante, que no probará en tal caso sino cierta disposición particular y buenos

maestros especiales, pero sólo servirá como medio de diversión. Sin duda que es un mérito saber proporcionar algunos ratos de solaz y entretenimiento: la habilidad en el ejercicio de cantar ó en el de tocar un instrumento músico asegurará á una mujer los medios de hacerse desear en su círculo social; y si sabe usarlos con regularidad—no considerando como objeto principal de su existencia los aplausos que obtenga—podrán hacerle más grata la vida, sin menoscabo de la consideración á que sea acreedora; pues la consideración, en lo que llamamos gran mundo, amiga mía, depende sobre todo de la clase de relaciones que sostenemos. Una grande habilidad no es suficiente para obtener consideración con que poder honrarse particularmente; los placeres que proporciona y los entusiasmos que inspira están al alcance de toda persona, y no serán grandes elementos de consideración social sino para quien no tenga otros. Ninguna mujer producirá entusiasmo tan vivo y general, como una actriz ó cantatriz en el teatro; supongamos que la regularidad de sus costumbres, su carácter y talento distinguidos le aseguren cierta consideración difícil de conservar por una mujer, en ejercicio que la entrega diariamente á las miradas del público; en este caso, no la debería á las personas que atrae hacia la artista su talento, sino á aquellas que, interesadas por otras

cualidades, contemplan en ella algo que no es la artista. Lo mismo se puede decir de las habilidades que se lucen en cualquier sociedad particular. Durante un concierto, el hombre formal y el hombre frívolo gozan; después, éste cifrará su gusto y su amor propio en acercarse á la mujer aplaudida, y el otro no procurará estar más relacionado con ella, que con la pieza musical recién cantada ó tocada. No niego que, con excepción de los hombres de mérito, pueda verse rodeada de numerosos lisonjeros; pero el prestigio que le den será el de la notoriedad, no el de la consideración ni el de la distinción.

Es mujer distinguida aquella en quien sus ideas, sentimientos y hábitos son elevados, á lo menos por la facultad de comprender y de interesarse; si es jóven, no dejará de tomar parte en los recreos propios de su edad; y si no lo es, aceptará el grado de frivolidad necesario para no quedarse extraña á la sociedad en que viva. No irá á un baile para hacerlo teatro de una conversación sobre moral ó literatura; mas en medio del bullicio de un salón se reconocerá en ella lo que pueda ofrecer como asuntos de conversaciones interesantes, y lo que hace apetecible tratarla con estrechez; se dará importancia á sus opiniones, se deseará su estimación, y las inteligencias superiores á la suya se complacerán en comu-

nicarse con la que sabrá comprenderlas: La educación más propia para formar en una mujer este género de mérito, no exige conocimientos muy extensos de quien la dá, y, por consiguiente, no es indispensable recibirla en un colegio; está al alcance de toda madre capaz de comunicar á su hija sentimientos nobles, inclinación á las ideas elevadas, juicios rectos y espíritu serio para mirar con atención las cosas importantes y con respeto las graves. Nadie mejor que usted, mi buena amiga, sabrá educar á Mariquita; los cuidados de usted han dado ya al juicio de ella más rectitud, y á sus sentimientos más delicadeza que la que se suele tener á su edad; pero sus ideas sólo se han formado hasta ahora bajo la influencia de un pequeño número de objetos, y paréceme que convendrá excitar y extender el movimiento de su inteligencia, por medio de lecturas que le enseñen que existen muchas cosas además de las que la rodean, y le den cierto conocimiento sobre el resto del universo, que ella de buena voluntad consentiría quedarse ignorando en el feliz rincón donde se halla. La lectura de algunos buenos libros, aunque no contengan conocimientos profundos sobre los asuntos de que tratan, tiene al menos la ventaja de acostumbrar la inteligencia á ocuparse con interés en cosas extrañas á nuestros asuntos personales—hábito útil á la exactitud de las ideas y al mejora-

miento del carácter.—Una persona cuya inteligencia sólo se ha ocupado en lo que le concierne, está harto dispuesta á no considerar otra cosa: usted sabe hasta qué punto es difícil hacer comprender á la gente vulgar lo que á sus intereses no atañe—dificultad que se agrava tanto más, cuanto mayor es la ignorancia.—Aprendiendo á ejercitar nuestro juicio sobre objetos de interés general, adquirimos el hábito de considerar las cosas en sí mismas, y no exclusivamente con relación á nuestra personalidad. La instrucción nos preserva generalmente de la pequeñez de espíritu, que da gran importancia á cosas de poca monta; nos enseña á juzgar imparcialmente por medio de la comparación, y cuanto más ensancha la esfera de nuestros pensamientos, menos disposición tenemos para considerar como gran cosa lo que nos toca.

Sin adquirir gran instrucción, Mariquita puede llegar á tener, por medio de la lectura, conocimientos y hábitos que le aumenten bastante la actividad de su inteligencia y la elevación de su carácter. La afición á los libros la preservará del vacío y languidez del alma, que tanto peligro ofrecen á la juventud: vale mucho encontrar fuera de nosotras un interés inocente á que recurrir en los momentos en que sentimos penosamente el peso de la existencia, y en que podríamos lanzarnos, con demasiada

avidez, á la primera distracción capaz de ayudarnos á soportarlo. La lectura restablece el equilibrio de nuestras facultades, y, dando movimiento al espíritu, aligera el peso de la vida;—peso que no es grave sino cuando no sabemos llevarlo;—pero tal efecto lo producen solamente las lecturas sanas: cualquier ocupación, aunque sea insignificante, que nos obligue á ejercitar algo nuestra actividad, me parece preferible á leer ciertas novelas en que el naturalismo se ostenta con descaro. Y no digo esto porque yo crea que esa especie de lecturà tiene para la juventud el peligro que generalmente se teme: cada persona joven imagina su propia novela, en la cual sueña con más placer que en la más interesante de cuantas ha leído; mas estos ensueños y lecturas no carecen de inconvenientes para la razón, porque, cuando no la debilitan, la extravían. Si nuestra atención está atraída por una ficción que nos recrea, se entrega á un movimiento que cesa tan luego como le falta el impulsó exterior: no hay persona que no haya sentido aumentada su predisposición al hastío y á la inercia por este género de ocupación; y creo que importa mucho preservar de esto á su Mariquita de usted, porque como ella no tiene formada todavía su afición á la lectura, si empezase por leer novelas, le sería luego imposible tomar con gusto un libro serio. No dudo que las lecturas practi-

cadadas en presencia de usted, que sabrá comunicar á su hija reflexiones que provocarán las de ella, han de llegar á ser una de sus más gratas ocupaciones, sobre todo si usted se toma con frecuencia el trabajo de leerle, y no hace de este ejercicio un estudio formal sino una tarea asociada á la labor manual, á que tan aficionada es Mariquita. Hay libros que ella leerá con gusto: los de historia natural, y especialmente de botánica; lo que se ha escrito sobre las abejas, sobre los gusanos de seda, etc., es siempre objeto del interés que experimentamos al encontrar explicado, ilustrado y clasificado cualquier orden de hechos que conocemos. Habituada á practicar con usted obras de caridad, María conoce y ama á los pobres; su sensibilidad nunca tarda en mostrarse advertida por el espectáculo de la pobreza, cuyos pormenores no le son desconocidos; y su inteligencia, dirigida por usted, se ha empleado en combinar los medios de socorrer necesidades. No faltan libros que traten de los modos de ejercitar la caridad privadamente y en establecimientos públicos, como los hospitales, las cárceles, la escuelas, etc.; su lectura puede formar el buen discernimiento necesario para hacer tan buenas obras.

En fin, amiga mía, supongo que usted daría semejante dirección á su querida hija, preparándole la existencia más digna de la ambición femenina; mas

para criaturas débiles y dependientes como somos las mujeres, obligadas á esperar la felicidad que nos venga á encontrar, sin que nos sea permitido ir á elegirla, toda dirección especial, dada de antemano, puede tener peligros. Por eso la especie de lectura que he indicado á usted, sólo tiene por objeto despertar gradualmente en Mariquita el gusto por las ocupaciones intelectuales, que, cualquiera que sea la situación en que ella se halle, le ennoblecerán su vida, le calmarán sus penas ó serán uno de los principales elementos de su felicidad.

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Advertencia.....	5
Asuntos de política doméstica	
La constitución de la familia.....	7
La reina del hogar.....	18
La autoridad en la familia.....	27
El amor conyugal.....	34
Conducta de la mujer en el matrimonio.....	41
Situación de la recién casada joven.....	48
Influencia de la madre para con su hija casada.....	55
La autoridad paterna.....	65
El respeto filial.....	73
La unión doméstica.....	81
El amor fraternal.....	89
La cortesanía en la familia.....	97
Las dificultades de la vida doméstica.....	104
Una joven perezosa.....	109
Una joven envidiosa.....	117
Los casamientos intempestivos.....	128
La mujer ostentadora de su virtud.....	135
La mujer dominante.....	143

TEXTOS DE LECTURA

**Publicados ó recibidos exclusivamente
por la casa**

Ejercicios de Lectura por el Dr. F. A. Berra, 2 tomos, con numerosas ilustraciones. Pueden usarse con los carteles de Lectura y Logografía del mismo autor, ó separadamente.

La Mamá por el Profesor Normal Carlos N. Vergara. Libro primario de lectura y escritura simultánea. Con hermosas láminas en cromo.

El Nene por el Profesor Normal Andrés Ferreira. Aprobado por el Consejo Nacional de Educación. Puede usarse con los carteles del mismo autor, ó separadamente.

Lecturas Selectas (prosa y verso) 1 tomo, por el Dr. Calixto Oyuela. Aprobado por el Consejo Nacional de Educación.

Trozos Escogidos de Literatura Castellana desde el siglo XII hasta nuestros días (España y América), por el Dr. Calixto Oyuela. 5 tomos (dos de prosa y 3 de Verso).

El Lector Americano por F. Abelardo Nuñez. Curso gradual de lecturas. *—Libro Primero—Libro Segundo—Libro Tercero.*—Profusamente ilustrados.

El Reino Animal para niños. Serie de libros primarios, arreglados para la instrucción gradual y progresiva de la infancia, por el Dr. J. García Peron. Seis libritos con hermosas láminas en cromo.

Carteles de Lectura y Logografía por el Dr. F. A. Berra. Aprobados por el Consejo Nacional de Educación. Nueva edición, corregida por el autor.

Angel Estrada y C.^{ta}—Buenos Aires

Casilla del Correo, 701